

La ansiedad detrás de todo

Juan Manuel Guerrero

Edición preliminar

Una extraña fuerza

“El bien del mundo depende en parte de actos que no constan en la historia. El hecho de que las cosas no estén tan mal para mí y para ti se debe, en parte, a aquellos que vivieron fielmente una vida oculta y descansan en tumbas que nadie visita.”

George Eliot, Middlemarch

Con la frase de Elliot, en letras blancas sobre un fondo negro, termina la lenta pero valiosa película *Una vida oculta*, dirigida por Terrence Malick.

Apenas termino de verla, una extraña fuerza se apodera de mí. Nace, brota o me invade, no lo sé. No sé qué es. O quién, porque la siento como una entidad consciente, con su propia libertad, voluntad y deseos. Tiene mucha energía. Y un único mensaje para mí: debo comenzar a escribir ya mismo sobre la historia que acabo de ver.

Estoy seguro de que no es inspiración. Aunque esa es la primera sospecha, la más natural, el repaso de mis inspiraciones pasadas me lleva a descartarla. En aquellas ocasiones, la visión sobre la forma, el por qué y el para qué escribía estaba muy clara. Podía visualizar el resultado final con nitidez y solo tenía que sentarme a escribir lo más rápido posible para llegar a ese desenlace. La escritura fluía con facilidad y precisión. Llegaba a sentir una gran satisfacción casi sin esfuerzo, un verdadero milagro creativo.

Esta energía es diferente. Solo le interesa que comience a escribir sobre esta historia. Poco le importa que yo no sepa qué, ni por qué, ni para qué. Me hace sentir su impaciencia cada vez con mayor intensidad, como si algo fundamental estuviera en juego y mi desconocimiento sobre ello fuera irrelevante. Me presiona y me impresiona.

Intento ignorarla. La consecuencia es clarísima: durante la noche no puedo dormir. Me levanto con el amanecer y escribo algunas líneas. Ese pequeño avance habilita una tregua fragilísima y puedo volver a dormirme de a ratos. Los días pasan, la dinámica se confirma: si escribo, se me permite dormir; si no, el insomnio se apodera de la noche.

Busco una forma de salir de este estado o, por lo menos, una explicación. No la hay. Me siento amenazado, como perseguido por autos negros, o llevado a empujones en un callejón oscuro, o acosado por

llamadas telefónicas mudas. Esbozos de mi vida habitual solo regresan cuando logro escribir sobre la historia. Algunos días después, en mis hojas puede leerse lo siguiente:

La historia de la película es la historia de su protagonista, un granjero austríaco. Vive junto a su esposa y sus tres pequeñas hijas en la altura de un valle, no lejos de Salzburgo. Su nombre se sabe, puede saberse, pero el mensaje de la historia es todavía más fuerte si se desconoce.

El contexto histórico es la Segunda Guerra, cuando Austria acepta ser anexada por la Alemania nazi. El granjero es el único de su pueblo que se opone a esa anexión. Más tarde, también es el único que se niega a sumarse al ejército nazi.

Los vecinos del pueblo no lo comprenden. Primero, creen que el granjero es un cobarde. Después, cuando escuchan sus argumentos sobre la ética, lo consideran un arrogante. “No juzgo. No creo ser mejor que los demás. Simplemente no puedo hacer algo que me parece incorrecto”, responde.

Familiares, vecinos y autoridades del pueblo buscan convencerlo de su equivocación por todos los medios posibles. Aseguran querer salvarle la vida, aunque tal vez solo desean su propia seguridad. El accionar disidente del granjero es interpretado por muchos como un dedo acusador. “¿Cuál es el sentido de oponerte a la poderosa Alemania nazi? ¿Tienes claro, al menos, cuáles serán las consecuencias?”, le preguntan. La frontera entre la advertencia y la amenaza es demasiado difusa. El granjero no conoce a William Penn, pero eso no le impide encarnar sus palabras: “Lo correcto es correcto, incluso si todos están en contra. Y lo incorrecto es incorrecto, incluso si todos están a favor.”

La Iglesia actúa de igual modo, a pesar de que el granjero se aferra a Jesucristo y a las Sagradas Escrituras para demostrar que está haciendo lo correcto. El obispo de Linz, Joseph Calasanz Fliesserle, le da la espalda cuando aquel le plantea sus dilemas. “No es mi deber decidir si la guerra es justa o no”, le dice. El granjero se va como vino: cargando solo con su cruz. Lo más parecido a un apoyo eclesiástico es la inspiración que le provee el accionar inorgánico de Franz Reinisch, un cura católico que también se rebela en soledad al nazismo. “Ahora mismo debe haber gente protestando ante este abuso de autoridad. Y yo me siento llamado a esa protesta”, dice el cura. “No peleo con puños y violencia, solo tengo al Espíritu Santo y a mi

Fe. Pero sé por qué estoy peleando”, declara. El granjero está al tanto de que el cura es condenado a muerte y ejecutado.

Luego de recibir todas las presiones posibles, el granjero admite la posibilidad de ayudar en los quehaceres del hospital. “Puedo limpiar los baños del lugar todos los días, pero no me pidan que jure lealtad a Hitler”, dice. La propuesta es rechazada: debe entrar al ejército y jurar lealtad al Führer. Su negativa lo conduce a la cárcel.

En la prisión, el granjero es torturado. “¿Acaso crees que alguien sabe de tu resistencia, que algo va a cambiar, que a alguien le importa?”, le insiste el director del penal en sus recurrentes conversaciones privadas. “Es preferible sufrir una injusticia que provocarla; que estén atadas mis manos y no mi voluntad”, contesta el granjero.

Mientras tanto, su familia queda en el pueblo, padeciendo la discriminación de su propio círculo social. La esposa no cede en ningún momento, ni una sola vez niega a su esposo. Se hace cargo de las duras tareas de la granja, además de seguir con la crianza de sus hijas. “El Señor no va a enviarnos más sufrimiento del que podamos soportar. Algún día sabremos para qué es todo esto”, se consuela.

El granjero intercambia cartas con su esposa. Vuelca en ellas algunas de las reflexiones que nacen del interminable tiempo carcelario. “Cuando renuncias a la idea de sobrevivir a cualquier costo, te llenas de una nueva luz. Antes siempre tenías prisa, siempre te faltaba tiempo, ahora tienes todo lo que necesitas. Antes no perdonabas a nadie, juzgabas a la gente sin piedad, ahora ves tu propia debilidad, así que puedes entender la debilidad de los otros”, le escribe.

El abogado defensor del granjero lo visita en la cárcel para acercarle una propuesta del Estado alemán. “Es muy probable que sea la última”, le advierte. Parece una victoria del granjero: solo debe ayudar en el hospital, como él mismo había propuesto. “¿Voy a tener que jurar lealtad a Hitler?”, pregunta. “Son solo palabras”, contesta el abogado. El granjero piensa todo una vez más. Vuelve a revisar lo que ya ha revisado miles de veces en la cárcel. Vuelve a pensar en su esposa, en sus hijas, en qué tipo de recuerdo guardarán ellas de él. Busca una razón, una excusa, una mentira creíble que lo exima de abandonarlas en el sentido más físico de la palabra. No encuentra nada. Lloro de impotencia. Duda. “Firme aquí y quedará en libertad”, dice el abogado.

En este punto sucede algo extraño. Hasta esta instancia de la historia, yo había podido avanzar en mi escritura sin mayores inconvenientes. Inclusive, con la tarea ya en marcha había ganado cierta fluidez. Sin embargo, la insatisfacción interna pero ajena me vuelve a asaltar. El insomnio está de regreso. No puedo seguir avanzando. Me veo obligado a volver sobre el último párrafo. Durante semanas intento interminables variantes. Solo cuando hago un progreso en la dirección que interpreto adecuada, el premio del sueño me es concedido. Luego de cientos de ajustes, llega un punto en que la asfixia íntima cede y puedo seguir adelante. Sin dejar de cuestionar mi cordura, comienzo a comprender lo que está pasando.

[...] El granjero piensa todo una vez más. Vuelve a revisar lo que ya ha revisado miles de veces en la cárcel. Vuelve a pensar en su esposa, en sus hijas, en qué tipo de recuerdo guardarán ellas de él. Busca una razón, una excusa, una mentira creíble que lo exima de abandonarlas en el sentido más físico de la palabra. No encuentra nada. Lloro de impotencia. Duda. Pero algo se despierta dentro de él... una extraña fuerza. No sabe qué o quién es, pero no puede evitarla. Tiene una enorme energía y un único mensaje: no puede aceptar lo que le piden. “Firme aquí y quedará en libertad”, dice el abogado. “Pero yo ya soy libre”, responde el granjero. No firma el papel, pero sí su propia sentencia de muerte.

La esposa lo visita por última vez en la cárcel. No busca convencerlo. Su único esfuerzo, colosal, consiste en tratar de comprenderlo. Y parece que lo logra. “Te amo”, es lo único que le dice al despedirse.

El granjero es sometido a un juicio formal. Uno de los jueces sabe que se está cometiendo una injusticia, que todo es una farsa, pero ya está demasiado comprometido con una maquinaria que no puede ser detenida. El nazismo seguirá adelante hasta quedarse con todo o con nada. “Por sus bases de sustento, sé que tarde o temprano será nada. Tan solo espero no estar aquí cuando eso suceda”, reflexiona en silencio el juez mientras contempla el avance implacable del juicio. El granjero es condenado a muerte. La condena se ejecuta poco después.

La esposa del granjero y sus hijas continúan con sus vidas en el pueblo cuyos habitantes las desprecian. Con gran esfuerzo, siguen trabajando en la granja. No saben por qué, pero resisten. Algo invisible las sostiene. Mientras tanto, la historia de Austria sigue su curso inevitable.

Así termina la historia de la película. Releo lo escrito y me siento un farsante. No es que me hubiera propuesto escribir una gran obra, al contrario, si escribí estas líneas fue por pura necesidad. Sin embargo, es imposible ignorar que no hice más que resumir el argumento de una película. Nada que merezca llamarse literatura.

Convencido de que mi tarea ha terminado, de que por fin me he liberado de la sombra intestina que me acechaba, me decepciona sentir que la satisfacción no llega. Peor que eso, me preocupa confirmar que el sueño tampoco. Vuelvo a la misma sensación del comienzo, a la misma inquietud incontenible que me ordena escribir.

La misión se complejiza. Hasta ahora solo había tenido que describir lo que había visto en la película. En adelante, debo continuar en una dirección desconocida. Si tanto me pesaba ser un farsante, tal vez esta sea mi oportunidad de balancear mi propio juicio sobre este escrito. Resignado a la capacidad punitiva del misterio que hospedo, me permito saltar al vacío y escribo:

El granjero descansa silencioso en el cementerio de su pueblo. Está rodeado por otros muertos que tal vez, también, fueron héroes en algún punto del pasado impreciso. Sin embargo, su historia está más viva que nunca. Discreta como una brasa escondida, aguarda el más mínimo soplo para volver a arder. Si uno pudiera tocarla con el alma, quemaría.

La esposa y sus hijas sobreviven. Lo hacen como pueden, como les sale, con la única certeza de avanzar hacia el futuro, donde confían que la comprensión las está esperando. “No es difícil dejar atrás el pasado, solo es posible moverse en la dirección opuesta; es lo mismo con el infierno: es un lugar del cual solo se puede salir”, las consuela un viejo callado que vive en las cercanías, tal vez el único amigo que les queda en el pueblo.

Los primeros años son los más difíciles para la esposa y sus hijas. Son el infierno. El dolor por la muerte del granjero está todavía fresco, su ausencia está aún muy presente, pero sobre todo la injusticia está demasiado instalada como dama de compañía. La intensidad de la experiencia parece no tener límites y eso, aunque parezca mentira, las ayuda a seguir viviendo.

La hostilidad de los vecinos profundiza la sensación de soledad. “No te preocupes, en muy poco tiempo serán ellos quienes se sentirán solos. La

compañía de tu esposo puede parecerle algo remota en este momento, pero debes saber que la tendrás para siempre”, le dice el viejo.

La esposa se refugia en esas palabras para fortalecerse. Las crisis se le multiplican pero de ningún modo se la nota vacilante, ni mucho menos vencida. “La incapacidad de rendirse, ese ha sido el último regalo de su esposo”, dice alguien en una mesa del pueblo. “Es difícil dejarse morir con tantas cuentas pendientes”, contesta otro. “Tiene tres hijas que la necesitan”, opina o corrige la única mujer de la mesa.

¿Qué haría la esposa, sin el granjero pero con sus hijas, si la Alemania nazi la pusiera entre la espada y la pared, como lo hizo con su esposo? ¿Qué hubiera hecho su esposo si él hubiera sido todo lo que tenían sus hijas? ¿Hasta dónde puede, o debe, llegar el idealismo?

Las hijas crecen y van adentrándose en la historia de su padre. Les llevará años comprenderla en su totalidad. Habrá cuestionamientos, pero todo desembocará en agradecimiento. “Aunque a veces sea difícil de entender, él ha dado su vida por ustedes”, les recordará el viejo cuando sean mayores.

Larguísimo pocos años más tarde, la guerra termina. La Alemania nazi cae por su propio peso. La cruel verdad, inevitable como el paso del tiempo, sale a la luz. De un día para otro, un verdadero terremoto cambia todos los órdenes establecidos y una verdadera revolución estalla en el mundo germano. Los comportamientos del pasado son revisados, en primer lugar por la propia conciencia. Los responsables que no logran escapar son juzgados. Los cómplices silenciosos — víctimas, prefieren decir ellos — mudan de piel e intentan adaptarse a los nuevos tiempos.

La simple emergencia de los hechos reivindica al granjero y a su familia. De a poco, tanto como se los permite su propio pasado, quienes ayer les daban la espalda comienzan a mirarlos a la cara. La discriminación se torna indiferencia, esta se torna culpa, esta se torna arrepentimiento, esta se torna tardía reparación, y esta, al final, con el paso de los años, se torna reconocimiento. A veces, con mucho dolor y humildad de por medio, llega a tornarse gratitud.

La familia ve aliviada su existencia a medida que el granjero regresa en forma de leyenda. Los familiares le restituyen la palabra, la visita y el apoyo. Los vecinos penitentes, campesinos de pocas palabras, la ayudan en silencio. Las nuevas autoridades le brindan apoyo material y simbólico. La Iglesia, ahora sí, le abre las puertas de la misa.

La historia permanece confinada a los límites del pueblo, mínima, latente, durante unos veinte años. Perdida en la lejanía de la montaña, sobre todo en invierno, parece que se quedará allí para siempre, condenada a desaparecer junto con aquellos que la vivenciaron. Las nuevas generaciones se mudarán a Salzburgo, o a Viena, y la contarán con imprecisión, o desinterés, o ambas. La tumba del granjero, con el tiempo, se convertirá en una más, como todas las que la rodean. “El tiempo, como la distancia, tiende a igualar a los hombres”, reflexiona Peter Epr, el pensador germano.

El paso del tiempo ejecuta su tarea erosiva e igualadora hasta que, un día, el sociólogo estadounidense Gordon Zahn llega al pueblo. Apenas entra en contacto con la historia del granjero, queda fascinado. Se vuelca por completo a profundizar en el tema. Habla con los vecinos, busca documentación, investiga los detalles. Pocos días después, pierde la capacidad de dormir. Una fuerza... una extraña fuerza se apodera de su interior. Nace, brota o lo invade, no lo sabe. No sabe qué es. O quién, porque la siente como una entidad consciente, con su propia libertad, voluntad y deseos. Tiene mucha energía. Y un único mensaje para él: debe comenzar a escribir cuanto antes sobre la historia. Rendido a la extorsión del insomnio, el sociólogo comienza a escribir. Durante semanas no puede hacer otra cosa. El resultado de ese arduo trabajo es la primera biografía sobre el granjero. Y, por supuesto, el regreso del sueño por las noches.

Sin saberlo, Gordon Zahn abre las compuertas a la expansión de la historia. Las copias del libro fluyen entre manos desconocidas, buscando su camino entre los sobrevivientes de la guerra. El mundo germano se complace al confirmar que sí hubo resistencia a la demencia criminal nazi. “Todo abuso crea su propia resistencia. En el fondo lo sabemos, pero aun así tememos que en nuestro caso sea diferente, que todos seamos un monstruo y que ninguno de nosotros haya tenido un accionar divergente que nos absuelva. Por eso es reconfortante cuando la resistencia teórica, abstracta, se convierte en rostros, nombres e historias”, ensaya una explicación Peter Epr. No todos coinciden con el pensador germano en este punto — yo mismo no lo hago —, pero es un hecho que con los años la historia gana narradores en las mesas germanas y estadounidenses.

Tal vez la misma extraña fuerza, indomable e incomprensible, invade a Thomas Merton, Axel Corti, Erna Putz, Terrence Malick y Peter Epr. Quizás a ellos también los captura y les quita el sueño. Estos autores reproducen la historia del granjero y la empujan otra vez hacia adelante, en

la dirección de un futuro desconocido que sin embargo siempre vuelve a repetirse. “Nunca antes me sentí tanto como un instrumento, como la humilde pluma del Gran Escritor. Ante la imposibilidad circunstancial, histórica, de ser un héroe, aunque más no sea uno anónimo, tengo al menos el consuelo, o la secundaria responsabilidad, de sostener en el tiempo esta historia crucial, este alimento espiritual que los grandes hombres del mañana quizás necesiten”, revela Peter Epr.

No solo esos autores impulsan la historia. Cuando el momento se le presenta oportuno, la Iglesia Católica adopta al granjero como propio y lo beatifica. Sesenta años después, parece que sí había sido un error abandonarlo a su suerte, a su muerte, cuando los nazis lo encarcelaron, lo torturaron y lo ejecutaron. De poco le había servido a la Iglesia, no al granjero, la repetición durante dos mil años de las enseñanzas de Jesucristo.

Con el paso del tiempo, el granjero encuentra la paz que no tuvo durante sus últimos años. Algo parecido le ocurre a su familia. Mientras tanto, la historia de Austria sigue su curso inevitable.

Más por inercia que por convencimiento, siento por primera vez que la historia fluye desencadenada. Acelera con una firmeza propia hasta que las manos se me escapan. Parece que escriben solas cuando la historia se proyecta por sí misma hacia el futuro:

Muchos lectores desgraciados leerán este escrito algún día. Uno de ellos llegará a ser importante. Él nunca lo sabrá. Los demás, tal vez, tampoco.

Las dictaduras volverán, como vuelven siempre. Como siempre también, crearán su propia resistencia. Una dictadura en particular no será la excepción.

Por simple arbitrariedad del destino, o por buena o mala suerte, el lector importante se encontrará sin saberlo en una de esas encrucijadas que determinan el futuro. En la vorágine del conflicto, no recordará que ha leído esta historia, ni recordará al granjero austríaco. Tendrá la certeza de que su accionar ínfimo se diluye en la enormidad de la desgracia, que sus elecciones no cambian el remotísimo resultado final; en pocas palabras, creará que su sacrificio no vale la pena. Pero algo, una extraña fuerza, se

despertará dentro de él. No sabrá qué o quién es, pero no podrá dejarla de lado. Tendrá una enorme energía. Y un único mensaje.

Los abrepuertas

“Algo ha cambiado dentro de mí, ¿sabes? Y no, no podría volver. No podría. No lo aguantaría.”
Thelma Dickinson, en la película Thelma & Louise.

Cuando agarramos la bicicleta, nos volvemos personas más estilizadas, despreocupadas y libres. En pocas palabras, personas más lindas. ¡Qué sutil, variable y asequible es la belleza!

También desde la bici, accedemos a una nueva dimensión de la realidad que nos rodea. Los peatones, los automovilistas y los mismos ciclistas son percibidos con una profundidad no mayor, no menor, pero ricamente diferente. La cercanía de un peatón combinada con la velocidad de un automóvil ofrece una perspectiva única. Aunque todavía lejos de la visión del águila, ese cruce permite el descubrimiento de ciertas esencias que permanecían ocultas hasta ese momento. El mismo fenómeno de captación se extiende al sistema de transporte, la sociedad y la cultura local. Y alcanza inclusive los fundamentales conceptos de espacio, tiempo y — su cociente — velocidad.

Es natural comprender que semejante catarsis reflexiva requiere de una parte de nuestra atención. No se puede pensar en la realización plena, la finitud de la vida o la necesidad de un propósito, sin abandonar por un segundo los próximos tres metros de concreto. Esa distracción tal vez promisoria nos expone a ser arrollados por un camión mientras, por ejemplo, concebimos una delicada rima para expresar con precisión el irremediable paso del tiempo.

Entre las incontables amenazas que emergen del caos vial y jaquean nuestras deliberaciones ciclísticas, se destacan con fuerza los abrepuertas, un colectivo tan cierto como invisibilizado por la literatura específica y universal. Siniestros personajes que ponen en peligro nada menos que nuestra existencia, y con ello todo lo demás, por ejemplo, nuestro potencial revolucionario. Y lo hacen encima con despreocupación, sin detenerse por un instante a realizarse preguntas elementales. No me refiero a cuestionamientos morales, metafísicos u holísticos, sino a la simple pregunta de si algún ciclista viene detrás. Es claro: el accionar de los

abrepuertas provoca indignación, como también la provocan el desgano, la desidia o el abandono.

Veamos cómo operan los abrepuertas y qué podemos hacer frente a ellos.

La gran mayoría de las calles de Buenos Aires, por no decir las del mundo, tienen dos lados: el izquierdo y el derecho. En esta ciudad, es muy común que los autos puedan ser estacionados sobre solo uno de ellos, por lo general el derecho.

Del lado libre del cordón, el pavimento adopta una deliberada pendiente que tiene como función principal quitar el agua del centro de la calle. Matemáticamente, el pavimento queda caracterizado como la hipotenusa de un triángulo conformado junto al cordón y el plano terrestre. En consecuencia, nace sobre este extremo hipotenusado un pequeño y sucio arroyo que salpica si elegimos pedalear sobre él. Esta situación indeseable se profundiza si carecemos de guardabarros, algo por demás corriente entre la empobrecida población argentina. Ni hablemos de lo absurdo del planteo si nos desplazamos por una calle de tierra, algo tristemente habitual ya bien entrado el siglo XXI.

Es por ello que los ciclistas experimentados prefieren circular junto a la fila de autos estacionados. Pero todo en la vida tiene dos caras: de ese lado de la calle viven los abrepuertas. Negligentes castradores de sueños que abriendo una puerta pueden acabar con todo. Impunes distraídos que pueden liquidar una vida, una capacidad de caminar o una fila de dientes. Chacales inoportunos que nos sorprenden cuando menos lo esperamos.

Los abrepuertas pueden salir de cualquiera de los dos lados del auto. La estadística indica que el caso más probable es el del conductor saliendo por el lado izquierdo del auto. Dado que los vehículos estacionados suelen encontrarse sobre la derecha de la calle, el peligro no tiene más alternativa que acrecentarse.

Arrinconados por el accionar de un abrepuertas, nos vemos obligados a tomar una decisión tal vez definitiva. El corazón de este escrito trata sobre ese micromomento en que se decide la vida o la muerte.

Cuando una puerta se abre frente a nosotros, el primer acto reflejo como ciclistas consiste en tratar de eludirla. Evitar el choque, el conflicto, las esquirlas. Por intentar preservarnos — y tal vez por intentar preservar al abrepuertas y a la puerta —, nos exponemos a morir atropellados por el auto que viene detrás. Cuando el caso se analiza con la frialdad que provee

el tiempo disponible, resulta difícil comprender por qué tomamos decisiones que tienen grandes riesgos para nosotros y ninguno para los verdaderos responsables.

Una alternativa a la evasión es el freno. Detenernos, resignarnos, decir hasta aquí hemos llegado, asumir que desperdiciaremos la inercia conseguida y volveremos a comenzar desde cero. Sabiduría dirán algunos, cobardía otros. El freno nos expone a perder el control, caer y morir, ya sea golpeándonos la cabeza contra el piso o contra el auto, o bien — de nuevo — atropellados por el auto que viene detrás. Dentro de este sombrío escenario, la única alternativa con cierto potencial feliz consistiría en frenar con la rueda de adelante, efectuar una mortal completa sobre la puerta y caer en condiciones de seguir pedaleando. A menos que contemos con una improbable capacidad de maniobra ciclística, lo más probable es que este camino también nos conduzca a la muerte (a una con cierto brillo, es justo admitirlo).

Descartadas la evasión y el freno, solo nos queda una opción: la entrega. Como siempre. Seguir adelante: enfrentar el destino y sus consecuencias. Ponerle el cuerpo a la adversidad que nos ha tocado en (mala) suerte. Aceptar que habrá dolor, pero que será uno compartido con el abrepuestas, es decir, uno más justo, más tolerable, hasta más deseable podríamos llegar a decir. Imaginemos por un instante: nuestro hombro, nuestra rodilla afilada, nuestra cabeza (con casco), la rueda delantera girando, todo entrando de lleno en el cuerpo sedentario y mórbido del abrepuestas. Sí, claro que habrá golpes, moretones y sangre, pero habrá también satisfacción, paz interior y sentimiento de misión cumplida.

La vida provee todavía la posibilidad de un matiz extra. Podemos solo entregarnos al choque como espectadores, presenciando la colisión desde un privilegiadísimo primer plano. O podemos convertirnos en protagonistas e ir a buscar el futuro que nos pertenece con determinación. Asumir que estamos ante un momento de gravedad histórica y actuar en consecuencia, como verdaderos héroes del transporte público. Por una vez, tomar las riendas de nuestra vida, o de nuestra muerte, de un modo que nadie pueda afirmar el día de mañana, cuando nosotros tal vez no estemos para defender nuestro honor, que temimos abrazarnos a nuestra misión fundamental, a nuestra razón de ser en este mundo. Actuar de un modo que nadie se atreva a escribir que nuestro final fue un mero y estadístico “accidente de tránsito”. A no dudarlo, amigos, estamos hablando de acelerar a fondo.

Aprovechar esos escasos metros restantes, tal vez los últimos, para ganar una última cuota de velocidad y arremeter contra el abrepuertas, la puerta, el auto y todo lo que se interponga en nuestro camino hacia la gloria. Morir, pero hacerlo en la búsqueda implacable de justicia, arrastrando al abrepuertas junto a nosotros en dirección del averno. Si buscamos el ángulo externo para volar la puerta o el ángulo interno para meternos en el auto, siempre con el abrepuertas y todo aquello que lo acompañe, dependerá de los detalles de cada situación y de una apreciación personalísima del ciclista en cuestión.

Asumida la superioridad ética y estética de este último enfoque, solo resta pertrecharse. Calzarse la armadura, el escudo y una buena lanza de madera. Y así, con el yelmo bien en alto, salir a arrostrar abrepuertas.

Expulsado de la Feria del Lector

Ya hemos hablado de Jáuregui, el Escritor Expulsado. Se trata del problemático escritor independiente que da a conocer su obra en plazas, playas y otros espacios públicos. Lugares de los cuales, por lo general, es expulsado en nombre de la ley.

— Tal vez sea lo mejor para todos — reflexiona Jáuregui desde el rincón de algún bar notable. La imagen, para ser comprendida en su totalidad, debe ser imaginada en blanco y negro.

Si Jáuregui insiste en acudir a esos espacios públicos no es por capricho. No se debe a que sienta algún tipo de placer cada vez que lo expulsan, ni a que le guste enrolarse en el papel de víctima, ni a que busque conflictos porque padece una vida sin emociones, ni a que desee escribir a partir de ellos. Tampoco lo hace porque busque reivindicar el espacio público, o condenar al espacio privado, o a las corporaciones, o al Estado. No desea, mucho menos, promover las grandes ideas, ni las pequeñas, ni nada que se le parezca. Acudiendo a sus propias explicaciones del fenómeno, «todo es mucho más sencillo»: si acude allí es porque hay un público disponible en relativo estado de reposo, al mismo tiempo que no hay libros con los cuales competir, ni mucho menos escritores que los entreguen en mano.

Jáuregui adhiere, tal vez sin saberlo, a la sensata «teoría de los océanos azules». No es una teoría compleja. Como en la vida misma, consiste en evitar los océanos rojos, teñidos de ese color por la sangre de la competencia, buscando en cambio los océanos azules. Traducido al mundo de los libros, se trata de evitar lugares comunes ya atestados de libros, como librerías o ferias, y dedicarse en cambio a explorar otro tipo de territorios librísticamente más vírgenes.

Es por ese motivo que Jáuregui evalúa con extrema cautela la posibilidad de involucrarse con editoriales, librerías o ferias, sean independientes o no. Y es por eso que no se esfuerza demasiado en sumarse a estos tradicionales circuitos de distribución. No los rechaza por principio, sino que tan solo no los busca como camino principal.

— Ya hay demasiados libros en esos espacios. Muchos, tal vez la mayoría, son mejores que los míos. Y además, nadie me conoce. Yo mismo no compraría un libro mío en ese contexto. Ni en ningún otro, para ser honesto — responde al ser consultado por su desinterés al respecto.

Algunos insisten. Le subrayan la importancia de integrarse a la comunidad editorial. Conocer gente. Relacionarse. Los más audaces llegan inclusive a mencionar la palabra *networking*. Jáuregui, un romántico o un ingenuo después de todo, desestima ese tipo de recomendaciones. No solo porque es bastante antisocial, y porque desconoce cómo comportarse en esos ambientes, y porque considera despreciables las relaciones basadas en el mero interés, sino porque considera que es su literatura la responsable de lograr reconocimiento, no su presencia física ni los recursos contactiles que pueda llegar a desenvolver.

— Es mi obra, no yo, la que debe salir al mundo y hacerse un lugar. Esa es la gracia. Las buenas ideas no necesitan ser vendidas a los gritos en una peatonal. Si tuviera que rebajarme a eso, no me creería los resultados. Y como consecuencia, nadie más lo haría tampoco, sobre todo porque yo los pondría en aviso. Cualquier tipo de maniobra que excediese la literatura solo lograría mantenerme en el natural estado de insatisfacción con respecto a mi obra.

Hay más. También tal vez sin saberlo, Jáuregui adhiere al «antifragilismo», un corpus de ideas que abraza la superioridad del camino largo cuyos obstáculos fortalecen, en detrimento de los «frágiles» atajos que prometen avances cómodos en poco tiempo. Una filosofía naturalista que a veces parece oriental. Luego de instanciar estas ideas en el mundo editorial, nuestro escritor concluye que tiene que ser por demás cuidadoso a la hora de atar su obra a mecanismos de distribución que estén fuera de su control, por más satisfacciones que brinden en el corto plazo. Debe conservar, ante todo, su libertad. Debe persistir en su propia búsqueda. Y debe seguir escribiendo y publicando.

— No puedo darme el lujo de entregar mi futuro a una ruleta ajena. No puede estar sujeto a contingencias ni resultados. Mi camino debe ser incondicional. Si hay un ascenso, debe ser un corolario accesorio e inesperado. De otro modo, la inevitable caída posterior podría ser intolerable.

En esas líneas de pensamiento se inscribe su característico desinterés en participar de cualquier tipo de feria. En términos generales, le parece una

pérdida de tiempo. Prefiere sentarse a leer o a escribir. Los libros no se escriben en las ferias. Ni siquiera, de hecho, pueden venderse. A menos que uno sea un artista consagrado. Y, en efecto, esa condición excepcional será un argumento todavía mejor para no participar.

La reacción de Jáuregui no es diferente cuando lo invitan a participar de la reconocida Feria del Lector, tal vez el acontecimiento de literatura independiente más importante de la ciudad de Buenos Aires. No se lo debe confundir con la Feria del Libro, un evento mucho más comercial y masivo.

A los inconvenientes ya enumerados de ser una feria, se agrega el hecho de que la Feria del Lector está demasiado politizada. Una situación que Jáuregui hasta podría apreciar. El problema sobreviene cuando lo político baja un escalón y se vuelve partidario, cuando el flagelo de la ideologización cruza la frontera hacia terreno del fanatismo, cuando la opinión se vuelve propaganda, cuando la convicción se funde con la agresión, cuando la incapacidad de imponerse en el terreno de las ideas se convierte en despotismo. Más de una vez, desde el público, nuestro escritor ha sido testigo del hostigamiento, la censura y el patoterismo hacia los que piensan diferente. Ha presenciado, por ejemplo, cómo en la Feria del Libro (un ambiente por lo general menos politizado) un grupo de forajidos irrumpía «a los sillazos» en la sala Julio Cortázar con el objetivo de interrumpir la presentación de un libro. Y también, al año siguiente, ha seguido a través de los medios cómo muchos supuestos intelectuales intentaban evitar que un Premio Nobel participara del evento.

Ese es el sendero por medio del cual un evento cultural, artístico y hasta político, que debería ser por todos y para todos, termina por convertirse en un enchastre de consignas intolerantes y pobres.

Así lo plantea Jáuregui cuando declina la invitación a participar de la Feria del Lector. En verdad, eso no es cierto. Para ahorrarse un debate interminable que no le interesa sostener, elige acompañar su negativa aduciendo que tiene compromisos ya asumidos. Impostergables, aclara sin convicción. A nuestro escritor no le agrada escapar a la verdad, pero menos le agrada perder un tiempo que considera en implacable cuenta regresiva.

Sin embargo, por alguna razón desconocida, los organizadores quieren a Jáuregui en La Feria. Tal vez sea simple aprecio por él o por su literatura, algo improbable; o tal vez se deba a la natural decadencia de La Feria, víctima quizás inocente del desplome del país y su educación; o tal

vez nuestro escritor es un personaje colorido que aporta cierta extravagancia al evento. Los organizadores han sido bendecidos con el don de la palabra e intentan por todos los medios, incluyendo peroratas interminables, convencerlo.

No olvidemos que Jáuregui es el Escritor Expulsado. No está acostumbrado a la bienvenida. Es inusual que alguien lo quiera adentro y no afuera. Es por eso que nuestro escritor, ya harto de los organizadores, promete considerar la invitación. Antes la necesidad de una respuesta verdadera, no tiene más remedio que hacerlo.

Comienza por abordar las cuestiones básicas. Si va a zambullirse en el mar de libros que representa la Feria del Lector, un océano rojo, debe hacerlo de un modo singular. Diferenciarse. No puede permitir que los miles de libros ajenos terminen por ahogarlo.

— A menudo, es mejor ser diferente que bueno — recomienda. Acto seguido, confiesa que esas palabras no son suyas, sino que las escuchó alguna vez en algún lado.

En otro compartimento de la existencia de Jáuregui, existe otra preocupación: cómo afrontar la inevitable partidización política que dominará La Feria. Nuestro escritor no puede validarla con una presencia silenciosa. Su propia posición debe quedar asentada, en lo posible de manera potente y sin entrar en conflictos innecesarios. Parte de su postura consiste, justamente, en promover la pluralidad, la tolerancia, la libertad de pensamiento y de expresión. La literatura es algo que puede compartirse más allá de las posiciones políticas y partidarias, ya sea porque está en un nivel superior, o ya sea porque puede pertenecer a otra dimensión de la vida. En todo caso, si no hay más remedio, se propone al menos elevar el nivel del debate, afrontar la política pero hacerlo con letras mayúsculas.

Durante los días que siguen, Jáuregui reflexiona sobre estos asuntos. Se siente molesto al respecto: cree que debería estar reflexionando sobre su escritura, no sobre cómo participar de una feria. Es cierto que este cuestionamiento es recurrente y se extiende a todos los rincones de su vida. Casi todo le parece una fugaz distracción. Su vida está teñida por esa cruz. Él lo sabe y también se lo cuestiona. Por eso, en la medida en que le resulta posible, busca utilizar sus propios cuestionamientos cruzados para no caer en el desequilibrio.

Mientras parece que se hunde en esa batalla interna de recriminaciones y justificaciones, Jáuregui tiene un afortunado momento de

lucidez. Logra concebir cómo participará de La Feria para dar respuesta a los desafíos que el evento le había planteado. Sonríe, se siente afortunado. Por una vez, la inspiración le juega una buena pasada:

— Como bien puede apreciarse en mi obra, la inspiración no suele acompañarme. Lo mío es más bien la insistencia.

A lo largo de las seis semanas que siguen, Jáuregui se prepara para La Feria. Los preparativos no son complejos, sino más bien onerosos: debe enviar a la imprenta los libros que piensa llevar.

— Es muy sencillo: no tengo automóvil — responde cuando se lo consulta sobre cómo financia sus aventuras editoriales.

La Feria por fin abre sus puertas. Hay poco más de cien puestos, ocupados en su mayoría por editoriales y escritores independientes. Además, hay otros participantes que desarrollan actividades relacionadas: imprentas, distribuidoras, dibujantes, etc. En casi todos los casos, el puesto consiste en una mesa con varios libros expuestos.

El espacio de Jáuregui está vacío. No solo no hay libros, ni mesa, sino que tampoco hay Jáuregui. Nada ni nadie. Los organizadores maldicen a nuestro escritor. Asumen que ha cambiado de opinión a último momento y ha desistido de participar. Nunca debieron haberlo invitado. Lo llaman por teléfono. Como siempre, el Escritor Expulsado no responde.

Una buena cantidad de público ya está circulando. Los lectores caminan muy lento entre los puestos. Levantan los libros de las mesas y los hojean para extraerles la esencia. Algunos van más allá y los huelen. Los chicos, mientras tanto, enloquecen a los feriantes usando los libros como folioscopios. Aunque las ventas no se disparan, las expectativas positivas deben recrearse:

— De otro modo, solo nos quedaría el penetrante recurso del balazo — agrega Jáuregui.

La situación económica del país atraviesa un momento difícil que ya lleva noventa años. Por su parte, los libros de las editoriales independientes, dados el arduo trabajo y las tiradas cortas, suelen tener precios superiores a los masivo-comerciales. Como para completar el cuadro, el público de la literatura independiente no es precisamente adinerado, pues suele utilizar su tiempo para leer y no para hacer dinero, una elección no menos arrogante que fatal.

— Los banco — aclara Jáuregui.

Ya todos se han olvidado de Jáuregui cuando hace su entrada anónima a La Feria. Lo hace empujando un carro de ciertas proporciones, junto a otra persona que lo ayuda. Sobre el carro, hay un pallet. Y sobre el pallet hay una grosera cantidad de sus libros. Los libros son todos del mismo título. Miles. A simple vista, se diría que unos cuatro mil, aunque sus seguidores llegarán a hablar de ocho mil.

Llegan al espacio de Jáuregui. Descargan los libros. La otra persona se retira con el carro. Nuestro escritor se sienta en el piso. Desde ese lugar, comienza a desempaquetar los libros y los deja caer frente a él. No los ordena, sino que los va apilando en una improvisada montaña que crece. Cuando la montaña alcanza cierto volumen, pone un payasesco gorro rojo adelante y un pequeño cartel que dice «Libros a la gorra». Luego, vuelve a su tarea de desempaquetar libros.

La primera mirada de los demás feriantes es de pavor. Todavía no saben por qué, pero la escena los aterroriza. «¿Quién es este muñeco y qué está haciendo?», se preguntan primero a sí mismos y, más tarde, a sus colegas feriantes.

Jáuregui también atrae la atención del público. Lo miran con desconcierto, pero luego, cuando comprenden la naturaleza de la propuesta, el sentimiento vira a fascinación. Nadie sabe quién es ese flaco sentado en el piso que, con tranquilidad budista, alimenta la montaña de libros. Casi todos los lectores toman uno de los libros y dejan una colaboración en el gorro rojo. Más temprano que tarde, el gorro rebalsa de billetes de toda denominación.

Hay algunos que toman un libro, pero no contribuyen. A Jáuregui no le importa en absoluto. Es parte de su propuesta: que cada uno haga lo que quiera, él ya ha cumplido con su parte. Quizás nuestro escritor conoce las palabras de Séneca: «¿Cuál es el premio de hacer un bien? Pues hacer un bien.»

Además, Jáuregui considera justo que las personas tengan la oportunidad de leer el libro antes de decidir si desean contribuir. Eso lo explica en la primera página del libro. Allí detalla, además, diversos medios virtuales para realizar una contribución.

Los colegas feriantes perciben a Jáuregui como una amenaza. Es instintivo, no saben bien por qué. Deliberan para comprender y, un poco más tarde, para decidir qué hacer. Se congregan en pequeños grupos y la conspiración crece. Hay enojo con nuestro escritor. Bronca. Cuando ya los

grupos son demasiado grandes y la insatisfacción no puede contenerse, entonces el líder no tiene más remedio que emerger.

El Barba tiene una pequeña editorial especializada en avistaje de aves. Es uno de los organizadores de la Feria del Lector. Y también uno de los referentes del mundo editorial independiente, aunque no fue él quien invitó a Jáuregui. Como es de imaginar, tiene una barba joven y tupida. Y como muchos ya sabemos o intuimos, posee un innegable corazón romántico. A esta altura, esclarecer su posición política sería redundante.

El Barba encara a Jáuregui. Lo saluda con cordialidad y sin perder tiempo va al grano:

— Flaco, no podés hacer esto.

— A juzgar por los hechos, da toda la impresión de que sí puedo.

— No, no podés. Y si podías, ya no podés. Por eso vengo a hablarte.

— ¿Y por qué no puedo?

— Porque nos estás cagando. Le regalás los libros a la gente y entonces no nos compran a nosotros. Es una guachada lo que estás haciendo. Una deslealtad.

Jáuregui mira hacia el suelo y menea la cabeza. El indeseable momento ha llegado. No tiene más remedio que contestar:

— Yo no estoy cagando a nadie, mi amigo, y no porque no quiera, sino porque no me sale, no sé cómo hacerlo, no puedo, soy un pan de dios, un tierno, una cucharada de miel, una mariposa rosa de esas que ya no se ven en la ciudad, no sé lo que es cagar, no sé cómo se caga a una persona, no lo sé. Muy por el contrario, en este evento soy el que más beneficia a los lectores, esos cachorros sensibles con tiempo libre que, equivocados, buscan en antros como este una respuesta a las falsas dicotomías que les plantea la vida moderna, a sus inquietudes nocturnas, a sus cuestionamientos capitales. Y, según todo lo que dice el material publicitario de La Feria, ellos son lo más importante, la prioridad, el epítome, una palabra que suena muy bien en este contexto aunque no sé muy bien qué significa. Lo que quiero decir es que lo mío no es una guachada, sobre todo por la estética desafortunada de esa palabra, yo jamás podría hacer algo que sonara de esa forma, pero además porque mi propuesta es un enorme servicio a los lectores independientes, esos fantasmas errantes que no tienen un peso encima, esos civiles empobrecidos que a pesar de todo eligen comprarse un libro, tal vez como una silenciosa forma de resistencia. Barba querido, capitán de los sentimentales, si esta

feria tiene un representante fiel, soy yo, aunque yo mismo discrepe con eso, aunque no haya querido venir, aunque ya me haya arrepentido de haberlo hecho. Soy la encarnación viva de esta Feria que se hunde, con todos nosotros adentro, junto al país. No, mis amigos, no los estoy cagando. Son otros quienes los están cagando, quienes nos están cagando a todos. Y, en última instancia, son ustedes los que se están cagando solos, no solo por no tener una buena propuesta, sino por no darse cuenta de lo que les digo. Además, Barba querido, bravo santo de los ardientes, yo no regalo ningún libro, sino que cada uno paga lo que puede o lo que quiere, aunque sí, hay que admitirlo, por lo general es una miseria, es casi casi como un regalo. Pero aún si no me pagan nada, no es la única verdad que se los regale. Ellos también me regalan a mí una oportunidad y una tajada irrecuperable de su precioso tiempo, aunque esto último lo hagan por error, inconscientes, como una fenomenal equivocación ante el dramático escurrimiento de la vida. Cuando ellos toman un libro en libertad, además de inmolarme junto a ellos, ejecuto sin quererlo ni buscarlo una verdadera «democratización de la literatura», esa frase que tanto les gusta a ustedes, los intelectuales de feria. Así es la vida Barba querido, señor de la palabra encendida, mal que les pese, cada persona es libre y responsable de sus actos. Si los lectores no les compran, no es porque yo esté aquí, sino debido a la cruel decisión que solo a ellos les pertenece. Para ser consistentes, es a ellos a quienes deberían echar y no a mí. Y por último, como para redondear esta defensa indeseada, lo mío no puede ser jamás una deslealtad, ya que no soy leal a nadie y mucho menos a ustedes. En última instancia, intento por todos los medios, diría que sin éxito, ser leal a mi obra, a mí mismo y a los lectores.

Mientras Jáuregui despliega su discurso barroco, el Barba se va hinchando como un sapo puesto a fumar. Sin embargo, como un caballero, no explota. Escucha hasta la última palabra. Cuando nuestro escritor termina, le dice:

— Mirá, flaco, no me rompas las pelotas con boludeces. O ponés una mesa y un precio para tus libros o te saco a trompadas.

Jáuregui no se achica. Por el contrario, celebra en su interior las palabras del Barba, y aprovecha para continuar:

— Si hay algo que no va a ocurrir nunca, nunca jamás, nunca durante esta feria, ni durante toda mi vida, ni durante la existencia del género humano, ni durante la casi eterna extensión del tiempo universal, es que yo saque estos libros del piso y los ponga en una mesa. Y mucho menos que

eso va a ocurrir que ponga un precio a los libros. Antes, prefiero la muerte. Te digo más Barba querido, punta del iceberg de los elegidos, prefiero la humillación, la vejación y la indignidad. Y antes que eso, imagínate, prefiero cualquier cosa.

Si había alguien distraído en La Feria, ya no lo está. Más lectores se acercan desde otros pasillos de La Feria, atraídos por la seña de «vení, vení» de quienes presencian el conflicto. Jáuregui prosigue:

— De ningún modo, tampoco, creo que corresponda irme de La Feria. Fui invitado con insistencia, vine a pesar de mi escepticismo y no estoy haciendo nada fuera de los reglamentos, a menos que la incorrección consista en afectar los intereses económicos de los demás feriantes. Si es así, ustedes también están afectando los míos con su presencia. Pero más allá de esa chicana cierta y barata, no creo que deba retirarme, no, no creo que deba hacerlo. Postergarme de esa forma sería una pésima decisión personal con un costo inconmensurable para mi propio ánimo. Una auto-falta de respeto que repercutiría sobre mi autoestima, sobre mi confianza en mí mismo y en mis posibilidades. Pero no solo eso, la sangre llegaría al río y afectaría nada menos que la confianza en mi obra, mi propia confianza pero también la de los demás, algo a todas luces inadmisibles. Me iría de esta feria, en cambio, si alguien fuera capaz de derrotarme en el respetable campo de la argumentación. Derrótenme ahí, mis camaradas, mis compañeros. Créanme que si eso ocurre me retiraré sin demoras, pero sobre todo con plena conformidad. Felicitaré gustoso a quien me doblegue y se lo agradeceré con generosidad. Es más, lo haré con alegría, con regocijo, hasta con felicidad, porque mi verdugo argumental habrá descubierto un mundo que yo creía sellado con firmeza, habrá revivido una dimensión del pensamiento ya muerta para mí, habrá insuflado juveniles ideas a una cuestión que yo ya había sepultado. Por supuesto, todavía pueden hacer uso del recurso de la violencia, como bien acabás de decir, mi querido Barba, gobernador de los héroes aqueménidas: sacarme de acá a los golpes. Sepan que resistiré, como los espartanos en las Termópilas, pero no tendrán problemas en doblegarme, porque sus brazos, no sus ideas, son más numerosos y más fuertes que los míos. Pero eso tampoco lo harán. Y no porque no sean fascistas, que lo son, sino porque no tienen el coraje, sin tener el poder, de asumir su condición autoritaria, la cual viven proyectando en los demás.

Jáuregui hace una pausa. El silencio es absoluto. El Barba, los feriantes y el público callan. Nuestro escritor sabe que este es el momento de seguir adelante, de arremeter, de liquidar el partido:

— Pero supongamos, por un momento, que en un acto de valor y coherencia con su pobreza argumental se deciden a sacarme por la fuerza de La Feria. De ningún modo me llevaría los libros. ¿Y qué harán ustedes con ellos? Ciertamente, no podrán sacarlos a las trompadas. Y si los dejan ahí, los visitantes se los seguirán llevando, como lo han hecho hasta ahora, con los mismos supuestos perjuicios sobre sus ventas. De hecho, la información de «libro a la gorra» estaría todavía en la primera página. ¿Qué harán entonces? ¿Arrancarán las primeras páginas, los repartirán entre sus mesas y los venderán? Pocas situaciones podrían resultarme más hermosas: mis censores, mis expulsos dictatoriales, promocionando mis libros por una moneda. Sería mi victoria inapelable. Pero supongamos que tuvieran una cuota de orgullo y no pudieran hacer eso, ¿qué harán entonces con los libros?, ¿los esconderán en un rincón? La historia crecerá, indomable, y la gente los buscará todavía más en ese rincón. ¿Los esconderán bajo una manta y un cartel de «Prohibido tocar»? Muy bien, pero por suerte para todos La Feria se terminará algún día, ¿y qué harán entonces con ellos? ¿Llevarlos quién sabe dónde, con todo el trabajo que eso implica? ¿Dejarlos y que el dueño del predio se haga cargo? Lo que quiero decir, Barba querido, mariscal de los soñadores que marchan, es que los libros se repartirán por su propia fuerza, tarde o temprano, sea a través de ustedes o de un desconocido que todavía ni siquiera sabe que existen. La única chance de evitarlo sería quemarlos, como en la China de Qin Shi Huang, como Diocleciano en Alejandría o como en la florentina Hoguera de las vanidades. Sí, en ese caso el fuego desintegrará los libros, pero como siempre en la historia, galvanizará también mi obra y mi protagonismo. Y esta, en mi opinión, sería la razón más poderosa para no quemarlos.

Jáuregui vuelve a hacer una pausa. El silencio amable le da todo el espacio del mundo para redondear su alegato y dar fin a esta historia:

— De hecho, algo de esto va a ocurrir, porque aunque sea una injusticia ya me voy.

Nuestro escritor rodea la pila de libros, compuesta todavía por miles de ejemplares. Se agacha para levantar el sombrero rebosante de dinero. Agarra los billetes de a puñados y los arroja en dirección del Barba y su séquito de feriantes. Cuando no queda nada en el ridículo sombrero rojo, se

lo pone y sale pidiendo permiso entre el público amontonado. Deja la Feria del Lector por la puerta principal, la grande. Nadie más vuelve a verlo, hasta el día de hoy, en una feria.

Estudio de la personalidad basado en la manipulación de un pan de manteca

No es cierto que no debemos juzgar a las personas. Todos lo hacemos, todo el tiempo, por cuestiones instintivas de supervivencia. En la antigüedad, juzgar o no hacerlo podía significar conservar la vida o perderla. En la vida actual y urbana, las consecuencias pueden ser menos dramáticas, pero no menos útiles. En el campo de juego, juzgamos al rival para saber qué tanto debemos preocuparnos. En el centro comercial, juzgamos al vendedor para saber si podemos confiar en él. En la vida, juzgamos al recién conocido para saber si le abriremos las puertas de nuestra intimidad. No juzgar sería infantil y peligroso. Juzgar y no admitirlo, demagógico. En todos los casos, lo importante es contar con herramientas objetivas que nos permitan evaluar a las personas sin caer en el prejuicio.

Es a partir de esta necesidad humana esencial que surge el *Estudio de la personalidad basado en la manipulación de un pan de manteca*, también conocido como el Estudio por cuestiones de practicidad.

El Estudio es una herramienta que permite conocer la personalidad de un individuo a partir de la observación metódica de cómo manipula un pan de manteca nuevo. Está diseñado en su totalidad sobre la base de mis opiniones personales y de ningún modo siguiendo los pasos del método científico, al mejor estilo Estado argentino, aunque con cierta pincelada literaria y sin generar millones de pobres.

Si de algo puede jactarse el Estudio es de no ser concesivo. El universo de las personas estudiadas —la humanidad toda— queda perfectamente definido en dos grupos, por no decir bandas: los dementes y los casos perdidos. La delgada línea que divide a estos dos colectivos se compone de una única persona: yo mismo. Aunque no lo parezca, esto no significa arbitrariedad, sino un punto de referencia muy determinado. Clarificado el criterio, no perdamos más tiempo.

Hacia la izquierda del espectro de personas estudiadas, se encuentran los casos perdidos.

Dentro de los casos perdidos, el primer grupo lo constituyen aquellos que no comen manteca. Y ya lo decía mi madre: “No confíes en las personas que no comen manteca”.

Sin dudas, los casos perdidos con problemas de salud encabezan la lista. Transportan en sus venas un valor demasiado alto del llamado colesterol malo. Las causas de ese número desfavorable son diversas y en todos los casos delatan problemas de fondo imposibles de ignorar: sedentarismo, mala alimentación, estrés. Si uno continúa excavando encontrará cuestiones todavía peores: rumbo perdido, falta de voluntad, ética endeble. En una palabra: problemas, y muchos.

De algún modo relacionado a lo anterior, se encuentran los casos perdidos que realizan una dieta. Personas que no comen manteca, ni muchas otras cosas, para cuidar su estado físico, fundamentalmente por cuestiones estéticas. Si los problemas físicos ya eran preocupantes, imaginemos cuanto peor serán los problemas mentales. Inseguridad personal, trastornos obsesivos y/o narcisismo.

Otro grupo notable de casos perdidos son los veganos. No pocas veces, bajo el noble propósito de proteger a los animales, al medio ambiente y al propio cuerpo, ocultan cuestiones mucho más serias: exceso de tiempo libre, prioridades trastocadas y problemas alimenticios. Y eso cuando no hablamos de inflexibilidad, superioridad moral y autoritarismo. Estamos ante personas que pueden estar días sin comer si no cuentan con sus *superalimentos* (como el kale), ya sea por viaje, sequía o guerra. Entre los casos más preocupantes, están aquellos que sí compran la manteca, pero preparan ese engendro llamado *ghee*. Una variante de los veganos la constituyen los conspiracionistas, quienes ven en casi todo un plan de destrucción y/o manipulación de la humanidad que por supuesto incluye a los productores de manteca (inclusive a los más pequeños, como la micropyme rural *Bobe Lácteos*). Además de los problemas de índole vegana ya mencionados, podemos encontrarnos con traumas relacionados a la paranoia o al estudio excesivo de ciencias sociales. Muchos de sus miembros adhieren también al terraplanismo, antivacunismo y antiantenismo. A pesar de los válidos cuestionamientos, pertenecen a los casos perdidos y no a los dementes.

A continuación encontramos a las personas que no gustan de la manteca. Algo, ante todo, sospechoso. A veces, esta declaración encierra la secreta adhesión a alguno de los grupos anteriores, una estrategia astuta que entiende los inconvenientes conceptuales de esa pertenencia pero aun así elige no renunciar a ella. Otras veces esconde algo mucho peor: el disgusto, además, por manjares comprobados como el dulce de leche, la milanesa o las vainillas. Se trata de individuos que podrían apuñalarnos por la espalda en cualquier momento.

Por último, están las personas que no comen manteca por razones desconocidas, indefinidas o inconcebibles. Aunque resulte difícil creerlo, son todavía más peligrosas que las anteriores, por lo que resulta imprescindible alejarse de ellas.

Pasemos ahora a los casos perdidos que sí comen manteca, muchísimos por cierto. Es menester aclarar que hay elementos que pasaremos por alto, no porque no contengan información valiosa, sino porque podrían sufrir variaciones importantes con el paso del tiempo. Y si algo debemos evitar en nuestra corta vida es que el paso del tiempo arrase con nuestra obra (¿Nosotros? Nosotros ya estamos condenados). En resumen, me propongo evitar distracciones como el tipo de manteca, la marca o el lugar donde se la compra. En cambio, buscaré concentrarme en aspectos mucho más perdurables: cómo se abre el paquete, cómo se corta la manteca, como se aplica el corte sobre el pan y cómo se cierra el paquete.

Quizás la mejor forma de conocer a una persona, tal vez la única, sea ponerla frente a la tarea de abrir un paquete de manteca recién comprado. Vale la pena confirmar que me refiero al clásico pan de manteca, cuboide, envuelto en un ajustado simil papel prolijamente doblado en los extremos. La primera clave del escenario lo constituye la entrópica imposibilidad de cerrar igual de bien, una vez abiertos, esos extremos doblados de papel. El paquete solo puede avanzar en la dirección del deterioro. Por eso es tan importante la apertura. En gran medida, dementes y casos perdidos se diferencian por la forma en que se enfrentan a este desafío.

Una parte de los casos perdidos abre todo el paquete en la primera intervención, es decir, despliegan todos los extremos del paquete y estiran todo el papel dejándolo como base. Así, sin más, sin ningún atisbo de preocupación o culpa. Hablamos de personas que solo piensan en el presente. Poco les importa que más tarde no podrán volver a cerrarlo. Aunque parezca difícil de creer, quizás ni siquiera llegan a pensar en esa

porción de futuro inmediato. Por supuesto, mucho menos en el resto del futuro que se extiende desde diez minutos más tarde hasta la eternidad. Hablamos de individuos peligrosamente espontáneos, incapaces de acometer tareas como ahorrar o cumplir un horario.

Hay casos más preocupantes. Son aquellos que rompen el paquete sin ningún tipo de criterio, como si fuera un regalo. Para estas ¿personas?, el futuro de la manteca no tiene ninguna relación con el ahora. “Tiene que haber una lógica”, piensa uno cada vez que presencia los procedimientos de estos seres de luz anclados en el presente más inmediato. Sin embargo, no, no la hay. No hay nada. Cada vez que lo abren, rompen el paquete de una forma diferente, dando por tierra con cualquier teoría salvadora que uno pretenda esbozar. Estos individuos son directamente una amenaza. Desconocen por completo la palabra planificar y, en consecuencia, su significado y su ejercicio.

Ya abierta la manteca, es el momento de observar cómo las personas la manipulan. Tal vez este sea el momento más sensible de todo el Estudio.

Es un hecho innegable que a uno se le retuerce el estómago cuando esas personas que parecían portar una cierta normalidad, sonrientes, de higiene razonable, no solo abren la manteca de algunas de las formas anteriores, sino que acto seguido la *caranchean*. Así es, esa es la imagen: se aproximan a la manteca expuesta, la husmean y luego la *caranchean* como si fuera un zorro arrollado en medio de la ruta. En realidad, el verbo adecuado sería *mordisquear*, no tanto por el significado sino por la fonética. Estos individuos *mordisquean* el pan de manteca impecable y lo dejan imperdonablemente *mordisqueado*. Colectan *cachos* de manteca sin criterio y los aplican sobre el pan. A medida que se suceden las puñaladas sobre el pan de manteca, este va perdiendo su orgullosa forma industrial para dar paso a un simple adefesio, a otra cruda debacle ambiental provocada por el ser humano. La inferencia es por demás evidente. Estos sujetos *mordisquean* también vidas propias y ajenas. Hacen las cosas mal una y otra vez, sin conectar jamás con los *cacho*-resultados que su accionar ha generado.

La forma de aplicar la manteca sobre el pan es otra fuente inagotable de indicios. En general, la técnica está muy condicionada por el modo en que se cortó la manteca. Por ejemplo, si la manteca ha sido *mordisqueada* y el resultado son *cachos* de manteca, la consecuencia solo puede ser una: la presión sucesiva sobre esos *cachos* con el objetivo de alisarlos. Por efecto

transitivo, la presión se ejerce también sobre la tostada, pieza frágil de pan que siempre termina perforada, agujereada, desfondada, con hilos de mermelada o dulce cayendo por la herida. Así es la vida de estas personas. Una serie de desprolijidades iniciales que derivan en intentos de alisado recurrentes y dolorosos. Este amontonamiento de ajustes se acumulan sobre la precariedad tostada de la vida dando lugar a un fruto apisonado, resquebrajado y roto.

Es muy improbable que los *mordisqueadores* —destructores de tostadas y vidas— no pertenezcan también al grupo que sigue. Hablamos de las personas que manchan la manteca con mermelada o dulce, ya sea porque usan un solo cuchillo para todo o bien porque manchan todos los cuchillos que utilizan. Visto desde el otro lado del mundo, también manchan con manteca el dulce o la mermelada. Pocas cosas hay en el universo tan desmotivadoras como encontrar vestigios de dulce o mermelada, secos, sobre la manteca. Los responsables de semejante vejación son los mismos individuos que chupan los cuchillos —un verdadero crimen— y por supuesto suelen trasladar esa corrupción a todos los aspectos de su vida. Dejan el piso del baño mojado, entran con los pies embarrados a la casa recién trapeada o invitan a comer sin consultar a personajes todavía más indeseables. Hay más. Estas criaturas pueden todavía dar un paso más en el interminable camino de la indignidad y dejar esos cuchillos infestados dentro del frasco, sobre el mantel (limpio) o directamente clavados en la manteca. Debemos saber que carecen de límites y estar preparados para imponerlos cuando, de manera inevitable, llegue el momento.

En otra dimensión de los casos perdidos, encontramos a quienes cortan fetas de manteca demasiado gruesas, de esas que dan impresión. Sobre ese colchón amarillo suelen poner uno, dos o hasta tres capas adicionales de otros dulces y/o mermeladas. Personas desbordadas, o desbordables, que no saben o no pueden contenerse. Individuos volubles, epicúreos y proclives a decepcionar. Nunca jamás debemos poner nuestra confianza, y mucho menos nuestro destino, en la cercanía de sus insaciables manos.

Llegado a este punto, no hay mucho más que hacer con la manteca o con lo que queda de ella. Solo restaría torturarla para que lllore. Ya agotada toda posible alevosía, lo esperable sería “cerrar” el “paquete” y guardarlo, si es que tal cosa tiene algún sentido en el plano de la realidad, donde el “paquete” es en verdad incerrable. En buena medida, la imposibilidad de

lograr el cierre es una consecuencia directa de haberlo abierto de manera deficiente. Sin embargo, lo verdaderamente preocupante, lo que altera todos nuestros sistemas sensoriales no es esa conclusión natural, sino la despreocupación, la absoluta falta de remordimiento que muestran los casos perdidos en cuestión.

Por ejemplo, un caso perdido toma los trozos de paquete residuales — seguramente manchados con manteca, queso y/o dulce— y los apoya a la marchanta contra lo que queda de la manteca —seguramente también manchada con queso y/o dulce—. Por supuesto, el paquete no cubre la manteca. La manteca queda expuesta de mil maneras, como un corazón herido. Lo más probable es que la manteca y el papel del envase queden fundidos —junto al queso y/o dulce— en un mazacote que se fortalecerá con el enfriamiento de la heladera. La manteca, la mermelada, el dulce y el papel ya son irreconocibles por separado. Son una única e indivisible pasta. La próxima vez, al retomar la manipulación del “pan de manteca”, los casos perdidos profundizarán el descontrol al intentar despegar los trozos de papel de la manteca con sus uñas largas y sucias, arruinando todavía más un panorama que ya considerábamos terminal. De esta forma manejan el resto de sus asuntos estas personas. No reconocen los problemas y por lo tanto no pueden solucionarlos. Pero además los acumulan, empastan y ensucian hasta el punto del bodoque. Un día se dan cuenta de que su vida es un desastre. Todos sus problemas están fundidos en un único super problema inmanejable. No es posible desarmar la madeja. Es demasiado tarde.

Aunque resulte difícil creerlo, hay todavía casos peores. Son aquellos que, por imposibilidad (lo rompieron, lo tiraron) o por comodidad, prescinden del paquete. Dejan la manteca descubierta, ya sea sobre la base de papel o sobre un platito. Así nomás la guardan en la heladera, exponiendo la preciada mantecosidad a resecarse o mancharse con las cosas que van y vienen ahí adentro. No es extraño golpearla con la base de las botellas, chorrearla con algún líquido de un estante superior o directamente tirarla al piso. Por supuesto, los casos perdidos no se alteran demasiado. La limpian un poco con el dedo, tal vez salivado, y listo. El perfil es claro: personas que no solo cometen errores irreversibles, sino que los sostienen a cualquier precio, a pesar de que la evidencia grite la necesidad de un cambio.

Por último, para cerrar el circense mundo de los casos perdidos, tenemos a quienes no guardan la manteca en la heladera, sino que la dejan afuera, sin

inmutarse, inclusive durante el verano. Poco importa que la manteca se vaya derritiendo como una vela frente a sus ojos o que vaya adquiriendo un amarillento y repugnante olor a rancio. Cuando estas personas por fin se dan cuenta del error, simplemente meten la manteca en la heladera. No hay lamentos ni reproches, tan solo negación. No es extraño que más tarde terminen con dolor de estómago que de ningún modo encuentran relacionado al montículo de lácteo graso y podrido que acaban de comerse. Así son: negadores.

Hacia la derecha del espectro, se encuentran los dementes. Personajes siniestros que logran generarnos una inimaginable nostalgia por los casos perdidos, quienes al menos eran simpáticos. Me atrevo a asegurar que lo único bueno que le queda a un caso perdido es no ser un demente. A un demente, en cambio, no le queda nada.

El indicio que mejor delata a los dementes es el uso de mantequera. Estamos ante maniáticos que se hunden en los detalles hasta perder de vista el cuadro general. Personas que tienen utensilios como secador de lechuga, cortagotas y pava eléctrica. Por supuesto que estos individuos fracasan en sus vidas y también lo hacen sin saber por qué, pero por las razones contrarias a las de los casos perdidos. En lugar de no importarles nada, les importa todo. Dos formas opuestas de no saber priorizar. En ambos casos, por ser en verdad una misma causa última, los desenlaces indeseables son los mismos.

Los dementes pueden tener diferentes mantecas para diferentes usos, usen mantequera o no. Inquietante. Es posible que tengan además dos tostadoras, dos paraguas y hasta dos bicicletas, como si fueran suizos. El diagnóstico es claro como el cielo riojano: inseguridad, necesidad de control, neurosis.

Otra prueba contundente a la hora de detectar dementes consiste en observar si las personas sacan la manteca de la heladera “con tiempo” para que se “desentumesca”. Y si usan esta última palabra, a correr.

A la hora de la apertura, el principio que guía a los dementes se basa en afectar lo menos posible el papel del paquete. Buscan con toda ansia que este no se rompa, no se arrugue y no se ensucie. La utopía última consiste en lograr que el paquete quede como estaba en un comienzo luego de cerrarlo. Para lograrlo, la idea general que manejan es abrir el paquete con extrema prolijidad, memorizando cada pliegue, con el objetivo de dar los pasos inversos a la hora de cerrarlo. Estas personas buscan esa perfección

como si se tratara de un destino manifiesto. Por supuesto, no lo logran, y esto trae aparejadas consecuencias de manual: frustración, insatisfacción, depresión. Simples consecuencias de la idealización de la realidad, situación que por definición nunca puede ser alcanzada.

Un poco más realistas, otros dementes utilizan una técnica un tanto más sofisticada. Se trata de cortar directamente el paquete cerrado, es decir, manteca más papel. El propósito es evitar la desgastante tarea de la apertura y cierre del paquete. Hecho el corte, de un lado queda intacto el pan de manteca mayor y del otro se manipula la porción menor. Los problemas de esta técnica son por lo menos dos. El primero es que deben decidir de antemano la porción de manteca que comerán y difícilmente haya marcha atrás. En el caso de sobrar, deberán comer a la fuerza esa porción de manteca o tirarla, mientras que en el caso de faltar habrá que quedarse con las ganas o correr el riesgo de repetir la técnica (con mayor esfuerzo dado el paquete ya abierto y la probable necesidad de un corte más fino). El segundo es la dificultad de volver a cerrar la manteca y la inexorable exposición de ese lado abierto a la acción oxidante del mundo exterior. Para finalizar, es importante dejar constancia que estas personas habitan en la región fronteriza con los casos perdidos. Si bien los hemos mantenido dentro de los dementes, siempre están en peligro de dar un mal paso y caer del otro lado del abismo.

Algunos dementes practican una variante de la técnica anterior. No hacen un corte total del paquete, sino solo hasta la base. Es muy posible que las personas apoyen un cuchillo filoso sobre la parte superior de la manteca y tiren del papel para que la fuerza sobre el cuchillo produzca el corte. De ese modo, la base permanece intacta y se conservan ciertas posibilidades de éxito a la hora de cerrar el paquete. El procedimiento es tan amañado que preocupa. Tanto detalle por un pan de manteca no puede ser inofensivo. Hablamos de individuos que tienden al exceso de análisis y son proclives a enredarse en sus propios razonamientos. A menudo, son presas fáciles de la contradicción, el inmovilismo y la indecisión.

Abierto el paquete, el grueso de los dementes optará por cortar finas fetas de manteca que luego aplicará de manera sucesiva y contigua sobre la tostada. Este procedimiento carece de cualquier clase de interés o carisma, algo que de ningún modo debe sorprender, aunque sí preocupar. Es el fiel reflejo de las vidas de estos desgraciados. No hay sutilezas, ni imprevistos, ni aventuras. Una vida por omisión con todas las letras. Un paso anónimo

por el mundo. Hablamos de personas que han creado y utilizan el argumento “¿para qué?, si así estamos bien”. Esta falta de gracia general se traduce en vacío existencial, autocrítica feroz y resentimiento. Y eso para no hablar de las evidentes dificultades a la hora de las relaciones sociales más elementales.

Siempre con los mismos principios, algunos dementes eligen encarar la apertura del paquete por arriba. Abren prolijamente todo el envase y dejan expuesta la manteca en su totalidad. Con el paquete bien abierto, raspan suavemente (si en lugar de eso *rasquetean*, es muy probable que estemos ante un caso perdido) la cara superior de la manteca y de ese modo la consumen desde arriba hacia abajo. Como si eso los hiciera mejores personas. El caso es directamente grave si el raspado busca la forma de “rulito” en la manteca extraída. Se trata de los mismos individuos que compran la manteca que no viene envuelta en papel, sino en un recipiente de plástico, una decisión reprochable en sí misma. En todo esto solo es posible ver soberbia expansiva. Torres de marfil, banquitos morales, dedos acusadores. Si nos disgusta ser maltratados, entonces no hay que dar ninguna oportunidad a estos sujetos.

Ya aplicada la manteca, existe la posibilidad de que los dementes deseen agregar una capa de mermelada o dulce. Los más dementes acostumbran elegir mermelada. Y si son muy pero muy dementes, prefieren gustos del tipo frutos rojos. Para cada unguento se dispone de un cuchillo o, peor todavía, de una paletita aplicadora. Bajo ningún punto de vista, nunca jamás, los ungüentos se mezclan fuera de la tostada. Tampoco es que allí se mezclen, sino que se apilan uno sobre otro con prolijidad. Si algo falla en el proceso, estos individuos sufren de transpiración súbita, ansiedad y taquicardia. Son los mismos sujetos que tienen un producto de limpieza para cada superficie de la casa, una bolsa para cada tipo de basura y un té para cada estado de ánimo. En resumen, unos pesados.

Por último, los dementes coronan todo el procedimiento cerrando el paquete con relativo éxito, gracias a todos los cuidados puestos en las fases previas. Este es el momento clave. Aquí es donde el demente se consagra o se hunde en la angustia más breosa. La eventual victoria lo predispone optimista para la próxima tarea hiperprotocolizada de su día, mientras que la derrota no lo asalta solo por el mal resultado obtenido, sino porque ya comienza a padecer la difícil situación que deberá enfrentar cuando deba reencontrarse con el paquete imperfectamente cerrado.

Así es como llegamos al final de este Estudio. A partir de este momento, sus vidas —sí, las de ustedes— ya no serán las mismas. Ya no podrán ser testigos neutrales de una manipulación de pan de manteca. Más todavía, ya no podrán abordar una nueva relación sin enfrentar con un pan de manteca nuevo a ese ser emergente que busca ser parte de sus vidas. No les bastará con saber el signo astrológico del pobre diablo —una herramienta por demás difusa—, sino que necesitarán la precisión implacable del Estudio. Y está bien que así sea. Y está bien que yo me alegre de ello.

El proceso de baja

Para René Favaloro.

“La sentencia no se pronuncia de una vez, el procedimiento se va convirtiendo lentamente en sentencia.”

Franz Kafka, El Proceso.

Con mis treinta y pico de años, ya había logrado vislumbrar que la próxima crisis de mi tierra — la República Unitaria de Mosquera — llegaría pronto. Estaban por cumplirse diez años desde la última crisis mosqueriana, y veinte desde la anterior, y treinta desde la anterior, y así. También había aprendido que después de la crisis vendría inevitablemente una moratoria para el pago de impuestos. De hecho, lo más probable es que fueran a ser dos. Una, propuesta por el gobierno al mando, con el argumento de apoyar a los más golpeados por la debacle económica (casi siempre autogenerada por ese mismo gobierno y/o el anterior). Y la otra, un poco más tarde, propuesta por el nuevo gobierno, justificada en “la necesidad” de abrir una nueva etapa luego del fracaso de su predecesor. En ambos casos, el objetivo inconfesable del gobierno era el mismo: volver a recaudar todo lo posible cuanto antes. Poco le importaba que las moratorias beneficiaran a quien no había pagado — en detrimento relativo del que sí lo había hecho — , ni el mensaje implícito a largo plazo, ni sus consecuencias; en verdad, para resumir, no le importaba nada. Por supuesto, cada gobierno juraba que la moratoria que impulsaba era la última.

No mencionemos, siquiera, el caso de los blanqueos impositivos.

Cansado de ser el idiota útil de la película mosqueriana, decidí que habría cambios en mi relación impositiva con el Estado. Por eso, cuando con puntualidad se desató la nueva crisis decidí dejar de pagar mis impuestos, más allá de que pudiera hacerlo o no. Envalentonado por mi ingenua (pero potencialmente peligrosa) rebeldía, me impuse ir todavía más lejos: dado que el gobierno actual me desagradaba, no pagaría mis impuestos hasta que uno menos malo fuera elegido. Y si ese tiempo se postergara demasiado y me viera asediado por la persecución estatal, entonces agotaría todos los medios para pagar lo menos posible. Estiraría los pagos hasta que no hubiera más remedio, como el gobierno mosqueriano

estiraba las soluciones a los problemas del país. Cobrarme sería un suplicio, tanto como lo era pagar para mí. Luego, cuando las condiciones de gobierno y moratoria fueran propicias, volvería a pagar. Lo haría sin ninguna clase de convicción, ya que esos pagos terminarían en las manos de los gobiernos mosquerianos y no tendrían otro destino que el de financiar durante diez años la construcción de la próxima crisis.

Lo que no había aprendido todavía, sin embargo, era mucho más elemental. En la búsqueda de una eficiencia que me permitiera compensar la improductividad del Estado que me rodeaba, había cometido la infinita necesidad de configurar en mi banco el pago automático de mis impuestos. Cada mes, la imposición fiscal se debitaba automáticamente de mi cuenta bancaria. Esto implicaba dos equivocaciones fatales. Para comenzar, había decidido ignorar la máxima elemental que indicaba que toda configuración de un pago automático conduce a problemas, especialmente cuando se intenta darlo de baja. Sobre la ternura de ese error *amateur*, yo había montado otro directamente imperdonable. Había formalizado ese “pacto de caballeros” con el Estado mosqueriano, es decir, con *il capo di tutti i capi*. Lo había hecho a pesar de la famosa confiscación de depósitos de hacía diez años, y de la famosa confiscación de depósitos de hacía veinte años, y de la famosa confiscación de depósitos de hacía treinta años.

Para complejizar todavía más la cuestión, al Estado y al Banco se agregaba un tercer actor. El alta del pago automático lo había hecho a través de PagaSimple, una entidad financiera que intermediaba con los ciudadanos para simplificar el pago de servicios e impuestos (dos conceptos separados por un abismo en el mundo mosqueriano).

Es por ello que mi primer paso para dar de baja el pago automático de mis impuestos fue comunicarme con PagaSimple. Me resultaba lo más natural que quien me había dado el alta fuera también quien me diera la baja. Llamé por teléfono, el mismo medio que había utilizado para la operación inversa. Una máquina me presentó interminables opciones, incluyendo la ya conocida posibilidad de darme de alta, pero no me ofreció la deseada opción de darme de baja. Revisé todos los rincones del árbol de opciones telefónico: nada. Los peores miedos comenzaron a crecer dentro de mí. Elegí entonces la opción de hablar con un operador, esa que siempre conducía a esperas interminables. Perdí mi valioso tiempo durante decenas de minutos hasta que la comunicación se cortó sin explicaciones. Repetí mis intentos durante varios días, en diferentes horarios, con idéntico resultado.

Esos días, mientras esperaba la atención de un operador, navegué el sitio web de PagaSimple. Intenté una comunicación con el chat virtual, pero no funcionaba. Envié varios correos electrónicos que nadie, nunca, jamás, contestó.

Un día, no sé bien por qué, una persona contestó la llamada. Era un muchacho joven. Se escuchaba un perro de fondo. Di todas las explicaciones del caso, haciendo un gran esfuerzo por omitir todas las humillaciones a las que su empresa me había sometido durante los días pasados. El muchacho me dijo que la empresa no procesaba las bajas de impuestos y, más elemental todavía, me dijo que él no tenía forma física de hacerlo a través de su sistema. En su opinión personal, yo debía dirigirme a la entidad bancaria. El perro de fondo ladró otra vez. De nada sirvió explicarle que era de un formidable sinsentido que, si su empresa me había dado de alta en un servicio, no me ofreciera el mecanismo inverso. No lo negó, pero volvió a repetir que él no tenía forma de hacerlo. Le pedí hablar con un superior. Me dijo que no había superiores disponibles. De hecho, me aclaró que ni siquiera él podía contactarlo para sus propios problemas con la empresa. Le pregunté qué pasaría con mi reclamo. Hubo un silencio. Luego de unos segundos, me dijo que lo registraría en el sistema. Le pedí entonces un número de identificación para poder hacerle un seguimiento. Me dijo que no había números de identificación. Comprendí entonces, y así se lo dije, que mi reclamo era completamente inútil. Hubo otro silencio. Le expliqué lo esencial de que un reclamo tuviera un número asociado. Persuadido, o acorralado, el muchacho me dijo que entonces me daría uno. Y así lo hizo, inventándolo en el momento para salir del paso. No tuve ni una gota de optimismo irrealista como para anotarlo. Hirviendo de impotencia, corté la llamada. Algo inusual en mí, le di un golpe de furia a la mesa.

Pasaron dos días hasta que pude retomar mi misión. Vaciado interiormente por la falta de fe, llamé por teléfono al Banco. Me atendió una máquina. Luego de un minuto de información sobre cómo automatizar mi gestión, me exigió una clave telefónica. Yo no tenía ninguna clave. Corté. Navegando el confuso sitio web del Banco, creí comprender que debía obtener la clave telefónica desde un cajero automático, con mi tarjeta de débito. Yo nunca usaba mi tarjeta de débito. Fui al cajero. La máquina me exigió la clave de la tarjeta. No la tenía. El Banco estaba cerrado. Volví al día siguiente, esperé una hora en la sala hasta que un empleado me atendió.

Intenté que él me ayudara a resolver mi problema, pero me dijo que el trámite solo podía hacerse por teléfono. Ante mi desconcierto, me detalló el extenso proceso por el cual yo podría “operar por ese canal”. El primer paso era volver al cajero automático. Obtuve allí mis cuatro claves. Debía renovarlas cada treinta días. Volví a casa y llamé al Banco. Usé mi clave telefónica con éxito. La máquina me ofreció un nuevo interminable ramo de opciones. Ninguna era para dar de baja mis impuestos. No tuve más remedio que terminar en la opción de hablar con un operador. Por supuesto, esperé decenas de minutos hasta que la máquina del Banco agotó su paciencia: “Todos nuestros operadores se encuentran ocupados, intente más tarde”, y me cortó. La escena se repitió durante días. Sobre la cuarta semana, mi mayor preocupación era prevenir la necesidad de renovar mis claves bancarias. Pensé en dar de baja todo, todo, e irme a vivir a la aldea hippie de El Boscón. Desistí: no sabía qué era peor.

Casi llegando al primer mes de batalla bancaria, logré hablar telefónicamente con un operador bancario. Le expuse mi caso de la manera más sintética posible: quería dar de baja el pago automático de mis impuestos. Su respuesta fue que ese tipo de operaciones debían realizarse personalmente. En vano intenté explicarle que ya había estado en la sucursal del Banco, en persona, y el empleado de carne y hueso me había dicho exactamente lo contrario. El operador, como la máquina del menú de opciones, solo repitió su recomendación. Corté y le di un nuevo golpe a la mesa.

Al día siguiente, fui al Banco otra vez. No fue fácil esperar casi una hora. Luego de la espera, volví a entrevistarme con el empleado de carne y hueso. Le expuse mi caso una vez más, con las actualizaciones. El operador me pidió que aguarde: la contadora del Banco me atendería. Tras esperar otra hora, la contadora me recibió con incomprensible mala voluntad. Volví a explicar la situación. El veredicto de la contadora fue categórico y no necesitó ni un segundo de reflexión: la gestión que yo reclamaba solo podía hacerse ante el Estado. Para nada sirvió que le detallara lo que me habían dicho por teléfono los operadores del propio Banco, ni mucho menos lo que me había dicho el joven muchacho teleoficinista de PagaSimple. Tampoco la conmovió mi argumento de que resultaba inconcebible que el Banco permitiera débitos de mi cuenta personal cuando yo mismo le estaba diciendo, en persona, que no quería que eso sucediera. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si un prestador de servicio me estaba estafando y se rehusaba a

darme de baja (lo cual, excepto por la palabra “servicio”, era el caso)? ¿Acaso el Banco avalaría la continuidad del despojo, aun cuando yo le estaba exigiendo en ese instante qué hacer con mi propia cuenta y con el dinero depositado en ella? La contadora volvía una y otra vez sobre la misma explicación: el sistema no le permitía implementar la baja. Inflamado de furia, dejé el Banco.

“El sistema” se había convertido en la más sofisticada creación de los tiempos modernos. Una entidad abstracta e inmaterial, responsable de todo, que con sus limitaciones “naturales” e inmovibles impedía el remedio de errores, abusos o injusticias. Un culpable todopoderoso que condicionaba, *per se*, la voluntad y los derechos de sus millones de súbditos humanos. “El sistema” era culpable de todo y nada podía hacerse al respecto. No era posible denunciarlo, ni enjuiciarlo, ni, por lo menos, ir a buscarlo para cagarlo a trompadas. Integrado a la trituradora mosqueriana, era sencillamente letal.

Tras un día de descanso y reflexión, comencé mi gestión ante el Estado con un nivel de expectativas positivas que no era nulo, sino negativo, y muy negativo. Si todavía quedaba algún tipo de esperanza se ubicaba por entero en mi corazón, en mi orgullo inquebrantable, y de ningún modo en la realidad. El Estado no solo era más lento, ineficaz y desinteresado que el Banco y que PagaSimple, sino que además era el principal beneficiario de los pagos automáticos que yo pretendía dar de baja. Para peor, la agencia recaudadora de impuestos era la única dependencia estatal con cierto atisbo de capacidad.

Tal cual lo había previsto, el sitio web estatal era innavegable y no ofrecía ninguna información sobre cómo darse de baja del pago automático. Envié un email que nunca tuvo respuesta. Luego de dos horas intentando comunicarme por teléfono, logré solicitar un turno para ser atendido en una de las oficinas de la agencia recaudadora. Tras una hora de espera, fui atendido por una agente. Expuse mi caso una vez más. La oficial no dudó, ni reflexionó, ni consultó: esa gestión no podía ser realizada allí. Yo debía hacerla, “naturalmente”, ante PagaSimple, la empresa que me había dado de alta. De nada servía la razón, el argumento, la demostración, pues este conflicto era de otra naturaleza, estaba a otro nivel de la problemática humana. No era un problema lógico, sino político, o hasta tal vez filosófico. Una mezcla de impotencia e ira me inundó el cuerpo. Perturbado, quizás

buscando alejarme de este último sentimiento, dejé a la agente sin saludar y salí a la calle.

¿Cómo lograría quebrar este laberinto sin salida? ¿Realmente no había más remedio que exigir la baja del pago automático tomando rehenes, como John Q, o con una ametralladora en la mano, como William Foster? ¿Debía denunciar la situación públicamente, apoyándome un arma en la sien, para luego acabar con mi vida en vivo y en directo? ¿Era esta una jugada a todo o nada, o era tan solo una forma dramática de rendición? ¿Se había rendido René Favalaro al pegarse un tiro en el corazón luego de denunciar su impotencia en una carta pública? No estaba seguro del todo.

Como sugirió Franz Kafka alguna vez, decidí “reflexionar serena, muy serenamente, antes de tomar una decisión desesperada. Luego de unos días, a pesar de que todo parecía terminado, surgieron nuevas e inexplicables fuerzas. Me sentí vivo otra vez.”

Muchos dirían que haber acudido al Banco Central de la República de Mosquera (BRCM) fue un acto de evidente desesperación. Tal vez estén en lo cierto. Pocas entidades en el universo tenían una credibilidad tan baja. El BCRM tenía una misión muy acotada: preservar el valor del peso mosqueriano. Juzgándolo por su propia misión, era difícil no llegar a la conclusión de un rotundo fracaso. Tan solo en los últimos veinte años la moneda había perdido el 99% de su valor (1 dólar estadounidense había pasado de valer 1 peso mosqueriano a valer 100). Hacia atrás en el tiempo, los resultados de su trabajo no eran mejores. En los últimos ochenta años, la inflación acumulada había sido 250.000.000.000.000.000%. Un peso mosqueriano actual era el equivalente a 10.000.000.000.000 de los originales. Era difícil encontrar resultados como estos fuera de la literatura fantástica. Y, sin embargo, ahí seguía el BCRM, como si nada, emitiendo opiniones, evaluaciones y pronósticos (y, sobre todo, emitiendo pesos mosquerianos) con informes de prosa seria, argumentos técnicos y procedimientos formales. “En la permanente búsqueda de fortalecer el peso y lograr la soberanía monetaria”, se atrevía inclusive a confesar.

A pesar de su prontuario, el BCRM era “la autoridad de aplicación de la República” en relación a las normas bancarias, débitos automáticos, etc. No quise ni imaginarme cómo serían los enemigos del BCRM. Navegué el sitio web del BCRM en busca de algún tipo de información de utilidad. Las páginas del sitio eran interminables pero, al mismo tiempo, parecían no decir nada. Busqué en la sección de ayuda. Era amplia, pero aclaraba que

los múltiples medios de comunicación disponibles (teléfono, email, redes, chat online, etc.) solo estaban destinados para brindar soporte en la navegación del sitio web. Para otros tipos de consulta, debía dirigirme a otros organismos del Estado. Me negué a creerlo. Llamé por teléfono: tras largos minutos recorriendo opciones, una máquina me guió al punto de partida. Escribí un email. El ayudante remoto me confirmó que su servicio se limitaba a responder preguntas sobre la navegación del sitio web y que no podía brindar ningún tipo de información legal o financiera.

Estaba solo. Siempre lo había estado y siempre lo estaría en el futuro. Esa era la única y triste realidad. Debía rendirme o ampararme en figuras como Robert Neville o, si no había otro remedio, John James Rambo. Por un lado, sentía la innegable tentación de abandonarme a los hechos. Dejar todo como estaba, permitir que el Estado mosqueriano extrajera los frutos de mi trabajo con impunidad. Aceptar que así eran las cosas, para qué luchar contra la corriente, contra lo inevitable. Por otro, en paralelo, crecía en mí una resistencia, una primitiva sed de pelea, un fuego. No, de ningún modo las cosas podían ser así. Yo, Juan Manuel Herrera Sbaraglia de la Serna, no había venido a este mundo para dejarme pisotear, para pasar desapercibido ni, mucho menos que menos, para rendirme.

No vivía lejos del Palacio de Justicia. Me dirigí hacia allí. Sin haberlo previsto, me paré frente al imponente edificio. Era un producto del pasado dorado de la República de Mosquera, cuando la Justicia todavía era un ideal a alcanzar, cuando aún se la consideraba un pilar clave en la construcción de una grandeza que no solo parecía posible sino también inevitable. En el presente, en cambio, la Justicia no era más que un recurso a someter para la construcción de poder propio. Ningún gobierno contemporáneo propondría la construcción de un Palacio de Justicia enorme y hermoso, como el que se levantaba ante mí, simplemente porque no podían concebir a la Justicia como algo enorme y hermoso. Parado frente al Palacio, levanté la cabeza y lo contemplé. Desde las alturas, sentí que el Palacio hacía lo mismo conmigo. Nos miramos durante varios minutos, en silencio, como si a pesar de todo nos comprendiéramos, como si supiéramos que debíamos estar del mismo lado pero que al mismo tiempo, por la naturaleza arbitraria de la vida, las circunstancias históricas nos enfrentaban. En un instante de verdad, le juré al Palacio — pero sobre todo me juré a mí mismo — que nunca lograría doblegarme, jamás, que su belleza monumental no lograría

amedrentarme, ni subyugarme, porque yo todavía tenía aquello que él había perdido hace tiempo.

Mi razón de ser en aquel lugar no era retarme a duelo con el Palacio de Justicia, sino buscar información legal en las librerías especializadas de la zona. Luego de varias conversaciones con los libreros, logré encontrar la normativa vigente para los “débitos directos bancarios”. Compré el pequeño cuaderno (no, no estaba disponible en la extensa web del BCRM) y lo estudié durante ese mismo día. Como era de prever en base al sentido común más elemental, yo tenía el derecho de exigir al Banco el inmediato cese de los débitos (“stop debit”). Y todavía más, tenía el derecho a exigir la devolución del último pago realizado (“reversión”).

Alimentado y fortalecido por el nuevo conocimiento, regresé al Banco. Ahorraré los detalles de los padecimientos que tuve que atravesar para hablar con el gerente de la sucursal. Esta persona no estaba al tanto de la legislación del BRCM y daba toda la impresión de que la consideraba un mero elemento decorativo. El Banco ni siquiera tenía formularios para exigir la aplicación de la norma (como tampoco los tenía la web del BCRM). Su único argumento era el de siempre: el sistema no le permitía ejecutar la operaciones de *stop debit* y *reversión* que yo le requería.

“No, mi amigo, yo no le requiero nada. Es la ley la que lo hace, esa en la que usted vive escudándose para complicarme la vida. Y a mí, sabrá disculparme el vocabulario, me importa un carajo el sistema. Ese no es mi problema. Ya estoy lleno de problemas como para, encima, hacerme cargo de los problemas de su Banco y de los amigos de su Banco, PagaSimple y el Estado, tráfugas todos, aunque disimulados bajo una efectiva capa de marketing, procedimientos profesionales y buenos modales.”

“Volveré”, anuncié, antes de dejar el banco con un intento de portazo, frustrado por el represivo sistema hidráulico de cierrapuertas. De regreso en casa, me puse a trabajar en el formulario.

En base a mi flamante cuadernillo de normas vigentes, confeccioné un formulario *sui generis* para requerir el *stop debit* y la *reversión*. Lo presenté al día siguiente. A los pocos días, fue rechazado por cuestiones de forma. Exigí detalles y, en base a los mismos, confeccioné un nuevo modelo. Fue rechazado, por nuevas cuestiones de forma. Exigí detalles y, en base a los mismos, confeccioné otro. Fue rechazado, por nuevas cuestiones de forma. Exigí detalles y, en base a los mismos, confeccioné otro. Así repetí el proceso semanalmente hasta que el banco no tuvo más remedio que

aceptarlo y movilizar su paleolítica y monopólica estructura interna para adecuarse a la letra teórica y muerta del BCRM.

Yo no quería nada. Me había convertido en una especie de demente luchando sin expectativas, como aquel que se sabe muerto pero no está dispuesto a marcharse sin hacer antes todo el daño posible. Una versión actual, anónima e irrelevante del Quijote enfrentando a los burocráticos molinos de viento del presente. Un enfrentamiento condenado al olvido, ya que nadie estaba registrando mi historia, más allá de los formularios del Banco condenados a desaparecer, como todo aquello relacionado con el Banco, comenzando por el Banco mismo. No me movilizaba ya la esperanza de un resultado, sino algo más fundamental e inextinguible, una especie de entrega innegociable al golpe por golpe, cuya única consecuencia ya aceptada por mí era mi propia destrucción, aunque con la íntima intención — no la llamaría deseo — de arrastrar conmigo, en la caída, todo lo que fuera posible. O tal vez, sin poder admitirlo, yo sí deseaba algo: hacer mi humilde aporte a evitar el hundimiento definitivo de mi querida República de Mosquera.

Contra toda probabilidad, la última semana de mi arremetida formularia trajo buenas nuevas. El *stop debit* se había ejecutado exitosamente. Al leer la noticia, me emocioné. Unas lágrimas incipientes casi me traicionan. Pero había más. La *reversión* también se había ejecutado con éxito. La última cuota de mis impuestos había sido devuelta a mi cuenta bancaria. Eso sí que era extraordinario. El insaciable Estado mosqueriano había tomado un puñado de dinero que ya estaba en sus bolsillos y me lo había devuelto. Yo no descartaba ser la única persona viva en la República de Mosquera a quien el Estado le había devuelto dinero en efectivo (si alguna vez había escuchado de semejante cosa, siempre había ocurrido en forma de crédito a favor). Me sentí vibrante y poderoso. El mañana se abría ante mí amplio y generoso, como un abrazo querido. La batalla no estaba perdida después de todo. A lo lejos, el futuro todavía se dejaba ver. Solo había que arremangarse e ir a buscarlo.

Syrniki

Kiev, Ucrania, 2014. El contexto es dramático. Después de meses de protestas y choques con la policía en la plaza principal, la revolución (Euromaidán) ha volteado al gobierno prorruso en Febrero. Los manifestantes y el nuevo gobierno quieren ser parte de Europa. En el Este, los ucranianos prorrusos se oponen a esas intenciones y promueven la secesión de sus regiones, apoyados por Rusia. De hecho, pocos días después, la República Autónoma de Crimea (parte de Ucrania hasta entonces) declara su anexión a Rusia. El nuevo gobierno ucraniano no está dispuesto a permitir más pérdidas de territorio. La tensión militar en el Sureste crece hasta convertirse en una “guerra de baja intensidad”. Yo soy argentino, remoto, pero estoy en Ucrania. Aunque no vivo en Kiev, mi presencia en el lugar no es casual.

El 17 de Julio el conflicto se torna impredecible. Un avión de pasajeros se estrella en la región oriental de Donetsk, cerca de la frontera con Rusia. Las víctimas son más de trescientas, la mayoría holandesas. La confusión es enorme. Ucrania acusa a los rebeldes prorrusos y a Rusia. Estos acusan a Ucrania. Sin conocer la causa del incidente, es imposible predecir las consecuencias. Al día siguiente, visito con mi bicicleta la embajada de Holanda. La vereda rebalsa de flores.

La incertidumbre se torna casi insoportable. Muchos ucranianos creen que la invasión de Rusia es inminente. De producirse, los rusos podrían llegar a Kiev en cuestión de horas. Los más viejos lo dan por hecho, pero ya se encuentran demasiado resignados como para hacer algo al respecto. Son demasiados años de abuso, corrupción e injusticia, ucraniana o rusa, sobre sus espaldas. No creen que nada vaya a cambiar, de ninguna forma, con ninguno de los posibles desenlaces. Algunos ucranianos que conozco se mudan preventivamente hacia el Oeste. Muchos me recomiendan hacer lo mismo. Yo no puedo, ni debo, ni quiero hacerlo.

El progreso de los acontecimientos lo sigo innecesariamente a través de los medios ucranianos. La comunicación pública es un campo más donde se libra la batalla político-cultural entre Ucrania y Rusia, una relación de desencuentros que lleva centenas de años. Los últimos días son solo el más reciente capítulo y de ningún modo el último. Ucrania habla ucraniano en el Oeste y ruso en el Este. Kiev habla los dos aunque durante los últimos

meses la influencia del ucraniano ha crecido. Yo hablo perfectos ucraniano y ruso, pero durante mi estadía en Kiev elijo hablar solo inglés y español.

Además de seguir los medios, recibo información de primera mano de mis nuevos “amigos” ucranianos. Son jóvenes profesionales que participaron de manera activa durante la revolución. Algunos trabajan para el exterior, otros no, pero todos resisten sin razones la recurrente idea de emigrar. Se interesan en mí porque están aprendiendo español. Me cuentan historias increíbles sobre sus días acampando en la plaza principal. Y también, con mucha cautela, me cuentan sobre sus actividades de estos días. Uno de ellos, Anatoly, maneja su auto todas las semanas para llevar medicamentos hasta el frente de batalla en el Este. Otra, Vlada, trabaja como enfermera voluntaria en las campañas de donación de sangre para los combatientes. Todos donan parte de su salario al nuevo Gobierno, por decisión propia, para sostener las finanzas del flamante gobierno revolucionario. Como la Argentina, Ucrania está quebrada hace años.

Yo siento una enorme atracción por Vlada. Creo que ella siente lo mismo por mí. Pero también creo que es mejor dejar las cosas así.

Hacia finales de Julio, casi nada ha cambiado. Sin mencionarlo, todos se van a dormir con la aterradora idea de que quizás tengan que levantarse en medio de la noche porque Rusia ha invadido Ucrania. Yo no. Puedo dormir con mucha tranquilidad.

Es la mañana. Estoy acostado mirando por la ventana. El calor es sofocante. Recibo por fin un mensaje telefónico, con la hora y el lugar indicados. No me queda mucho tiempo. Me levanto, me ducho y salgo en mi bicicleta hacia el Sudeste de la ciudad. Luego de cuarenta minutos pedaleando, llego muy transpirado al Museo del Genocidio de Holodomor. Detesto estar bañado en sudor, pero estoy dispuesto a sacar ventaja de ello. Encuentro una canilla y me meto literalmente abajo. Sigo empapado, pero al menos ahora es por el agua.

No es la primera vez que estoy en el Museo. Más que un Museo, el lugar me parece un gran Monumento en el centro de un parque interminable, donde además hay otros monumentos. El Monumento es extrañísimo y logra transmitir la conmoción del evento que recuerda. Se estima que durante la hambruna de Holodomor, producto de la colectivización de tierras impulsada por la Unión Soviética, murieron nada menos que tres millones de ucranianos. Me cuesta aceptar que los turistas

posen despreocupados, o hasta en poses juguetonas, junto a este recordatorio del horror.

Camino con mi bicicleta por el parque, buscando nuevas perspectivas del Monumento, aunque también del evento histórico. Conozco los detalles de la historia, sus variantes e interpretaciones, pero siempre es posible plantearse nuevas preguntas, tanto del antes como del después, pasando por el presente mismo. ¿Cuánto hay de esa hambruna que parece lejana en lo que estamos viviendo durante estos días?

Sin embargo, sobre todas las cosas, doy vueltas por el parque buscándola a ella. Cuando la veo, la reconozco de inmediato. Es más hermosa de lo que había previsto, un verdadero inconveniente. Está grabando una nota para la televisión. Habla con naturalidad y carisma. Detrás, como si ella lo estuviera defendiendo, se extiende el Sudeste de Ucrania. A unos quinientos kilómetros en esa dirección, las elementales tropas ucranianas intentan evitar la disgregación del país.

Me acerco con mi bicicleta y me sumo a la rueda de curiosos que están observando la grabación de la nota. En un instante casi imperceptible, confirmo que ella me registra. Cuando la nota termina, los curiosos se dispersan. Yo me acerco y me presento. Comienzo disculpándome por mi atuendo vergonzoso. Se ríe. Me dice que me entiende, también le gustan las bicicletas. Me extiende la mano y pronuncia su nombre de un modo amable para mi oído extranjero: Oksana Tsybenko. Le cuento que soy argentino, escritor, que mi viaje por el Este europeo me ha traído hasta Ucrania y que estoy muy interesado en escribir sobre lo que está ocurriendo. Casi no estoy mintiendo. Le digo que me gustaría invitarla a tomar un café. Ella me dice que no puede en ese momento, debe terminar la producción de la nota, pero acepta mi propuesta de que nos encontremos más tarde.

En efecto, nos encontramos unas horas después en un pequeño café del centro de Kiev. Tenemos una conversación casual que va derivando desde la dramática realidad ucraniana hacia nuestras historias personales. Luego de casi dos horas de conversación, ella tiene que irse. Le confieso que he disfrutado mucho de conocerla y de la conversación. Amparado en mi argentinidad, doy un paso más y le digo que me gustaría verla de nuevo. Le propongo encontrarnos al día siguiente e ir en bicicleta hasta el Monumento de la Madre Patria. Ella se sorprende pero no se incomoda. Sonríe, lleva la vista hacia otro lado y piensa durante unos segundos. Al final me mira con intensidad y me dice que sí.

Al otro día, volvemos a encontrarnos en el centro con nuestras bicicletas. Ella se retrasa por cuestiones de trabajo. Se disculpa con sentimiento por su impuntualidad. Le digo que, como argentino, no sé muy bien qué es la puntualidad y que, sea lo que sea, no me importa demasiado. Se ríe. Salimos rumbo al Monumento. Nos acompañan los últimos destellos de luz de un largo día de verano. Vamos haciendo paradas en el camino para tomar agua o para conversar sobre alguna curiosidad que ella quiere mostrarme. Cuando estamos llegando, más de una hora después, ya es de noche.

El Monumento es visible desde mucho antes. Debe tener unos cien metros de altura. Está situado en el medio de un gran parque. Consiste en una mujer de metal gigantesca, con una espada y un escudo. Cuando llegamos al parque, bajamos de las bicicletas y accedemos a pie. Yo ya he estado varias veces allí, pero a Oksana le digo que es la primera.

Ya en el parque, a medida que nos acercamos, cruzamos decenas de estatuas de estilo soviético y una exhibición de viejos tanques militares. Cuando llegamos al pie del Monumento nos encontramos con un vallado que impide subir por las escaleras de la base. Desde arriba, sería posible disfrutar de una vista espectacular. Ya es demasiado tarde y está cerrado.

Oksana no duda ni un segundo. Me toma de la mano y me arrastra hasta las vallas. Con enorme naturalidad, las saltamos. Subimos por las escaleras y llegamos a la parte superior de la base. En ese lugar, justo frente a nosotros, hay una cámara de seguridad que nos apunta directamente. Oksana no la ve. Yo la miro por unos segundos. “Soy un idiota, voy a arruinarlo todo”, pienso. No tengo demasiado tiempo para concebir alternativas. Solo me queda salir hacia adelante. Oksana vuelve a tomarme de la mano y me guía por la base circular, desde la cual podemos ver la noche de Ucrania en las cuatro direcciones. El momento es hermoso. Antes de sumergirme en él, reflexiono sobre la cámara por última vez: “Lo más probable es que no funcione, y si funciona que nadie la haya visto, y si alguien la vio que no le importe. Como en Argentina.”

Caminamos despreocupados, sobre todo ella. Me señala diferentes puntos luminosos de la ciudad. No hay nadie a nuestro alrededor. Solo el viento del espacio abierto corta el silencio. Hace calor. En un momento, ella se cansa o se decide, y apoya su espalda sobre el ancho borde de concreto. La inmensidad ucraniana queda a sus espaldas. Me mira. No hay mucho

más que yo tenga que hacer. Me acerco de frente y la beso. Nos besamos con lentitud.

Las voces de dos oficiales ucranianos interrumpen el viaje mágico a los labios de Oksana. En tono reprobatorio, nos recuerdan que el lugar está cerrado, que cometimos el delito de violar el vallado y que vamos a tener que acompañarlos a la estación de policía. “La puta madre”, pienso. Yo simulo no entender nada y miro a Oksana. Cuando los oficiales terminan, Oksana toma la palabra. La escena es muy argentina. Ella explica que es periodista, que yo soy turista, que fuimos hasta el lugar en bicicleta, que quería mostrarme ese hermoso lugar, etc. Creería que los oficiales la reconocen, pero no dicen nada. Nos piden los documentos. Yo solo tengo una fotocopia en muy mal estado de mi pasaporte. Los oficiales me miran, miran la fotocopia y protestan ante Oksana sobre la insuficiencia de mi documentación. Como si estuvieran leyendo la fotocopia, anotan cualquier cosa — esto me extraña — en una pequeña libreta. Luego de las anotaciones sin sentido, comienzan a interrogarme usando a Oksana como intérprete. Ella traduce del ucraniano al español — sí, habla español gracias a Natalia Oreiro — y viceversa. Las preguntas de los oficiales son de lo más erráticas. Comienzan siendo amenazantes y buscan hacerme aceptar que he violado la ley. Yo lo evito con cintura maradoniana y juego a pleno mi papel de turista ingenuo. A veces, logro percibir una sonrisa casi imperceptible en Oksana. Luego, las preguntas viran a la informalidad más mundana. Hace pocos días, Argentina ha perdido la final del Mundial de Fútbol con Alemania y los oficiales me interrogan al respecto. Yo contesto, pero no llego a confiar ni a relajarme. Tal vez se conmueven cuando les digo que, como cualquier otro argentino, recordaré ese partido con interminable tristeza durante el resto de los días de mi vida. Luego, las preguntas se endurecen de nuevo: por qué estoy en Ucrania, si sé lo que está pasando, etc. Me preguntan de dónde vengo y hacia dónde voy. Polonia y Rusia, les contesto. Se concentran en mi partida hacia Rusia: cuándo voy hacia allí, por qué, si no me preocupa que no me dejen salir de Ucrania o que no me dejen entrar a Rusia, etc. Luego viran a Argentina de nuevo y me preguntan sobre la carne, el vino, los inmigrantes ucranianos, etc. Al final, después de más de una hora de preguntas, los oficiales nos informan que podemos irnos. Nada ha pasado. Estaban aburridos y querían aprovechar nuestro hallazgo para pasar el tiempo. El turno de la noche puede ser muy largo, nos confiesan.

El alivio es tan grande que no llega a molestarme que los policías hayan abusado de su autoridad para jugar con nosotros. En verdad, luego de haber besado a Oksana, nada llega a molestarme.

Bajamos de la base del Monumento junto a los policías. Nos despedimos de ellos con extraña familiaridad. Cuando llegamos a las bicicletas con Oksana, nos besamos de nuevo. Ya en bicicleta, atravesamos la noche desierta de Kiev. Hacemos una pequeña recorrida por el parque Mariinsky. Visitamos la Fuente y el Ministerio de Salud. Retomamos la calle y minutos más tarde hacemos lo mismo con el parque que rodea al Monte Volodymyrska. Lo recorremos en bicicleta — excepto las subidas — y vamos visitando cada una de las pequeñas glorietas que tiene el parque, donde es posible sentarse, besarse y disfrutar de una privilegiada vista del río, sobre todo durante el día.

La atracción física con Oksana es tan fuerte que coqueteamos con la idea de tener sexo ahí mismo, en el parque. La reciente experiencia con los policías nos demora. Decidimos ir a su departamento. Allí, la noche con Oksana es larga e intensa.

Los días que siguen volvemos a vernos durante la noche. No me queda mucho tiempo en Kiev y necesito encontrar un nuevo departamento. Oksana me invita a quedarme con ella. Acepto: es lo que buscaba.

Durante el día, Oksana trabaja como periodista fuera de casa. Cubre desde hace años la relación Ucrania-Rusia con pasión profesional y personal. Desde la innegociable premisa de la transparencia desarrolla su tarea periodística desde una posición de ácida crítica hacia Rusia y lo que denomina “el neocolonialismo ruso”. En particular, investiga los mecanismos utilizados por Rusia para desplegar su influencia política en las instituciones ucranianas y su influencia cultural en la población ucraniana, especialmente en la rusófona del Este. Entre los “títeres políticos de Rusia” incluye a por lo menos la mitad de los políticos ucranianos, incluyendo a casi todos los presidentes ucranianos previos a la revolución.

Son días hipersensibles para la tarea periodística de Oksana. No sorprende que viva amenazada. Casi a diario, ella y su familia reciben amenazas de muerte. El periodismo es una tarea de alto riesgo en Ucrania; la corrupción, los negocios y la impunidad son muy grandes. Ella me asegura que ya está acostumbrada. Por experiencia propia, sé que nadie se acostumbra a este tipo de cosas.

Por la mañana, Oksana suele preparar deliciosos *syrniki*. Conversar con ella durante el desayuno me resulta muy placentero. Me besa antes de irse. Mientras está afuera trabajando, me quedo en el departamento, refugiado de la insoportable tarde del verano ucraniano. Me dedico a escribir. Sobre ella.

Por la tarde, vamos a explorar la ciudad en bicicleta. Ya de noche, si hace mucho calor nos bañamos desnudos en las aguas poco confiables del Dniéper. Hacemos el amor en el río, o en las playas de arena que lo rodean, o en los bosques de las islas que sin buscarlo lo frenan. Cuando volvemos al departamento, el ritual vuelve a comenzar.

El amor está desatado, quizás porque sabemos que todo acabará pronto. A medida que me enamoro de ella, mi profesionalismo se resquebraja. La culpa me carcome y amenaza con quebrarme.

Como siempre, el último día también llega. Oksana me acompaña al Aeropuerto Internacional de Zhuliany. Los controles para ingresar son muy estrictos, debemos despedirnos antes de entrar. Entre lágrimas de dolor, nos despedimos con un beso silencioso.

Subo al avión. Durante el vuelo, aprovecho para revisar las páginas escritas durante los últimos días. Cuando el avión aterriza en Moscú, todavía no he terminado.

Atravieso los controles sin inconvenientes. Tomo un taxi hasta el centro de la ciudad. Le indico al taxista el destino: Smolenskaya. Le pido que por favor no se apresure. Mientras el auto avanza hacia el centro de la ciudad, continúo con la edición del documento a toda velocidad. No estoy seguro de que podré terminar a tiempo, pero tampoco me resulta posible posponer la reunión con mi cliente.

Falta poco para llegar. Durante pequeños intervalos de reflexión, admiro los fastuosos edificios de la capital rusa. Los moscovitas viven entre ellos con una enorme naturalidad, casi tanta como la lejanía con la que viven el conflicto con Ucrania.

Llegamos. Me bajo y camino unos doscientos metros hacia el Sur. Entro al imponente edificio, una de las Siete Hermanas. Me anuncio. Subo por el ascensor. Mikhail Belotelov me está esperando en el pasillo. Me estrecha la mano y me hace pasar a la oficina.

No llegamos a sentarnos. Casi no hablamos. Tomo el pendrive de mi bolsillo y se lo entrego. Él lo pone en su laptop, abre el documento y lee unos párrafos. “Buen trabajo”, me dice. Abre un cajón del escritorio, saca

una bolsa de papel y me la entrega. Yo abro la bolsa, miro los fajos de rublos, la cierro y la guardo en la mochila. Cuando estoy listo, me acompaña hasta el pasillo, me da la mano y se despide. Regresa a su oficina. Mientras espero el ascensor, me tiemblan las piernas.

Salgo a la calle. Moscú se muestra indiferente ante todo. Tomo un taxi. “Al aeropuerto, rápido por favor”, le pido al taxista. Es imprescindible que deje Rusia cuanto antes.

Consultoría de imagen para San La Muerte

Cuando la voz del otro lado de la línea me dijo que se trataba del “mismísimo” San La Muerte no supe qué pensar. Yo no pasaba por un buen momento personal y cuestioné la objetividad de mi desconcierto. Lo primero que me pregunté fue quién se hacía llamar de esa forma. Hice una búsqueda rápida en Internet para descartar posibilidades y me sorprendió encontrar miles de resultados.

“San La Muerte es una entidad venerada en la antigua región guaraníca de América del Sur, principalmente en territorios de los actuales Paraguay, noreste de Argentina (principalmente en la provincia de Corrientes y en menor medida en Misiones, Chaco, Formosa) y al sur de Brasil (Paraná, Santa Catarina, Río Grande del Sur). Su representación consiste en un esqueleto vestido de negro con una guadaña en su mano derecha.”

Escuché con atención la voz parsimoniosa de San La Muerte. Lo hice con desconfianza, pero sobre todo con cansancio, ya que mi resignación general era todavía más grande. El santo requería de mis servicios de consultoría en imagen. Se proponía contrarrestar “el imparable avance del Gauchito Gil y otros *players*” que invadían su “territorio” en el noreste argentino y le generaban una innumerable cantidad de problemas. Pero eso no era todo. “La batalla” se libraba también en el “nuevo mercado” del Gran Buenos Aires, donde el culto a su esquelética entidad se había expandido a velocidades *caniggianas* de la mano de las migraciones internas y el descontrol general de la Argentina. “Toda desgracia encierra una oportunidad, solo hay que estar preparado para aprovecharla”, me dijo en clave de moraleja. En resumen, el objetivo “de corto” consistía en asegurar su “posición” en esas dos “plazas”.

A mí me costaba reaccionar. La extraña situación me había puesto en alerta, un estado que no había experimentado durante meses. Mientras yo apoyaba tres dedos sobre la frente y el codo sobre la mesa, San La Muerte continuaba desgranando su visión de mercado. Había también un objetivo

“de mediano”. A pesar de su perfil renegado y mortuorio, confesó que aspiraba a ser “adquirido” por la Iglesia Católica en “un plazo no mayor a cuatro años”. Desde “las filas de esa escudería”, me explicó, su vida daría un vuelco irreversible. Su día a día se simplificaría y su expansión internacional estaría garantizada. “Quiero jugar en las grandes ligas”, sintetizó el concepto un poco más tarde. “Estoy un cansado del polvo, el calor y las cárceles. Basta de ofrendas de cigarrillos, cerveza y balas. Me siento preparado para ‘dar el salto’ al Vaticano. Política, poder, oro. Quiero ir a por todo.”

Un pequeño silencio se adueñó de la línea. Percibí un San La Muerte distraído, sorprendido por las mágicas pero peligrosas imágenes del ensueño. No pasó más de un segundo antes de que recuperara la solemnidad. Ya dentro del “colectivo católico”, me dijo, podría encarar su objetivo “de largo”: llegar a China. Justificó ese proyecto utilizando un rico bagaje de cifras históricas, demográficas y económicas, luego de ponderar los esfuerzos que la Iglesia Católica estaba realizando para “acceder al mercado asiático”. Quizás como forma de apuntalar la seriedad de su iniciativa, me informó que esa misma semana había comenzado a estudiar chino. “Es un idioma fascinante y la profesora es muy capaz”, se permitió la digresión.

San La Muerte contaba con inesperados conocimientos de *marketing*. Hablaba con naturalidad de *targets*, *market shares*, posicionamiento, estrategias y campañas. Al otro lado del teléfono, yo lo imaginaba barajando tablas, gráficos y planillas de cálculo en su escritorio de trabajo. “Años de estudio”, aclaró sin que le preguntara. Según su opinión, la mayoría de “los venerados” terminaban por desaparecer, víctimas de “la autocomplacencia y la haraganería”. Definió a sus colegas como “inseguros y/o adictos a sus seguidores”. En cambio, él mismo se percibía como “trabajador y ambicioso”.

“Hola, hola...”, dijo San La Muerte. Yo estaba aturdido, mudo. Durante largos minutos no había emitido palabra. Busqué recuperarme con el auxilio de mi profesionalismo. Comencé diciendo algunas vaguedades, como para recuperar algo de oxígeno mental. Le pregunté si realmente creía que la Iglesia Católica estaba dispuesta a “sumar a su plantel” un perfil “tan disidente” como el suyo. Con sumo cuidado, añadí que la Iglesia solía preferir angelitos de alas blancas en lugar de calaveras vengativas. “Soy optimista, siempre que hagamos un buen trabajo”, se mostró confiado,

aprovechando la ocasión para asignarme una innegable responsabilidad en el resultado. Un instante después agregó las impactantes palabras de Deng Xiaoping: “No importa si el gato es blanco o negro, lo importante es que pueda cazar ratones”.

Si uno lo pensaba con objetividad, la visión mercantilista de San La Muerte no era tan extravagante. Casi todas las religiones se habían convertido, antes o después, de una manera u otra, en empresas buscando ampliar su negocio. Desde la Iglesia Católica de antaño, con su venta de perdones para entrar al cielo, hasta las iglesias evangélicas de nuestros días, con sus canales de televisión y sus edificios custodiados. Sin embargo, era una facilidad del pensamiento limitar las culpas a las religiones. No eran las únicas que se habían volcado a la implacable lógica del mercado. La mayoría de los deportistas estaban dispuestos a representar a cualquier equipo o país, con la única condición de que pagaran mejor. Los políticos, supuestos servidores del bien público, defendían con su vida ideas opuestas a las de ayer si eso significaba un puñado extra de poder. Hasta los mismísimos artistas, supuestos reservorios de humanidad y criterios alternativos, vendían desesperados su obra o hasta a sí mismos por una migaja.

Aceptar el trabajo no fue fácil. De acuerdo a mis apuradas lecturas antes de tomar una decisión, San La Muerte era famoso por desplegar su capacidad de daño entre aquellos señalados por sus seguidores. Polémico. Pero además era famoso por dañar a quienes no cumplían con sus promesas o a quienes robaban sus ofrendas, algo en primer lugar entendible, sobre todo cuando uno pensaba en nuestros gobernantes.

San La Muerte había sido muy enfático en exigir una promesa de resultados, en atarme a su lógica de relacionamiento con los demás. De hecho, me pidió además que esa garantía quedara plasmada por escrito como parte del documento formal del presupuesto. Yo confiaba en mi solvencia profesional, pero era un hecho objetivo que exponerse a la insatisfacción de alguien llamado “San La Muerte” no parecía ser la decisión más inteligente del mundo.

Nunca supe si San La Muerte lo sabía al momento de contactarme, pero yo atravesaba un período de mucha oscuridad. Estaba deprimido. El sinsentido de la vida, y de mi vida, se me había tornado insoportable. Morir no me parecía una idea del todo mala. Y hacerlo a manos de San La Muerte emergía como una enorme oportunidad. Una muerte llena de dignidad. No

moriría tomando un frasco de pastillas compradas en una farmacia de mala muerte, ni pegándome un tiro imperfecto con la mano temblorosa, ni arrojándome de un piso diez luego de vacilar mirando hacia abajo durante una hora. No, moriría “injustamente” bajo la guadaña insaciable de San Justo Severo Nuestro Señor de la Buena Muerte, Majestad Implacable de los Inframundos Guaraníes.

Quizás atraído por la cornisa que me acercaba al espectáculo visceral de la muerte, acepté el trabajo. Durante las semanas que siguieron me aboqué a un extenso proceso de aprendizaje sobre San La Muerte. Me adentré en sus orígenes, su trayectoria y sus seguidores. Profundicé también sobre sus fortalezas y debilidades, sobre las oportunidades que se le abrían al santo y sobre las amenazas que se cernían sobre su figura. Estudié a sus competidores e identifiqué los posibles escenarios de su evolución. En resumen, hice un exhaustivo trabajo de análisis y propuestas que dieron lugar, sin buscarlo, a uno de los más completos trabajos formales realizados sobre el santo.

Las reuniones fueron telefónicas. San La Muerte no deseaba que su “apariencia calavérica” perturbara nuestros eventuales encuentros personales. Además, apersonarse en un lugar “humano” le hubiera significado ejecutar un “costoso trabajo de mimetismo” que prefería evitar. El trabajo remoto le resultaba más práctico y conveniente. Confesó “odiar” las reuniones personales, por lo general innecesarias e improductivas, sobre todo cuando había más de dos “entidades” presentes. Prefería la comodidad de su hogar y de los “ropajes de entrecasa”.

A lo largo del proceso, San La Muerte demostró metodismo y disciplina, en línea con la autopercepción que me había sugerido en nuestra primera conversación telefónica. Con paciencia, me explicó una y otra vez los detalles más pequeños que podían ser de utilidad para el diseño de nuestra estrategia expansiva de mercado. Tomó nota de cada una de mis recomendaciones y nunca regresó a las reuniones sin cumplir las tareas a su cargo. Además, pagó siempre en tiempo y forma. Sin dudas, su desenvolvimiento como cliente fue ejemplar.

Por el lado de las demandas, San La Muerte también fue muy puntilloso. Antes de comenzar con el trabajo, me exigió la firma de un contrato de confidencialidad. Bajo ningún punto de vista nuestro trabajo conjunto, ni siquiera en porciones parciales, debía darse a conocer. Si hoy rompo esa cláusula se debe a un simple motivo que se comprenderá pronto.

El informe final es un trabajo técnico y extenso. Si bien no lo incluiré como parte de este relato, sí lo publicaré por separado y cualquiera podrá encontrarlo buscando en Internet. Lo haré en el mismo momento en que publique estas líneas. A continuación, tan solo comentaré algunos pasajes destacados de nuestro trabajo conjunto:

Nombre

“Además de San La Muerte se le llama: Señor de la Garchada, Señor de la Paciencia, San Justo Nuestro Señor de la Buena Muerte, Nuestro Señor de Dios y la Muerte, San Esqueleto, Ayucaba, Señor que Todo lo Puede (particularmente en Formosa), San Severo de la Muerte (especialmente en Corrientes y en Formosa), o — a veces por temor — solamente San o El Santito.”

El nombre “San La Muerte” producía una impresión muy fuerte, especialmente entre quienes preferían no pensar en el final definitivo, en una vida desperdiciada o en el infierno, tal vez tres formas de referirse al mismo triste desenlace. Por supuesto, toda intensidad tenía también su lado positivo y generaba cierto nivel de curiosidad o, más aún, magnetismo.

La mera existencia de sus diversos nombres era un punto positivo para todos ellos. Siempre debíamos dar crédito a todo aquello que existe y que se ha impuesto al ineludible paso del tiempo. Solo los nombres malos no habían sobrevivido y por eso no los conocíamos. Eso no significaba abandonar nuestro trabajo, es decir, la realización de un breve estudio de ellos y la eventual elección de uno para darle un mayor impulso estratégico.

“San” debía ser descartado, por ser muy genérico, al igual que “El Santito”, por ser demasiado tierno y meloso. De ningún modo estábamos aquí para convertir a San La Muerte en un *mish mish* durmiente sobre una nube pequeña, mullida y blanca.

“Señor de la Paciencia”, “Nuestro Señor de Dios y la Muerte”, “Señor que Todo lo Puede” y “San Justo Nuestro Señor de la Buena Muerte” sonaban demasiado cristianos. Esto podía ser una buena noticia en función del objetivo de “ser adquirido” por la Iglesia Católica, pero al mismo tiempo suavizaba la fuerza diferenciadora que mi cliente ya tenía a su favor. En algún punto, esa potencia alternativa era lo que lo había traído a esta posición de relativa y creciente vigencia. No me parecía sabio abandonarla sin una profunda reflexión al respecto. A su vez, el caso puntual de “San

Justo Nuestro Señor de la Buena Muerte” tenía la capacidad de trasladarnos mentalmente a la ciudad conurbana del partido de La Matanza. Este reflejo presentaba claroscuros adicionales. Por un lado, implicaba un segundo nivel de distracción que se agregaba al condimento cristiano de “Nuestro Señor de la Buena”. La idea de muerte corría el riesgo de quedar demasiado diluida, a menos que esa fuera la intención. El nombre era tan largo y variado en sus significantes que entrañaba el peligro de hacernos olvidar de quién estábamos hablando.

A la hora de analizar el siguiente nombre, exigí a San La Muerte una aclaración. En un tono que parecía de disculpa, me confirmó que efectivamente en algunos pasajes remotos del Norte lo llamaban “Señor de la Garchada”, aunque no podía explicarme por qué. “No sé qué decir”, redondeó su desconocimiento que parecía genuino. Proseguí con el análisis. Si bien ese nombre podía tener una excelente llegada al público joven, tendría como necesaria contrapartida el espanto de las señoras de cierta edad y posición, un público apetecible en lo inmediato aunque de difícil seducción. En todo caso, la posibilidad de impulsar este nombre debía someterse a un exhaustivo análisis de “retorno de la inversión”. Si el cliente estaba dispuesto a apostar por el largo plazo, yo le asignaba a este nombre con fuerte olor a sexo un futuro promisorio.

“San Severo de la Muerte” no me disgustaba en absoluto. Proveía al santo de un fuerte empujón de identidad, de jerarquía extra, como le ocurría también a quienes se llamaban Augusto, Facundo o Máximo. Dicho de otra forma: cualquier persona llamada Severo merecía, por adelantado, una cuota adicional de nuestro respeto. Muy diferente resultaba la cuestión si el nombre era “San Cecilio de la Muerte”, “San Benito de la Muerte” o “San Kevin de la Muerte”. Mi cliente se mostró muy de acuerdo con este postulado.

Como una alternativa adicional, sugerí la sencilla posibilidad de “Sanla”. Si bien carecía del respaldo de la historia, este nuevo nombre aportaba cierta familiaridad y evitaba tener que nombrar la palabra maldita. De este modo, cualquier devoto seguidor podía dirigirse a él de un modo como el siguiente: “Sanla, amigo, mañana habrá balacera, así que te pido que me protejas”. No sé si alguien tendría el coraje de hacer el mismo pedido a “San Severo de la Muerte”. Similares consideraciones me merecían los nombres de “Ayucaba” o, simplemente, “Ayu”.

La decisión final, como siempre, quedaba en manos del cliente. San La Muerte me prometió que reflexionaría sobre la cuestión.

Atributos

“La representación esencial de San La Muerte consiste en un esqueleto humano, por lo general de pie, que suele portar una guadaña, a veces ensangrentada. La vestimenta suele ser negra, aunque puede incluir porciones de rojo. La sonrisa, sugestiva, y los ojos, rojos.”

La figura esquelética no resultaba menos fuerte que la simbología utilizada por muchos rockeros, *punkies* y otras tribus perdidas. Pero ante todo, desde una perspectiva de marketing estratégico, era una imagen consistente con el nombre de San La Muerte. La historia del santo, confirmada por él mismo, también hacía su contribución a la solidez conceptual: un viejo monje jesuita que ayudaba a los humildes, encerrado hasta la inanición por las autoridades, fusionado con los rituales guaranícos que veneraban los huesos de sus antepasados.

Parte del impacto que generaba el esqueleto de mirada amenazante se veía atenuado por sus ropajes amplios y muchas veces — digámoslo — atractivos. Más que abandonar la figura esquelética, lo inteligente consistía en trabajar sobre el estilo y buen gusto de la vestimenta, partiendo de la base del hábito jesuítico. De este modo, siempre se podían incorporar de un modo dinámico las tendencias de la moda contemporánea y local. También podían considerarse variantes al estilo sacerdotal, como capas, togas y/o salidas de baño. En momentos de crisis sanitaria, San La Muerte se sumaría al uso tapabocas — de diseño, claro — , con la triple intención de humanizar aún más su rostro, resaltar la potencia de sus ojos rojos y ganar reputación sumándose a las campañas públicas con un mensaje de responsabilidad colectiva.

La guadaña, encima ensangrentada, parecía un gesto de autoafirmación tal vez excesivo. No olvidemos que se trataba de una herramienta de trabajo. Tenía su origen en la cercanía del primer San La Muerte con el pueblo indígena que araba la tierra de las misiones, algo ante todo positivo para la imagen del santo. Por lo tanto, lo más conveniente era sostener la ambigüedad de la guadaña como elemento misterioso y amenazante, aunque justificado en un pasado labrador. La sangre, entonces, quedaba desaconsejada.

Los ojos rojos compartían color con la sangre, las amapolas y los tomates maduros. El color de la pasión, la venganza y la muerte. Tonalidad ideal para romper la monotonía de los huesos blancos, la vestimenta negra y la guadaña gris. Sumado a una mirada inframundana, generaba en el interlocutor la necesidad de respeto, cuando no de temor. Aprobado.

El drama de los ojos rojos, los huesos y la guadaña parecían ser suficientes como para, además, no sonreír. Por eso estaba bien que San La Muerte sonriera. De hecho, ese gesto reforzaba la proyección de confianza, poder y ambivalencia.

Cuando terminé mi exposición sobre el tema, San La Muerte rió como contenido. “Extraordinario, me gustó mucho eso de la salida de baño”, dijo.

Comportamiento

“San La Muerte ayuda a resolver problemas personales relacionados con el amor, la salud y el dinero. También protege del mal de ojo, de la práctica de brujería y de las contrariedades del juego. Interviene también en temas relacionados al crimen y la violencia. Por ejemplo, puede hacer daño a los enemigos de sus ofrendantes hasta con la muerte, puede ayudar a evitar la prisión o reducir las penas de los ya encarcelados y, por otro lado, puede ayudar a recuperar objetos robados.”

Las ayudas en temas de amor, salud y dinero resultaban a esta altura un *commodity* de escasa valía. Cualquier santo de cuarta categoría podía — o decía poder — ofrecerlas. Estábamos hablando de un mercachifle saturado: la oferta era excesiva y la competencia despiadada. Un espacio de riña feroz donde la diferenciación y el agregado de valor se presentaban como desafíos demasiado complejos.

En cambio, mucho más potente resultaba el mercado de la venganza, el crimen y la violencia, realidades por lo general desatendidas y en franco crecimiento. Especialmente en Argentina, ese terruño descarrilado que las promovía con su infinita decadencia, con su inagotable capacidad de excluir. El contexto latinoamericano no ofrecía mejores realidades, aunque a partir de una historia diferente. Las posibilidades de San La Muerte en la región parecían inagotables.

La mayoría de los santos ignoraban el mundo de la crueldad, el delito y el terror, a menos que fuera para condenarlo desde el confort de un pedestal en el interior de una iglesia. ¡Qué fácil resultaba regir el

pensamiento desde la idea del pecado! ¡Qué tentador era mirar el mundo en blanco sobre negro! ¡Tan simple resultaba discernir lo bueno de lo malo cuando se lo hacía desde el candor de un mármol bien pintado! Pero pocos eran quienes descendían al barro, al polvo y al sudor para comprender, para tolerar, para dar una mano sin sermones. Uno de ellos, señoras y señores, era San La Muerte. “¡Claro que sí!”, exclamó un San La Muerte tal vez conmovido. Esa reacción me alentó a continuar mi presentación dentro de esa línea de inesperado tono emotivo.

Era imprescindible advertir que el controvertido mundo de los condenados podía emerger como un claro ámbito de colaboración con la Iglesia Católica. Decía Jesús, mientras muchos santos y “hombres del Señor” lo olvidaban: “Que tire la primera piedra quien esté libre de pecado”. Decía también: “No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos... Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”. Decía por último: “No juzguen para no ser juzgados. Porque con el juicio con que juzguen se les juzgará, y con la vara con que midan se les medirá. ¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tu ojo?”. Jesús era generoso, claro, pero siempre demandaba el arrepentimiento como condición para acceder al camino de la redención. ¿Pero acaso no había justicia, muchas veces, detrás de un pecado? ¿No había derecho, casi necesidad diría, detrás de ciertos castigos, de ciertas represalias, de ciertos ajustes de cuentas? ¿Y no era entendible que simples mortales carecieran de la sofisticada grandeza de “Jesucristo, el Hijo de Dios” como para ofrecer la otra mejilla? Tal vez el destino de San La Muerte consistía en convertirse en “El Comprensivo”, “El Incondicional” o “El Basurero”, el encargado de realizar el “sucio” trabajo de comprender a los pecadores que no podían arrepentirse, es decir, el responsable de realizar lo que por decoro o por manual de marca no podíamos exigirle al “Hijo del Hombre, Cordero de Dios, Rey de reyes y Señor de señores, Primogénito de toda creación, Alfa y Omega, Verbo de Vida, Autor y Consumador de nuestra Fe, Roca, Resurrección y Vid Verdadera”.

“Una pequeña basura entró en mi ojo rojo”, dijo San La Muerte. “Debo ir al baño antes de seguir con el próximo tema”.

Rituales

“A pesar de la condena de la Iglesia Católica, los seguidores de San La Muerte lo integran sin inconvenientes como un santo más a su práctica católica. Existen oraciones, rituales y ofrendas. Las oraciones son múltiples, a menudo divididas por tema, y tienen un innegable formato cristiano. La interacción con San La Muerte es directa a través de estatuillas del santo o por medio de brujos y curanderos. Entre las ofrendas, se destacan las velas, las bebidas alcohólicas y hasta la propia sangre. A cambio, los devotos no piden favores, sino que los exigen.”

La influencia de la Iglesia Católica en las oraciones a San La Muerte representaba una gran oportunidad de integrarse a “esa escuadra” de manera oficial. Esto sin dudas ayudaría a que los rezos existentes fueran adoptados con mayor facilidad por la personas ya fidelizadas por el catolicismo. Un ejemplo de oración podía ser el siguiente: “Señor San La Muerte, espíritu esquelético poderosísimo y fuerte como un Sansón, en tu majestad indispensable en los momentos de peligro yo te invoco seguro de tu bondad. Ruega a nuestro Dios Todopoderoso que me conceda todo lo que le pido, que se arrepienta para toda la vida el que daño o mal de ojo me hizo y que se vuelva contra él enseguida. Para aquel que en el amor me engaña pido que lo hagas volver a mí y si desoye tu voz extraña, Buen Espíritu de la Buena Muerte, hazle sentir el poder de tu guadaña. En el juego y en los negocios, mi abogado te nombro como el mejor y a todo aquel que contra mí se viene hazlo perdedor por siempre jamás. Oh, San La Muerte, mi ángel protector. Amén.”

Las estatuillas de San La Muerte tenían un tamaño pequeño (de allí venía el nombre “Pequeño Santo” o “Santito”). Los materiales más utilizados eran madera, hueso o metal. En el caso de la madera, los poderes de la representación eran mayores si provenían de un ataúd que contuviera un muerto o del crucifijo de un fallecido reciente, especialmente si el material era tomado de la escena con las propias manos. En el caso del hueso, los poderes aumentaban si pertenecían a la falange de un dedo meñique o a un bebé recién fallecido, con la misma lógica de mayor poder si eran tomados de manera directa. Tremendo. Por último, le dije a San La Muerte: “Cito textual: en el caso del metal, era máximo el poder del amuleto si provenía de una bala, y mucho mejor si esta era disparada y hería o mataba a un cristiano”. Hubo un corto e incómodo silencio del otro lado de la línea. San La Muerte tardó un instante en interpretar que yo le estaba pidiendo explicaciones. Confirmó que la información era verdadera, él

estaba al tanto de todo, pero de ningún modo había creado o promovido esa clase de recomendaciones. “La creatividad del pueblo carece de límites. No hay más que contemplar mi caso.” Di por buena su explicación, aunque lo alerté sobre la imprescindible necesidad de tomar cartas en el asunto. Era una cuestión diplomática de lo más básica. Si aspirábamos a ingresar en la Iglesia Católica, no podíamos tolerar con pasividad la valoración de muertes cristianas. En todo caso, podíamos hablar de “pecadores” o algo por lo menos discutible. San La Muerte se manifestó “muy de acuerdo” y tomó algunas notas, según pude escuchar su teclado del otro lado de la línea.

Había más. Algunas representaciones de San La Muerte eran de tamaño micro y se insertaban bajo la piel. Algunos decidían ir un poco más allá y se tatuaban la piel. Se supone que estas formas de veneración, por intensas, proveían una protección especial contra la muerte y los daños corporales.

La existencia de brujos y curanderos representaba una excelente noticia. Constituía una sólida base para sistematizar la metodología y convertirla en un ambicioso plan de promoción “multinivel”, a veces llamado también “piramidal” o “por catálogo”. Una exitosa implementación de este sistema nos potenciaba con una perspectiva exponencial. Tan solo era necesario estructurar una serie de incentivos para promover la creación recurrente y jerarquizada de “intermediarios” que fueran construyendo — por mérito mismo del sistema — lo que humildemente yo proponía llamar la “Cascada Triangular de la Muerte”, un sistema por medio del cual un “intermediario” tenía los estímulos necesarios como para reclutar nuevos intermediarios, que a su vez también contaban con los mismos estímulos, etc.

Para dar soporte a la Cascada era muy recomendable contar con un equipo profesionalizado de prensa que ayudara a gestionar la imagen de San La Muerte en los grandes medios y, con celo especial, en Internet. Esto incluía el soporte a quienes estuvieran investigando al santo, la provisión de información detallada (precisiones, textos, material multimedia), la defensa pública virtual del santo en las redes sociales, la gestión integral publicitaria, etc. La publicidad debía ser del formato no tradicional (“PNT”), ya que de otro modo expondríamos al cliente a títulos periodísticos como “Polémico santo invierte millones en publicidad hipersegmentada”. Una PNT podía consistir, por ejemplo, en contratar

escritores de poca monta, comprables, que accedieran a incluir información sobre San La Muerte en sus relatos bajo la apariencia de ocurrentes historias.

Fin del trabajo

San La Muerte juró por sí mismo haber quedado “por demás complacido” con los resultados de mi trabajo. Debido a razones “de máxima privacidad”, me aseguró que no era el momento oportuno para implementar estos cambios, pero que lo haría tan pronto como “la nueva era” se pusiera en marcha.

Mis sentimientos, en cambio, fueron de decepción. Acaso mi depresión se había ilusionado con la posibilidad de un final grandilocuente — “a manos de San La Muerte” — y sobre todo cómodo, que me evitara el patético esfuerzo de tener que cortarme las venas. Para remediar ese fracasado final, que cualquiera hubiera considerado un éxito, es que hoy publico esta información confidencial.

Letra para el tango “A Evaristo Carriego”

Música recomendada para acompañar la letra
<https://www.youtube.com/watch?v=3N7MhkhlWBs>

(música, 0:00)

(recitado)

*Como tierra del Paraná
Lo arrastra al sur el destino
Hasta encontrar su camino
En el barrio de Palermo
Donde un porvenir enfermo
Será su más cruel vecino*

Se enamora pero escribe
Lo traicionan pero escribe
Lo abandonan pero escribe
Se derrumba pero escribe

Es muy joven pero escribe

Y regresa al bar
Para poder conversar
Y no volver a pensar
En el amor

(música, 0:50)

Y recitar a viva voz
Su gran dolor
Disimulado en un poema

De un marginal
De un arrabal
De un par de guapos que se prueban

Y vuelve
Y siente
Y quiere

No
No ansiar
No atar
No urgir
No huir
No odiar
No

Lee a Almafuerbe pero escribe
Lee a Cervantes pero escribe
Lee a Lugones pero escribe
Lee a Hernandez pero escribe

Se cuestiona pero escribe

“Y va a caminar
Para volver a observar
Aquello que muy pronto va
A dejar”

(música, 1:50)

El casamiento
Deslumbramiento
La costurera del mal paso
De sobremesa
Una sorpresa
El silencioso en la trastienda

(recitado)
Invitación
Revelación
Frente a frente
Por el ausente
¿No te veremos más?
Ninguna más
Has vuelto, Vulgar sinfonía
La dulce voz que oímos todos los días

(música, 2:35)

Mira el cielo y se descarga:
“¡Buenos Aires,
No me he ido y ya extraño tus calles!

¿Y ahora quien te va a mirar?
¿Y ahora quien te va a escuchar?
¿Y ahora quien te va a abrazar?”

Se transpira pero escribe
Ya no come pero escribe
Tose sangre pero escribe
Queda poco pero escribe

(recitado)
Y con la frente quemando
Se le presenta La Muerte:
“Rapsoda, vamos andando,
Ya es hora, no se despierte”

(recitado)
Entonces dice el poeta...
“No se apresure Don Fuego
He preparado sin ego...
Unos versos para leerle
Así mañana pueden creerle

Que ha conocido a Carriego”

Evaristo Carriego

No conocía a Evaristo Carriego. La primera vez que supe de él fue cuando averigüé el nombre de ese tango increíblemente dramático que tanto me gustaba: *A Evaristo Carriego*, compuesto por el bandoneonista Eduardo Rovira. Si bien no tenía información enciclopédica sobre Carriego, sentía ya conocerlo un poco, después de haber escuchado decenas de veces la música que por algo le había sido dedicada.

Me pregunté quién sería Carriego, merecedor de un tango tan especial. Busqué y leí su biografía. Poeta argentino, nacido en Paraná, vivió en Palermo y murió a los 29 años, tísico. Lo que más me llamó la atención fueron estas palabras de Borges:

“Recuerdo que el ejemplar [de *Misas Herejes*], dedicado a mi padre, fue uno de los diversos libros argentinos que habíamos llevado a Ginebra y que yo allí leí y releí.”

Borges había leído y releído el libro de Carriego. Eso merecía cierta consideración. Seguir esta conexión llevaba aún más lejos. Borges era, además, el autor del libro *Evaristo Carriego*. En ese momento, supe que algún día conseguiría ese libro.

Evaristo Carriego, el libro

Las semanas, tal vez los meses, pasaron. Comenzaba el año 2020 y yo había terminado de escribir, por primera vez, una letra de tango. Era la [letra de *El ingeniero*](#), hasta ese momento un tango sin letra conocida. A fin de facilitar la tarea de los futuros músicos que la leyeran, me puse a buscar su partitura. No había ninguna información, excepto por una partitura original a la venta en Mar del Plata. Gracias a una enorme casualidad, yo tenía que viajar a Mar del Plata unos días después. Muchos aprovecharán este evento para confirmar que la casualidad no existe. Reservé la partitura y, casi al pasar, pregunté por libros sobre Evaristo Carriego. “Sí, claro, tengo el de Borges”, me dijo la voz segura del vendedor. Sin saberlo del todo, el final de la escritura de una letra de tango se enlazaba en silencio con el comienzo de otra. Quizás lo mismo esté pasando en este mismo instante con la letra que sigue.

Leí el libro. No soy crítico de literatura y mucho menos para hacer una crítica de Borges. No al menos sin decir antes esas palabras. El libro me pareció ser la sumatoria desintegrada de dos libros. El primero, un estudio sobre Carriego y su obra, hecho por Borges. El segundo, un conjunto de escritos de Borges sobre temas de cierta relación con Carriego: las letras escritas sobre los carros de Buenos Aires, el tango, los puñales, los jinetes. El criterio para juntar estos dos libros en uno solo, titulado Evaristo Carriego, me pareció ser enteramente editorial.

En la primera parte, se destaca el capítulo *Una vida de Evaristo Carriego*, donde Borges repasa de un modo muy literario la vida de Carriego y su obra. En los otros capítulos habla de Palermo, del origen entrerriano del poeta y de la interpretación de algunos de sus poemas. Dice el escritor uruguayo Emir Rodríguez Monegal en el prólogo de otra edición del mismo libro, refiriéndose a esta primera parte:

“Todo lo que Borges toca se transforma en ficción. [...] A lo largo de estas páginas, Carriego (su poesía frágil y sentimental, su limitado mundo de suburbio, su vacilante inserción en la realidad) se va transformando en un personaje más de Borges. [...] Carriego no existe más, o tal vez ni importa si existió alguna vez. Pero existe cada vez más Borges, ese joven escritor para quien Carriego era metáfora de muchas cosas; metáfora de un Buenos Aires perdido; de una actitud casual y hasta lateral hacia la poesía honda; de una admiración por el coraje y el cuchillo que Borges (como Carriego) no ha querido ocultar nunca.”

La segunda parte del libro, en general, tiene una relación muy indirecta con Carriego. Aún así, los capítulos *Historia del tango* e *Historia de jinetes* son escritos muy valiosos que agradezco haber encontrado en el mismo libro. El primero realiza observaciones originales sobre la historia del tango y conserva todavía cierta relación con Carriego, considerado uno de los precursores de las letras tangueras. El segundo explora el estereotipo del jinete y en particular del gaucho, uno de los antepasados inmediatos del compadre arrabalero.

Versos de Carriego (selección), el otro libro

Hace unas pocas semanas, volví a considerar la posibilidad de escribir esta letra. Durante varios días estuve sin poder decidirme, ya que esa posibilidad estaba en sana competencia con otras ideas sobre las cuales también quería escribir. En ese debate interno estaba cuando encontré el

libro *Versos de Carriego (selección)* en una librería de usados de la calle Rivadavia. Hasta donde podía recordar, nunca había encontrado un libro de Carriego en una librería. O tal vez sí pero, como también hacemos con las personas, nunca le había prestado atención. Este acontecimiento tal vez inexplicable inclinó la balanza de mi próximo escrito hacia estas líneas. Era una señal difícil de eludir hasta para un escéptico como yo. Compré el libro por menos de un tercio de dólar (¿qué sentido tendría expresar su valor en pesos?). Por un precio similar, compré también el libro *Cuento mortales* de Leopoldo Lugones, algo así como un anti-autor de Carriego.

El prólogo del libro *Versos de Carriego (selección)* también es de Borges. Es una especie de resumen de toda la primera parte del libro *Evaristo Carriego*. Dice, por ejemplo:

“El descubrimiento, llamémosle así, de nuestro suburbio define el mérito esencial de Carriego. [...] A los personajes de su obra — el guapo, la costurerita que dio aquel mal paso, el ciego, el organillero — fuerza es agregar otro, el muchacho tísico y enlutado que lentamente caminaba entre casas bajas, ensayando algún verso o deteniéndose para mirar lo que muy pronto dejaría.”

El mismo Borges define a Carriego como un personaje más de la obra de Carriego. Quizás es una forma borgeana de darle la razón a Rodríguez Monegal: Carriego es, en realidad, un personaje más de la obra de Borges.

Contar con la guía de Borges facilitaba mucho la internación en los poemas de Carriego. Dice Borges en ese libro:

“La más deliberada página de humorismo dejada por Carriego es *El casamiento*. Es la más porteña también. *En el barrio* es casi una guapeada entrerriana; *Has vuelto* es un solo frágil minuto, una flor de tiempo, de un solo atardecer. *El casamiento*, en cambio, es tan esencial de Buenos Aires como los cielitos de Hilario Ascasubi o el *Fausto criollo* o la humorística de Macedonio Fernández o el astillado arranque fiestero de los tangos de Greco, de Arólas y de Saborido.”

Si no me considero apto para realizar una crítica literaria (soy mucho más apto para recibirla), eso es todavía más cierto cuando hablamos de poesía. Es un mundo que, por lo general, me resulta ajeno. Si la poesía de Carriego llegó a resultarme interesante fue por haber leído antes a Borges y por tener la imperiosa necesidad de hacerlo para escribir esta letra. La verdad es que ninguno de los poemas me resultó especialmente memorable.

La composición

Dos veces verifiqué que este tango no tuviera una letra. La primera, cuando me planteé por primera vez, con seriedad, escribir una. La segunda, meses después, cuando me senté por primera vez a hacerlo.

A medida que avancé en la composición, confirmé lo que en el fondo ya sabía, aquello que me había demorado a comenzar a escribir. La música tenía una complejidad (al menos para mí) que hacía por lo menos desafiante la tarea de componerle una letra. No había sentido eso cuando compuse la letra de *El ingeniero*.

No suelo dudar de mi capacidad de obtener resultados, por más pobres que sean. Sí dudé, en cambio, de mi capacidad para obtener una letra que mereciera mi orgullo. Ante esa vacilación, como tantas otras veces, vino a mi rescate la literatura, en este caso las recentísimas páginas de *Historia del tango*:

“En un diálogo de Oscar Wilde se lee que la música nos revela un pasado personal que hasta ese momento ignorábamos y nos mueve a lamentar desventuras que no nos ocurrieron y culpas que no cometimos. [...] Tal vez la misión del tango sea ésa: dar a los argentinos la certidumbre de haber sido valientes, de haber cumplido ya con las exigencias del valor y el honor.”

Como uno más de los jinetes de *Historia de jinetes*, como aquel gaucho de *El desafío* que se pisó la mano malherida para arrancársela y seguir peleando, bajé la cabeza y cargué sobre la hoja en blanco. Muchas veces me sentí chocar contra una pared. La respuesta fue la única posible para quienes no poseemos el don de la genialidad: redoblar los esfuerzos, multiplicar las horas de trabajo. Esa idea me llevó a una posible verdad: los genios no logran necesariamente obras de mayor calidad, sino que las logran más rápido; y con dedicación, claro, logran también un mayor número de ellas. Pero atención: la genialidad, como el infinito, no admite cuantificaciones con tanta facilidad; una obra genial no es necesariamente menos que un conjunto de varias obras geniales.

Para escribir la letra, necesitaba por supuesto contar con una música. Desde el primer momento, tuve la certeza de que sería la gran versión de Bandonegro (<https://www.youtube.com/watch?v=4nrwRIulWSo>), una orquesta de tango polaca. Sin embargo, justo antes de comenzar, me invadió una especie de advertencia, también proveniente de *Historia del tango*:

“El tango puede discutirse, y lo discutimos, pero encierra, como todo lo verdadero, un secreto. Los diccionarios musicales registran, por todos aprobada, su breve y suficiente definición; esa definición es elemental y no promete dificultades, pero el compositor francés o español que, confiado en ella, urde correctamente un “tango”, descubre, no sin estupor, que ha urdido algo que nuestros oídos no reconocen, que nuestra memoria no hospeda y que nuestro cuerpo rechaza. Diríase que sin atardeceres y noches de Buenos Aires no puede hacerse un tango.”

Esa reflexión me llevó a buscar, para considerarla como alternativa, la versión de la orquesta de Pugliese (<https://www.youtube.com/watch?v=3N7MhkhIWBs>). No necesité terminar de escucharla para comprender que mi composición se basaría en esta última versión y no en la polaca. Supe que la versión de Pugliese, por motivaciones difíciles de racionalizar, me sería de mayor ayuda para encontrar las palabras justas. En verdad, fue más que eso: supe que era mi única posibilidad de lograrlo. Queda planteado al lector el ejercicio de escuchar ambas versiones y decidir qué tan cierta fue mi conclusión.

Luego de muchas horas de frustración, y por supuesto gracias a ello, pude disfrutar de la reversa satisfacción de llegar a un resultado.

Hay preguntas que me hice durante todo el proceso de escritura. ¿Qué hay de mí en esa música con la que me siento tan conectado? ¿Qué hay de Carriego en esa música que le fue dedicada? ¿Qué hay de Carriego, en definitiva, en mí?

“Arribo a la cuestión de su enfermedad, que pienso importantísima. [...] Él se sabía dedicado a la muerte y sin otra posible inmortalidad que la de sus palabras escritas; por eso, la impaciencia de gloria. [...] Comprendía que la consagración lentísima alcanza en vida a contados ancianos, y sabiendo que no produciría en amontonamiento de libros, abría el espíritu ambiente a la belleza y gravedad de sus versos. [...] La premonición de la incesante muerte la urgía. Codiciaba Carriego el futuro tiempo generoso de los demás, el afecto de ausentes. Por esa abstracta conversación con las almas, llegó a desentenderse del amor y de la desprevenida amistad, y se redujo a ser su propia publicidad y su apóstol.”

No estoy enfermo, o lo estoy sin saberlo, o lo estoy sabiéndolo sin ser consciente de ello, o tal vez todos lo estamos desde el momento en que comprendemos que la muerte es nuestra única certeza. No busco la gloria, o la busco sin saberlo, o la busco sabiéndolo sin querer asumirlo, o tal vez esa

urgencia que sí siento se deba a la feroz certeza de que la vida es demasiado frágil y breve, de que todo puede acabarse en cualquier momento, de que el tiempo es escaso y se está acabando.

“Carriego creía tener una obligación con su barrio pobre: obligación que el estilo bellaco de la fecha traducía en rencor, pero que él sentiría como una fuerza. Ser pobre implica una más inmediata posesión de la realidad, un atropellar el primer gusto áspero de las cosas: conocimiento que parece faltar a los ricos, como si todo les llegara filtrado. Tan adeudado se creyó Evaristo Carriego a su ambiente, que en dos distintas ocasiones de su obra se disculpa de escribirle versos a una mujer, como si la consideración del poverío amargo de la vecindad fuera el único empleo lícito de su destino.”

No creo tener una obligación con mi barrio pobre, aunque sí una con mi tierra que se empobrece. Tal vez sean dos formas de creer lo mismo, solo separadas por cien años de historia. Esa obligación también es para mí, sin ninguna duda, una fuerza. El empobrecimiento podrá continuar, pero seguiré escribiendo. Sentiré en mí la desesperanza de los verdaderos desposeídos, pero seguiré escribiendo. La recurrente adversidad llegará a marcarme con su cuchillo, pero seguiré escribiendo. Veré a La Muerte presentarse ante mí, pero seguiré escribiendo.

Cuál es la cuestión de fondo

Cuál es la cuestión de fondo, esa es la pregunta. No hay día en que no venga a golpearme la puerta, a cuestionarme, a no dejarme vivir en paz. Aparece en casi todos los capítulos de mi vida. Es recurrente. Puedo esconderme de muchas responsabilidades, de muchas personas, hasta de muchos miedos, pero no de la bendita pregunta. Me persigue con obstinada perseverancia. Cada proyecto en el cual decido embarcarme viene con ella bajo el brazo.

Nada parece tener sentido, ni valer la pena, sin una respuesta a la pregunta fundamental. Ese no sería el inconveniente más grande. El verdadero problema es que no encuentro respuestas, a pesar de que las busco con desesperación. Me pregunto si son inexistentes o si ese vacío se debe a mi incapacidad. Por la noche, justo después de cerrar los ojos, mi conciencia se desvanece mientras busco posibles respuestas. A la mañana, vuelvo a la lucidez vespertina enredado en la misma búsqueda. No puedo saberlo con exactitud, pero lo más probable es que durante noche, entre sueños, no sea diferente. Y entonces mi desmotivación durante el día se vuelve densa y tediosa.

Sin dudas, el peor de los casos sin respuesta es la existencia misma. Cuál es la cuestión de fondo de la vida (o de vivir, si lo prefieren, en todo caso es el mismo callejón sin salida). Las religiones, las filosofías, los grandes pensadores, todos han postulado sus respuestas. Busco entre ellas alguna a la cual aferrarme. Hurgo con avidez entre los libros más antiguos. Algunas son excepcionales. Intento creérmelas. Las repito en voz alta, las expongo y hasta las defiendo con énfasis ante otros incrédulos. Gracias a ellas, proyecto la seguridad del que se ha salvado, el ímpetu del que tiene una razón para vivir. Pero el engaño no puede durar. No logro digerirlas del todo y termino por devolverlas. Una lejanía dentro de mí se niega a los fundamentos sin fe.

Me brinda cierta calma saber que la pregunta es, tal vez, incontestable. El sentido de la vida es una pregunta sin respuesta. Por eso los postulados existentes no tienen más sustento que la razón, el ingenio o la fe. No es justo que me culpe por no tener la respuesta definitiva que el resto de los humanos tampoco tiene.

Por eso, me permito bajar un escalón y pasar a la próxima pregunta. La que tiene que ver con mi propia vida, con la mía en particular. Claro está, es mucho más difícil tener una respuesta para todas las vidas que para una sola. Y mucho más difícil todavía es tenerla para otro que para uno mismo (a pesar de los inagotables consejeros que nos rodean). ¿Cuál es la cuestión de fondo de mi vida? ¿Qué estoy haciendo en este mundo, por qué y para qué? Algunos esbozos de respuesta comienzan a aparecer. También descubro que otros tienen respuestas para sus propias vidas. Muchas de ellas hasta parecen verdaderas. Inclusive, algunas logran entusiasmarme y me empujan al optimismo. Sí, hay esperanzas. Eso no significa que sus respuestas sean concluyentes, ni firmes, ni perdurables. Pero tienen algo.

Para mi propio caso, diría que la mayor parte del tiempo no tengo respuestas. Navego a la deriva, lleno de desinterés y escepticismo. Reviso mis premisas. ¿Vale la pena hacer algo sin una cuestión de fondo? Dicho de otro modo, ¿debería hacer las cosas a pesar de no contar con una cuestión de fondo? Vuelvo a sospechar que no. Cuestiono también la pregunta fundamental. ¿Es realmente necesario contar con una cuestión de fondo? Tampoco tengo certezas. Solo sé que la necesidad de contar con al menos una siempre termina por volver, incansable. La pregunta fundamental — y sus derivadas — se dispara en varios niveles y al mismo tiempo. Con diferentes alcances y pesos, se multiplica y se acumula como una bola de nieve. Impotente, la veo crecer y acomodarse en la fragilidad de mi espalda.

Una palabra orbita la pregunta sobre mi vida, como si fuera una pista o una provocación: arte. ¿Es el arte, acaso, la cuestión de fondo de mi vida? ¿O es tan solo un alivio, un descanso ante la imposibilidad de contestar la pregunta?

Bajo otro escalón. Allí encuentro al arte. En mi caso, con mucho optimismo, es la literatura. En este plano la pregunta resurge, pero la situación es más definida, a pesar de que el interrogante es el mismo.

Pocas veces la pregunta es más incisiva que cuando me siento a escribir. Tengo muchísimas ideas, historias y fragmentos que me parecen brillantes. Creo estar en condiciones de hilvanarlos en un relato valioso. Sin embargo, lo que más a menudo me falta es la cuestión de fondo. ¿Cuál es el corazón de la historia? ¿Por qué vale la pena escribirla? ¿Por qué alguien debería leerla? ¿Qué núcleo esencial encierra? ¿Qué nuevas perspectivas busco ofrecerme y, con ello, ofrecerle a los demás?

Quizás un ejemplo ayude a entender de qué estoy hablando. De hecho, el embrión de relato que sigue es el que da origen a este escrito.

Un vuelo.

El viaje está por comenzar. En verdad, comenzó mucho antes, cuando compré el pasaje. No, fue todavía antes, cuando supe que compraría el pasaje. Es curioso pensar cómo, a menudo, los comienzos y los finales están disociados de los hechos que permiten identificarlos en una línea de tiempo.

Viajar es saltar a otro mundo. De repente, uno se despierta en otra realidad. Es una verdadera sacudida mental, una verdadero pasaje a otro mundo. Es también un salto en el tiempo. No solo por las diferentes zonas horarias que cruzamos con facilidad, sino también porque viajamos al futuro o al pasado, según el nivel de (relativo) desarrollo del lugar que visitemos.

Las diferentes aproximaciones a la idea de viajar son muy interesantes. Pero, ¿cuál es la cuestión de fondo?

Llego al aeropuerto. Un lugar por demás extraño. Lejos de la ciudad, gigante, impersonal. La misma construcción, con ligeras variantes de tamaños y formas, se replica de a miles en todo el planeta.

Varios aviones rodean el aeropuerto. Unos artefactos extrañísimos. Toneladas de materiales que, juntos, vuelan. Con nosotros adentro. Este vehículo demencial es el medio de transporte más seguro, las estadísticas no mienten. Como buen ingeniero, creo en ellas, pero aún así el ser humano instintivo no puede dejar de pensar que el viaje en avión terminará en tragedia. La primera turbulencia lo confirma. “Ahora sí, voy a morir. Con tantos miles de vuelos seguros, la muerte va a llegarme justo a mí”. Al final, el avión siempre llega a destino.

El *freeshop* es una creación nefasta. Por una serie de artilugios legales, las personas más adineradas del mundo pueden comprar productos de lujo (perfumes, bebidas alcohólicas y cigarrillos, entre otros) sin pagar impuestos. Por supuesto, esto es relativo, ya que los precios suelen ser inflados de un modo que el resultado final es casi siempre el mismo.

Aeropuertos, aviones, *freeshops*. Las observaciones posibles no dejan de multiplicarse, pero la pregunta fundamental permanece incontestada: ¿cuál es la cuestión de fondo?

Cientos de personas deambulan por el aeropuerto. Veo a muchas de ellas durmiendo en el piso. A veces, parecen verdaderos vagabundos.

Algunos han improvisado un colchón y unas mantas. Otros están sucios, despeinados y huelen mal. Curioso contraste para un espacio habitado, en general, por los estratos sociales más pudientes. Sin dudas, la gerencia podría hacer más por estos indigentes de aeropuerto.

Hay cuestiones muy concretas que no logro comprender. Entre las primeras está por qué las personas hacen una larga cola, de pie, para esperar el ingreso al avión. Los pasajes garantizan una ubicación que nadie puede arrebatárselas. Se supone que las personas detestan estar paradas haciendo una cola. Quizás sea la ansiedad, ese sentimiento engañoso que nos hace creer capaces de acelerar el tiempo. Tal vez tengan la necesidad de asegurarse un lugar para el equipaje, aunque yo siempre subo último y nunca he tenido ese problema. Me pregunto qué necesidad hay de subir primero y obligarse a presenciar, completo, el penoso espectáculo de la gente ocupando sus lugares y acomodando su excesivo equipaje de mano.

Eso no sería nada si no fuera porque una vez que el avión aterriza, son esas mismas personas las que muestran desesperación por bajarse. Se ponen de pie apenas el avión toca tierra, a pesar del pedido claro — y a menudo repetido — de la tripulación. Ocupan el pasillo lo más rápido posible, no vaya a ser que una persona baje antes que ellos. Toman su equipaje del compartimento superior como si en ello se les fuera la vida. Por último, esperan en las inmediaciones del pasillo — a veces, semiagachados — una quincena de minutos. Una imagen lamentable.

Las observaciones podrían extenderse hasta el infinito, pero la cuestión de fondo sigue sin aparecer. Hay algo de valor en estos lugares, en estas personas, en estos comportamientos. Hay rareza, curiosidad, extravagancia. Si tan solo hubiera una cuestión de fondo que me permitiera hilvanar todo esto...

Pero no la hay. O eso es lo que parece.

Trastienda del Protocolo COVID-19 para la Organización de Milongas

Promedia el mes de diciembre de 2020. Ha sido un año difícil para la humanidad. La pandemia de coronavirus azota a todo el mundo y la República Unitaria de Mosquera no es la excepción. Ni siquiera estar en el otro extremo de la República Popular de Huaxia, origen de la pandemia, y contar con dos meses de tiempo adicional para prepararse ha eximido al país de sufrir las consecuencias.

La respuesta del Gobierno mosqueriano a la crisis sanitaria ha sido una cuarentena temprana y dura. Con el correr de los meses se ha transformado en una de las más largas del mundo. Eso no ha impedido que el país termine al tope de los rankings mundiales de muertes por habitante y caída de la economía (es decir, millones de empleos perdidos).

Debido a su tamaño y densidad, la Ciudad Capital es la zona más crítica para el control de la enfermedad. Es en esta ciudad donde el tango tiene un gran desarrollo y atrae cada año a miles de turistas. No solo debido al derrumbe del turismo, sino también a la cercanía física y rotativa propuesta por el tango, la práctica de esta hermosa expresión artística ha sido uno de los campos de trabajo más golpeados por la cuarentena. Y dentro del tango, las milongas han sido sin dudas la actividad más afectada.

Una buena parte de los trabajadores del tango siempre ha vivido al día. No es difícil imaginar la situación actual de muchos de ellos, tras nueve meses de restricciones casi completas a su trabajo. Algunos no tienen, literalmente, para comer.

“Ansiosos” llamó el Presidente de la Nación Fernando Alberti a aquellos que pedían por una cuarentena más flexible e inteligente. “Quedate en casa” fue el lema principal de la cuarentena propuesta por el Gobierno, al menos el dirigido a quienes tenían una casa donde quedarse.

Lamentablemente, no todos los mosquerianos tenían la misma suerte del Presidente, ex-habitante de Puerto Habanero, uno de los barrios más pudientes de la Ciudad Capital. Y no todos, ciertamente, tenían la posibilidad de trabajar desde sus hogares.

Ese es el marco que da lugar, apenas iniciada la cuarentena, a la creación de la *Comisión Interdisciplinaria y Participativa Responsable del Diseño del Protocolo COVID-19 para la Organización de Milongas* (en adelante, la Comisión). La Comisión se suma a cientos, tal vez miles, de otras comisiones que en conjunto se dedicarán a “protocolizar” las vidas de todos los mosquerianos, hasta el último rincón, con un objetivo fundamental y nobilísimo: minimizar la cantidad de muertos por habitantes.

La Comisión está compuesta por veintitrés miembros. De ellos, cinco son los realmente influyentes.

De los cinco influyentes, dos lo son por su influencia en las formalidades del Protocolo. El primero es Francisco Curri Uno, director de la Comisión. Es el responsable general y es el que firma la aprobación del Protocolo. Es también el enlace con las autoridades políticas superiores. En la práctica, no participa del contenido ni de las reuniones. Se encarga de bajar línea periódicamente. La mayoría de los miembros de la Comisión nunca lo han visto. La segunda influyente es Mariana Genaro, *Responsable de Mujeres, Géneros y Diversidad* de la Comisión. Es sobrina de Francisco Curri Uno. Pero a no juzgar. Es una chica muy simpática, trabajadora, que se ha esforzado en aprender todo lo posible sobre políticas de género desde que ingresó a su puesto estatal hace un año.

Los tres influyentes restantes lo son por su incidencia en el contenido del Protocolo. El primero es Luis ‘El Tano’ Controllatore. De sólida formación marxista, es el verdadero cerebro de la Comisión. Admirador nostálgico de la Unión Soviética, considera que el proyecto socialista no colapsó por deficiencias de concepto, sino de implementación. Tiene una vasta trayectoria académica y, como idealista que es, siente la noble —y a veces agobiante— necesidad de ponerla al servicio de los demás. El segundo influyente es Santiago Curri Dos, medio hermano de Francisco Curri Uno. Tiene “formación en salud” y ha devenido un tanto repentinamente en “experto en protocolos”, un área muy requerida por el Estado durante los últimos meses. Por último, el tercer influyente es Federico Derrodillas, representante de las milongas. Tiene gran afinidad política con el Gobierno mosqueriano. Considera que su prioridad es conservar o aumentar la ayuda que las milongas (grandes) reciben del Estado.

La Comisión comienza a operar en abril con doce miembros. Once de ellos son hombres. Este desbalance entra en conflicto con la política “de

Mujeres, Géneros y Diversidad” que ha impulsado el Presidente desde el comienzo de su gestión. Esta política se ha traducido en la creación de decenas, tal vez centenas, de organismos homónimos a lo largo y a lo ancho de toda la estructura del Estado. Se estima que pronto llegará también al Gabinete nacional, donde de los veintiún ministros elegidos por el Presidente diecisiete son hombres.

Genaro, la única mujer de la Comisión, señala las deficiencias “de género” en la conformación de la Comisión. Su propuesta consiste en que la mitad de los integrantes ceda su lugar a “mujeres cisgénero o personas transgénero” de sus propias áreas. Con una gran riqueza de argumentos, la Comisión rechaza la propuesta. Luego de días de debate, se decide que la Comisión amplíe sus miembros de doce a veintitrés, siendo “mujeres cisgénero o personas transgénero” los nuevos once integrantes de la Comisión. Estas personas pertenecen a otras áreas estatales y no tienen relación con la Comisión, ni con el Protocolo, ni con el tango. De hecho, se trata de personas que no tendrán una participación efectiva en las tareas de la Comisión. Genaro no tiene más remedio que aceptar la propuesta. La triste realidad es que nadie la toma en serio.

Otro desafío de la Comisión es que veintidós de sus miembros, de los veintitrés que la componen, no saben sobre tango. El único involucrado en la comunidad tanguera es Derrodillas, el representante de las milongas. Es cierto que Controllatore tiene cierta idea superficial sobre el tema, producto de sus lecturas generales, pero nunca ha pisado una milonga.

A partir de lo anterior, la dinámica de funcionamiento de la Comisión se va estructurando de la siguiente forma. Derrodillas provee información en bruto sobre el funcionamiento de una milonga y algunas ideas generales sobre lo que se podría hacer. Controllatore toma esa información, la amasa, la procesa, la enriquece y finalmente la formaliza. Curri Dos recibe ese resultado y lo “protocoliza”. Genaro, por último, le aporta “una perspectiva de género”. Finalmente, con todo resuelto, Curri Uno le pone el gancho. De los dieciocho miembros restantes, en promedio solo unos cinco están presentes en las reuniones virtuales diarias y aportan algunas opiniones bienintencionadas y poco valiosas.

Después de nueve meses de trabajo, la Comisión ha publicado el *Protocolo COVID-19 para la Organización de Milongas* (en adelante, el Protocolo). El documento consta de 37 páginas que integran 96 artículos, 7 protocolos o guías relacionados, 3 anexos y 18 afiches. Se le planta de igual

a igual a la Constitución Nacional mosqueriana, que posee 129 artículos y 17 disposiciones.

No está del todo claro cómo se distribuyó la carga de trabajo de la Comisión a lo largo de los nueve meses. Algunos de los integrantes afirman que el trabajo fue continuo y sólido, a razón de cuatro páginas por mes. Otros discrepan y afirman que los primeros ocho meses fueron de “escuchar, compartir y cocrear”, mientras que la “corporización” se concentró en el último mes. Otros admiten desconocer la respuesta. “Se hizo un gran trabajo”, en eso sí coinciden todos los miembros.

A partir del nacimiento del Protocolo, queda atrás una histórica etapa de diferencias entre las milongas y el Estado. Las milongas se permiten la evolución. Pasan de repudiar el exceso de reglamentaciones y la severidad en su aplicación, que muchas veces conducía a sus propias clausuras, a levantar y hacer flamear la bandera de las regulaciones. Comienza una nueva era de seguridad, responsabilidad y cuidado, de multiplicación y cumplimiento de normas, elaboradas codo a codo junto al Estado. También a partir de ahora, como parte de esta nueva época, se da por descontado que las milongas (y el mundo del tango en general) facturarán sus servicios y pagarán sus impuestos en tiempo y forma. De ese modo, contribuirían no solo con necesarias y poéticas palabras a la necesidad de un Estado presente, fuerte y solidario, sino también con hechos concretos para su sostenimiento.

Publicar aquí el Protocolo completo significaría arruinar este escrito. También significaría arruinar el libro del que será parte. Y también significaría arruinar las miles y miles de copias de ese libro que buscarán, sin descanso, que esta historia no sea olvidada nunca. Por suerte, el Protocolo está publicado y puede encontrarse en Internet. Es por eso que citaremos solo unos pocos artículos destacados y algunos de los debates privados que se dieron a la hora de su redacción.

Artículos destacados sobre la higiene básica:

- “El lavado de las manos con agua y jabón durará al menos 40-60 segundos”. No fue fácil para la Comisión acordar este artículo. El día entero que le llevó lograr el acuerdo había presentes unos doce miembros. Una minoría creía que especificar la duración implicaba entrar en un detalle excesivo. La mayoría comandada por ‘El Tano’

Controllatore finalmente se impuso, pero no fue capaz de mantenerse unida en relación al tiempo de lavado. Un grupo sostenía que con 40 segundos era suficiente. El otro consideraba que no y, en consecuencia, se manifestaba preocupado por eso que interpretaban como una deficiencia. Con ese tiempo demasiado corto, temían estar enviando a los milongueros a la mismísima orilla de la muerte. Además, sostenían que ante la duda su criterio debía primar, por ser más seguro. “Mejor que sobre lavado de manos y que no falte”, era su lema. Las discusiones consumieron la mañana. El almuerzo y la siesta fueron los necesarios momentos de meditación que los miembros de la Comisión necesitaban para madurar una solución. Finalmente se acordó incluir el intervalo 40-60, aunque 60 fuera nada menos que un 50% más que 40. Los miembros que defendían los 40 segundos temían congestiones en los baños. Además, quedó flotando en el aire el temor de que las personas tuvieran miedo de lavarse por fuera de ese rango de tiempo. Sin duda, muchos se preguntarían si un lavado de 70 segundos presentaba algún inconveniente. A partir de esta posibilidad preocupante, la Comisión decidió incluir la aclaración “al menos”. El tema no quedaba resuelto del todo, es cierto, ya que todavía se presentaban interrogantes dentro del rango. 50 segundos, por ejemplo, no era “al menos 60”. Se discutió también sobre la posibilidad de exigir la instalación de cronómetros, o simples relojes con nivel de segundos como para no exagerar, junto a los lavabos. Luego de un virtual empate que prolongó el debate, la idea no prosperó y se acordó que las personas podrían contar ellas mismas los 40-60 segundos, idealmente utilizando el recurso de “Mil uno, mil dos, mil tres...”. ¿Era necesario sugerir, o tal vez exigir, el uso de esa técnica para el correcto contado de segundos? Al plantearse la pregunta, ya eran las seis de la tarde y los miembros de la Comisión acusaron “muchísimos deberes personales” que atender. Acordaron dejar abierto el tema y discutirlo durante los próximos días. También quedaron

cuestiones abiertas sobre la especificación del agua y del jabón. Productos de baja calidad podían hacer fracasar todo el esfuerzo que la Comisión estaba dedicando al tema. Por ejemplo, el agua debía ser potable y debían establecerse directivas para comprobarlo. Por falta de tiempo (¡los nueve meses habían pasado volando!), estos debates pendientes nunca fueron retomados, pero no se descarta que lo sean en algunas de las próximas versiones del Protocolo.

- “En caso de no contar con agua y jabón se utilizarán soluciones a base de alcohol (por ejemplo, alcohol en gel) con una fauración de 20-30 segundos”. El acuerdo sobre este punto fue relativamente unánime, aunque como se ve persistieron las diferencias sobre la cantidad adecuada de segundos. La solución adoptada fue la misma. En este caso no se utilizó el “al menos”, ya que existían temores sobre las consecuencias de un excesivo tiempo del alcohol en gel sobre la piel humana. Los miembros de la Comisión no deseaban asumir la responsabilidad de que alguien se aplicara el alcohol, por ejemplo, durante varios miles de segundos y que luego, ante eventuales consecuencias negativas, hiciera responsable de ello al Protocolo, por ser demasiado abierto y permisivo. No sin astucia, Controllatore señaló que idéntica preocupación debía tenerse entonces con respecto a los jabones del punto anterior, al menos sobre algunos de ellos. Se tomó nota de este cabo suelto y se acordó debatirlo durante los días siguientes. Por falta de tiempo, eso nunca llegó a ocurrir.
- Luego de los procedimientos para lavarse las manos, el Protocolo lista una serie de situaciones luego de las cuales los milongueros deberían volver a lavarse las manos. Básicamente, todas. Esta propuesta, también de Controllatore, tuvo gran apoyo dentro de la Comisión. La inmensa mayoría se mostró de acuerdo en que dejar este tema en manos de los milongueros —valga la redundancia— significaba asumir un peligro inaceptable.

- Además, el Protocolo incluye un afiche explicativo sobre cómo lavarse las manos en once simples pasos. Allí se explican todas las técnicas de frotado y el sentido de giro para cada una de las manos. Al final del procedimiento, “las manos son seguras”. De más está decir que luego de tocar cualquier cosa es necesario repetir el procedimiento.
- “Usar el cesto de basura más cercano para desechar los pañuelos utilizados”. Esto es muy importante en varios sentidos. En primer lugar, la aclaración de que los pañuelos a desechar son los utilizados, no sea cosa que algún distraído los tire todos. Es cierto que queda abierta la cuestión de qué hacer con otro tipo de desechos. ¿Cómo proceder, por ejemplo, si me sueno la nariz con una servilleta? Otro tema a debatir con mayor profundidad en futuros encuentros. En relación a “usar el cesto de basura”, se trata de una propuesta discreta pero innovadora de la Comisión. Pero momento. La verdadera clave está en no utilizar cualquiera de los cestos, sino en utilizar “el más cercano”, para —atención— ¡evitar la circulación innecesaria de los milongueros! Brillante. Ahora, gracias a este artículo del Protocolo, los milongueros no tendrán que exponerse innecesariamente al COVID-19 al tirar sus pañuelos. No solo no se hubieran podido dar cuenta por sus propios medios, sino que ahora además lo sabrán con antelación. No en vano Controllatore es llamado “genio” o “genio mundial de los protocolos” por muchos de sus compañeros. “¡Dibuje maestro, dibuje!”, le gritaban entre aplausos luego de cerrado el artículo. “Algún día, cuando lo perdamos (¡Dios quiera que falte mucho!), le organizaremos una multitudinaria despedida con honores. En la Casa de Gobierno si se puede, con pandemia y todo si llega a ser necesario”, explicaban en su entorno.
- “Del tapabocas solo deberá tocarse el cordón o el elástico, evitando tocar la parte delantera”. Luego, se aclara que “si el tapaboca es reutilizable, deberá lavarse antes de utilizarse con detergente a 60° centígrados”. Era inevitable que el tema del tapabocas, y sobre todo su limpieza,

disparara interrogantes ¿Debía lavarse antes o después de ser usado? ¿O acaso era equivalente? Se decidió que antes era más seguro, por quedar el tapabocas expuesto durante menos tiempo a los avatares de la vida. Lamentablemente, no fue tan fácil llegar a un fácil acuerdo sobre cómo había que lavarlo. ¿Era posible, o inclusive mejor, lavarlo con jabón, ya fuera macizo o en polvo? ¿Y qué decir de la temperatura? ¿Era suficiente 60°? ¿Cómo medirla correctamente? ¿Debía asumirse la tenencia de un lavarropa? Si no se lo tenía, ¿podía confiarse en el lavadero? Por otro lado, ¿debía recomendarse el uso de suavizante, para una mayor duración de la prenda? La Comisión estaba ante el desafío de preguntas que parecían inagotables. No era exagerado llamar heroica a la tarea de responderlas. Hubiera sido justo entrevistar a algunos de los miembros y, con música conmovedora de fondo, ver cómo se quebraban al relatar sus días de trabajo en el Protocolo. La Comisión lo hacía con enorme compromiso y estaba dispuesta a “trabajar cien horas mensuales más, mil meses más, de ser necesario. Todo con tal de ‘cuidar a los mosquerianos’”, como había dicho el Presidente.

- “Se recomienda utilizar máscara facial además del tapaboca”. Ante el justo interrogante que podría surgir, se aclara que no se dieron mayores detalles sobre la manipulación o limpieza de la máscara facial.

Artículos destacados sobre la organización de la milonga:

- “Los organizadores deberán otorgar turnos de acuerdo al límite de público permitido y con previa inscripción”.
- “Los turnos tendrán una duración máxima de dos horas, dejando treinta minutos entre cada turno para higienización y ventilación”.
- “Se recomienda establecer horarios de ingreso a fin de evitar el ingreso por orden de llegada”. Este artículo disparaba algunos dilemas. Por un lado, si se daban turnos, obviamente habría un horario de ingreso. La Comisión determinó que no estaba mal ser explícita al respecto, al

precio de sonar tal vez repetitiva. Algo parecido ocurría con el ingreso por orden de llegada, algo que quedaba implícitamente descartado ya solo con establecer el sistema de turnos. Pero nuevamente, primó la cautela y fue explicitado. El problema fue que la redacción de tanta explicitud dio lugar a nuevos interrogantes. ¿Todos los milongueros de un mismo turno tendrían el mismo horario de ingreso? En ese caso, ¿entrarían según el orden de llegada para ese turno? La redacción sugería que no. ¿Habría un sistema de sub-turnos, por medio del cual se asignarían turnos de segundo nivel dentro de un mismo turno? ¿O acaso era mejor que los turnos fueran dados con nivel de minuto o de segundo? Por ejemplo, dada una asistencia pre-registrada de veinte personas, podría darse un horario específico de entrada cada treinta segundos. De esa forma, todo el ingreso estaría perfectamente implementado en diez minutos. Pero entonces, ¿qué pasaría con los que se retrasaran? ¿Tenían prioridad al llegar por sobre los que habían llegado a tiempo con su sub-turno, algo que contrariaba el enunciado del artículo, o en cambio debían ponerse en la cola de espera, algo que también contrariaba el enunciado del artículo? La única solución coherente con el enunciado era no dejarlos entrar. O que lo hicieron solo en calidad de otra cosa, como espectadores por ejemplo, posibilidad que finalmente se exploró en el artículo siguiente. Ya agobiada por la complejidad del tema, la Comisión decidió posponer las respuestas a tan pertinentes preguntas.

- “Los milongueros no podrán ingresar pasados los quince minutos del horario reservado. Pasado ese lapso, solo podrán ingresar como espectadores. Para casos excepcionales se podrá prever un espacio asignado para ingresos tardíos, pero no podrán integrar ‘burbujas sociales’”. La prohibición de entrar como bailarines, aunque sí como espectadores, tuvo un gran apoyo por parte de la Comisión. Era ante todo justo, razonable y necesario. El retraso en un contexto tan delicado no podía tolerarse

sin consecuencias. Es cierto que la Comisión había comenzado una hora tarde el día que se redactó este artículo, pero no se comparaba el nivel de responsabilidad que debía afrontar la Comisión en relación a los eventuales milongueros. Fue esta diferencia, de hecho, la que disparó la necesidad de incorporar las excepciones que se mencionan en el artículo. ¿Qué pasaría si los que se retrasaban eran los organizadores, los músicos, los bailarines del show, o los amigos de todos ellos? La solución era muy sencilla: simplemente serían exceptuados. Pero eso sí, no podrían integrar “burbujas sociales”. A pesar de la originalidad del régimen de excepción, hay que reconocer que este recurso no fue concebido por la Comisión, sino por las autoridades del Gobierno nacional mosqueriano. Una y otra vez, los funcionarios se habían autoexceptuado de cumplir todos los protocolos que ellos mismos habían dictado y obligado a cumplir a los demás. Por supuesto, esto estaba más que justificado. Los funcionarios eran los más esenciales, no podían detenerse en las complicaciones adicionales que representaban los protocolos. Grandes ciudadanos mosquerianos que se ponían el país al hombro. “Verdaderos faros morales de la Nación”, coincidían en la Comisión.

- “Todas las personas deberán completar una Declaración Jurada de Salud”. Una medida fundamental que ya había demostrado su éxito al ser implementada, allá por febrero, en los aeropuertos internacionales donde llegaban los primeros portadores del virus por vía aérea.
- “Se recomienda nominalizar las ubicaciones ocupadas, ya sea por sistemas de emisión de entradas digitales o manuales. En este último caso, se recomienda completar una planilla en la boletería con la siguiente información de quien adquiere las entradas: nombre, apellido, DNI, teléfono y ubicación asignada”.

Artículos destacados sobre la llegada a la milonga:

- “Se debe garantizar un lugar para la higienización de los milongueros antes del ingreso al establecimiento”. La elección del término “higienización” no fue caprichosa y por supuesto que nació de un desacuerdo, como casi siempre que se escogen palabras imprecisas. La polémica fue grande. A algunos les parecía evidente que la limpieza debía limitarse al lavado de manos. Pero otros pretendían aprovechar la ocasión para sumar una ducha y un perfumado aunque más no fuera superficial. Derrodillas acotó que las milongueras estarían muy de acuerdo con esta medida. Por un momento se buscó el consenso mediante un punto intermedio, por ejemplo, mediante el rociado de los milongueros con desinfectante de ambientes. El debate se desvirtuó tanto que finalmente se acordó usar la difusa palabra “higienización” y reabrir el tema en algún futuro indefinido.
- “Es obligatorio el cambio de zapatos de calle por los zapatos de baile en el lugar”. Este artículo fue largamente debatido por la Comisión. La primera objeción, inclusiva por cierto, fue de Derrodillas. Señaló que no todos los milongueros tenían dos tipos de zapatos. Poco le importó esto a la Comisión. Más preocupación despertaba, en cambio, si el cambio de zapatos —obligatorio— se haría de la puerta hacia adentro o de la puerta hacia afuera. Por poco margen, se impuso la decisión de que se haga adentro.
- “Se promueve que los milongueros se movilicen a pie o mediante vehículos propios o bicicleta. En caso de utilizar vehículos, se recomienda incorporar medidas de prevención para su uso. A continuación, algunas sugerencias: Evitar el uso compartido. Desinfectar antes, durante y después de su uso (tapizados, volante, palanca de cambio, llaves, tableros, interiores, picaportes, manijas de apertura, trabas, pasamanos, cinturones de seguridad y toda superficie de contacto directo). Ventilar naturalmente y en forma permanente durante la circulación. Transitar con la menor cantidad posible de personas. Se aconseja una persona por fila de asientos”. Este artículo despertó

gran polémica en el seno de la Comisión. Su definición demandó varios días. Derrodillas se preguntó retóricamente si la Comisión no se estaba yendo “de tema” (no usó estas palabras). Por las ramas, digamos. A pesar de su mansedumbre, Derrodillas conservaba cierto atisbo de buen juicio, tal vez por ser el único que había ido alguna vez a una milonga. A él le parecía aceptable —se cuidó de no decir “bien”— que se especificaran todos los aspectos de la milonga, hasta lo insoportable si resultaba imprescindible, inclusive si el resultado era un absurdo documento de treinta páginas. Lo que no le parecía era que la Comisión se dedicara a protocolizar, además, aspectos externos a la milonga como el uso de un automóvil. Con el mismo criterio, buscó ejemplificar, debería protocolizarse también el uso de la motocicleta, la bicicleta, el monopatín y la patineta. Del taxi y de las aplicaciones de transporte. Y por qué no, del hogar mismo de los milongueros. A Controllatore, de hecho, le pareció que Derrodillas tenía razón en esto último. Y por eso sugirió que la Comisión aproveche la ocasión para ampliar el Protocolo e incluir sugerencias para otros medios de transporte y el hogar. Curri Dos, el “experto en protocolos”, permanecía por lo general callado, como distraído, pero esta vez se permitió expresar un decidido acuerdo. La discusión recrudeció. Al final, luego de tres días de exposiciones interminables, se decidió dejar el párrafo sobre automóviles tal cual estaba y seguir adelante. En algún momento del porvenir se retomaría el debate de la cuestión.

Artículos destacados sobre la pista de baile:

- “Se sugiere la demarcación de la pista de baile de los espacios correspondientes a cada pareja para mantener la distancia de seguridad”.
- “Para respetar las distancias necesarias en la pista de baile, se demarcará en el piso el diámetro de círculos”. Este artículo es bastante parecido al anterior, por no decir el mismo pero con diferencias. En este la demarcación es obligatoria y no

sugerida. Uno de los miembros hizo mención de esta inconsistencia, pero no fue tomado en cuenta. No queda del todo claro, por lo tanto, si se trata de una repetición buscada para destacar la importancia del tema o tan solo de una distracción de la Comisión, agobiada por tanta responsabilidad y por la estresante necesidad de trabajar a contrarreloj. También puede haberse tratado de un cambio de opinión sobre la marcha. En verdad, no es la única diferencia entre los artículos. En este último se indica además que se demarcará “el diámetro de círculos”. Un miembro de la Comisión sugirió escribir simplemente “círculos”, pero Controllatore estaba obsesionado con incluir el concepto de “diámetro”. Inútil resultó explicarle que el diámetro de un círculo era una línea (que une los dos extremos del círculo) y que al dibujar una línea era imposible comprobar si se trataba efectivamente de “el diámetro de círculos”. No hubo caso. Como a tantos otros revolucionarios, a Controllatore le costaba admitir que sabía mucho de marxismo pero poco de números.

- “Cada círculo contará con una superficie de 7.065 metros cuadrados. La cantidad de círculos dependerá de la superficie total de la pista, pero respetando siempre la medida de superficie del círculo de 7.065 metros cuadrados (radio de 1.50 metros). La cantidad de parejas que puedan bailar al mismo tiempo va a ser igual a la cantidad de círculos disponibles menos uno”. Como en casi todos los casos, la base de este artículo fue propuesta por Controllatore. En este caso, insistió con particular empeño en mencionar el concepto de “superficie del círculo”, aunque con especificar el radio fuera más que suficiente. La mención de la superficie era innecesaria y redundante, aunque —a favor de Controllatore— lo mismo valía para casi todo el Protocolo. En ambos casos, nuestro matemático frustrado tampoco aceptó utilizar la coma como separador de decimales, dando lugar a cierta confusión entre los miembros de la Comisión (algunos exclamaban “¿¡siete mil metros cuadrados?!”). La mayor

parte de la Comisión simplemente no entendía nada. Algunos de ellos se lamentaron de no haberse esforzado lo suficiente durante la primaria. El artículo fue aprobado sin objeciones.

- “La distancia entre círculos debe ser de 2.0 metros, cuyo radio será de 2 metros cada uno”. Este artículo también es bastante parecido al anterior, por no decir el mismo pero con diferencias. La misma persona de antes también lo mencionó, pero otra vez fue ignorada. Al parecer, la Comisión practicaba el arte de corregir artículos con nuevos artículos. Además de actualizar la medida del radio de 1,5 a 2 (se asume que también se actualiza la superficie del círculo), se indica la distancia entre círculos. Por supuesto, es la misma de siempre, dos metros. Es la distancia general entre las personas, pero nunca está de más un mayor detalle y una mayor repetición a la hora de las regulaciones.

Artículos destacados sobre el comportamiento general en la milonga:

- “Se sugiere, previo al comienzo de cada milonga, práctica o clase, transmitir al público asistente las principales pautas de prevención e higiene, de ser posible mediante mensaje previamente grabado”. La discusión sobre cómo transmitir el mensaje demandó a la Comisión varios días de desencuentro. El objetivo del “mensaje previamente grabado” era evitar los posibles errores de una lectura en vivo. El problema planteado era que ese mensaje, para ser consistentes, implicaba la lectura de la totalidad del Protocolo. A medio minuto por artículo, sin contar el resto del documento, esto se traducía en un audio de cuarenta y ocho minutos. Tal vez demasiado largo. Para atenuar el tiempo, se decidió aceptar el enorme riesgo de acotar el mensaje a las “principales pautas de prevención e higiene”. Pruebas realizadas durante las reuniones de la Comisión demostraron que eso, sumado a una lectura bastante rápida (estilo “bases y condiciones”) lograba bajar la duración del mensaje a doce minutos. Una mejora notable, aunque

todavía quedaba la sensación de que el mensaje podía ser más breve. No así el Protocolo, claro. Curri Dos se permitió una sugerencia. Tenía un primo, Pablo Curri Tres, que se dedicaba a hacer producciones audiovisuales. Era también primo de Curri Uno, el capo. La Comisión podría contratarlo para que realizara un video —sí, costoso pero profesional—, al estilo de las aerolíneas, para presentar las medidas de una manera más atractiva y compacta. La idea no fue descartada, ya que se descontaba que sería del interés de Curri Uno. Otros miembros sugirieron hacer copias del Protocolo para entregar a los asistentes. Sin embargo, esta solución no solo era costosa, sino que la lectura demandaría nuevamente un tiempo tal vez excesivo. Los milongueros terminarían de leer —no necesariamente de comprender— el Protocolo hacia la mitad del turno de dos horas. Una mejora posible consistía en enviarles el Protocolo antes, como respuesta a la inscripción y reserva de turno. De esa forma, sin dudas, los milongueros leerían las 37 páginas antes de asistir al evento.

- “La distancia personal mínima de 1,5 metros en espacios al aire libre y 2,0 metros en espacios cerrados debe ser respetada en todo momento, a excepción de las parejas de baile al momento del mismo”. La repetición interminable de la distancia, aunque con variaciones, fue una decisión deliberada de la Comisión. Se buscó que no quedaran dudas al respecto. Las personas no comprendían las cosas si uno no se las repetía diez veces. Un poco como los chicos, la verdad. Sí pareció apropiado aclarar que esa distancia no aplicaba a las parejas de baile al momento del baile, ya que de otro modo se corría el riesgo de que las personas interpretaran que debían bailar con un abrazo demasiado abierto. La mención de “al momento del mismo” dejaba abierta, es cierto, la duda de si las parejas podían estar a menos de dos metros cuando no bailaban. Se suponía que sí, que era obvio, pero la Comisión mantuvo

los temores hasta el final del debate. Quedó registrado en el listado de riesgos a seguir discutiendo.

- “Es responsabilidad de los organizadores que se respeten las distancias de seguridad entre las parejas de baile”. Por supuesto, la responsabilidad siempre era de los demás. La Comisión, y las autoridades en general, no podían dictar las normas, los protocolos, las guías, los afiches y además, encima, hacerse cargo del control ni, mucho menos, de las consecuencias. Sí se planteó en la Comisión la posibilidad de dar algunos consejos prácticos sobre cómo realizar ese control de las distancias. No era cuestión de dejar a los organizadores a la buena de Dios. Una idea que creció con fuerza fue la creación de un nuevo funcionario público, por supuesto financiado por el Estado, llamado *Árbitro de distancias*. Estaría ubicado sobre una plataforma elevada pero discreta en algún rincón de la pista de baile. Algo así como el *umpire* del tenis. A dos metros del DJ y de todos los demás, por supuesto. Desde allí, el árbitro de distancias no solo controlaría el distanciamientos sino que además, para aprovechar, controlaría el cumplimiento de todo el Protocolo. Genial idea esta, para aprovechar y optimizar el uso del erario público. Siguiendo el ya probado funcionamiento de los árbitros deportivos, o de la policía, el árbitro de distancias podría hacer advertencias, amonestar y expulsar de la milonga. Además, ante casos disputados, podría pedir un VAR (videoarbitraje). Para ello, la milonga debería ser filmada, preferentemente desde varios ángulos y utilizando la tecnología de *telebeam*. Además, como consecuencia, sería necesario otro funcionario para asistir al árbitro principal cuando este lo requiriera. Lo ideal sería contar con un *Árbitro de distancias asistente de video*, quien además oficiaría como suplente del árbitro principal. Para no quedar a mitad de camino, sería también deseable contar con *Tribunales tanguísticos de disciplina*, todo estatal, que evalúen las sanciones y se pronuncien al respecto. Curri Dos se mostró muy entusiasmado con esta propuesta. No solo se

autopostuló para diseñar los protocolos del arbitraje, sino que además recomendó a otro de sus primos, Eugenio Curri Cuatro, para la implementación tecnológica del sistema. La propuesta se formalizó en un apartado y fue elevada a Curri Uno, quien sin dudas estaría interesado en la misma.

Artículos destacados sobre el comportamiento durante el baile:

- “No se podrán realizar cambios de pareja en ningún momento”. Por si no quedaban claras las diez veces que se mencionaba la distancia de dos metros.
- “Es muy importante NO hablar mientras se baila: característica importante del baile de tango, ahora indispensable”. Uno de los miembros sugirió que no era una buena idea incluir opiniones personales (“característica importante del baile de tango”) en el Protocolo público. Más específicamente, señaló que tal vez el problema del habla en el tango no fuera el acto en sí mismo, sino la calidad y la cantidad de lo que se decía. Pero en todo caso, no dejaban de ser opiniones. La votación en contra de esta moción dio por terminado el planteo.
- “No hablar con bailarines desplazándose por la pista, sólo hablar en quietud y siempre con barbijo colocado (nariz, boca, mentón) y respetando la distancia social”. Este artículo buscó sintetizar, tal vez sin éxito, muchos otros casos similares. ¿Estaba permitido hablarle a un bailarín desplazándose por fuera de la pista, por ejemplo, yendo hacia el baño? ¿Y si esas personas no eran bailarines, sino espectadores o trabajadores? ¿Qué significaba exactamente “en quietud”? ¿Era esa quietud absoluta o relativa? En este último caso, ¿quietud en relación a qué? Por ejemplo, dado un mismo tiempo t , ¿estaba permitido que dos personas hablaran si estaban desplazándose a la misma velocidad y en la misma dirección?
- “Podrán acceder a la pista cuando el círculo más cercano a su mesa o silla esté vacío, respetando siempre la distancia

social de 2 metros”.

- “Las parejas de baile deberán respetar la circulación antihoraria y sin excepción podrán avanzar y cambiar de círculo sólo cuando el círculo que está a continuación de su posición, esté totalmente vacío”. Hay que mencionar que hubo algunos justificados temores en relación a estos avances de círculo. ¿Qué pasaría si más de una pareja quería avanzar hacia el mismo círculo? ¿Debía establecerse alguna clase de semáforo o de algoritmo de avance? ¿Debía darse prioridad a las parejas que, por ejemplo, estuvieran más adentro de la pista (para evitar que quedaran allí para siempre)? Preguntas y más preguntas que la Comisión se comprometió a contestar cuando tuviera un poco más de oxígeno temporal disponible.
- “Para retirarse de la pista, una vez finalizada la tanda, las parejas deberán respetar la circulación antihoraria y, sin excepción, podrán avanzar y cambiar de círculo sólo cuando el círculo que está a continuación de su posición esté totalmente vacío. Podrán retirarse de la pista cuando estén en el punto de la circulación más cercano a su mesa o silla. El organizador podrá también definir número o turnos para el acceso o retiro a la pista”.
- Finalizados los artículos, Controllatore los leyó en voz alta ante la Comisión. Luego hizo una pausa y se preguntó en voz alta: “¿No será mucho?”

Artículos destacados sobre las ‘burbujas sociales’:

- “Se podrán conformar “burbujas sociales”, las que se definen como grupos de personas convivientes o parejas que sistemáticamente bailan juntas o que concurren juntas al establecimiento. Estarán conformadas por un máximo de seis integrantes, pudiendo compartir un mismo espacio y proximidad, manteniendo el distanciamiento correspondiente con otras ‘burbujas sociales’ y parejas regulares”.

- “Dentro de estas ‘burbujas sociales’, se permitirá el intercambio de parejas, debiendo en tales casos agregar el uso de máscara facial y alcohol en gel de forma previa al intercambio”. Un miembro de la Comisión se preguntó si no había cierta contradicción en exigir estos cuidados a personas que, por ejemplo, ya vivían juntas. Hubo un silencio. “Por las dudas, por las dudas”, dijo por fin Controllatore y propuso seguir adelante con el próximo artículo.
- “En el caso de que se efectúe el intercambio de parejas, se deberá llevar registro de las personas que bailarán juntas, de forma previa a la presentación”.
- “Sólo podrá haber intercambio de parejas entre miembros de una misma ‘burbuja social’, aunque cada pareja permanecerá en un círculo diferente”. La Comisión consideró, una vez más, que no estaba de más repetir el tema del intercambio de parejas dentro de la burbuja. Además, no sin una larga serie de deliberaciones y cálculos de superficies, concluyó también que tres parejas bailando en un mismo círculo resultaría una experiencia un tanto incómoda. Así que decidió prohibirla.

Artículos destacados sobre organización interna y limpieza:

- “Ante un caso positivo de COVID, la limpieza y desinfección del lugar se realizará con productos y desinfectantes aprobados por la autoridad sanitaria o con una solución de hipoclorito de sodio que contenga 1000 ppm de cloro activo (dilución aproximada de 50 partes de agua y una parte de lavandina con 55Cl/L preparada en el momento)”. Uno de los miembros planteó si no sería suficiente detener el párrafo en “desinfectantes aprobados por la autoridad sanitaria”. En todo caso, agregó, se suponía que tanto el agua como la lavandina ya estaban aprobados. Controllatore contestó que no podían asumir que las personas ya lo sabían. De acuerdo, aceptó el miembro, pero ¿era necesario especificar la fórmula química de la mezcla de agua y lavandina? ¿Y era necesario el detalle de

la lavandina? ¿Cómo iba a medirse todo eso? Controllatore buscó cerrar el cuestionamiento indicando que ninguna información estaba de más y que, llegado el caso, todo podía resultar de utilidad.

- “Si se contrata una Empresa dedicada a realizar la tarea de limpieza y desinfección, exigir protocolo para COVID-19 y que complete un registro auditable de la implementación de las medidas ejecutadas”.
- “Se deberá informar a los trabajadores las acciones realizadas para transmitir tranquilidad y serenidad al personal”. Un hermoso artículo de la Comisión que dejaba demostrado, ante todo, su humanismo. Si algo buscaba el Protocolo de 37 páginas con 96 artículos, 7 protocolos o guías relacionados, 3 anexos y 18 afiches era llevar tranquilidad y serenidad a todo el mundo del tango, comenzando por sus trabajadores. Inicialmente planteada la redacción como “los/as trabajadores/as”, la misma fue corregida por Genaro según la guía de lenguaje inclusivo aprobado para el trabajo de la Comisión.
- “Se deben extremar las medidas de control de temperatura diaria a toda persona que ingresa al establecimiento (preferentemente y de ser posible mediante la utilización de equipos infrarrojos)”.
- “Al momento de reiniciarse las actividades se designará a un responsable de cada área, que deberá realizar una reunión previa con los responsables y docentes con la finalidad de repasar cada punto del presente protocolo”. En un principio, se consideró la posibilidad de detallar los seminarios de formación para la implementación de este punto. Sin dudas, repasar cada punto del Protocolo demandaría varios días. Por supuesto, esos encuentros también demandarían nuevos protocolos (*Protocolo COVID-19 para la realización de Seminarios de Capacitación en el Protocolo COVID-19 para la Organización de Milongas*). Curri Dos volvió a postularse para diseñarlos y, por supuesto, para integrar la comisión que se crearía a tal fin. Otro miembro señaló que esos

nuevos protocolos demandarían nuevos seminarios. La propuesta se estaba volviendo peligrosamente recurrente. Ante la imposibilidad de arribar a una solución cerrada (todas las variantes contempladas se abrían hacia el infinito), la Comisión decidió dejar esa especificación fuera del Protocolo, aunque no descartó retomar el tema en versiones futuras del documento. Es lindo mencionar que este artículo también recibió correcciones de estilo incluso por parte de Genaro.

- “Se deberá registrar e informar incidentes, desvíos o dificultades en el cumplimiento de las medidas establecidas. Esta comunicación se deberá elevar a quien corresponda a fin de efectuar las modificaciones necesarias para su optimización”. “A quien corresponda” era, por supuesto, Controllatore, pero nuestro número diez de los protocolos era demasiado humilde como para explicitarlo en un artículo oficial del Protocolo.

Dicen que uno es lo que hace. Ya conocido el Protocolo, podemos decir con seguridad —no sé si con tranquilidad— que conocemos mucho mejor a la Comisión. Ahora sabemos en manos de quién está —al menos en los papeles— la decisión de si las personas podrán bailar tango o no. Y cómo.

Sin embargo, no podríamos terminar de comprender cabalmente a la Comisión sin comentar cómo afectó su labor el resurgimiento de las milongas en la Ciudad Capital. Primero en las casas. Y luego, con la llegada de la primavera (tras más de seis meses de prohibiciones), en los parques.

La Comisión le dedicó a este tema cada vez más tiempo y energía, sobre todo impulsada por Controllatore y por la enorme bronca personal que este “acontecimiento imprevisto” despertó en él.

La experiencia en el resto del mundo, tanto en el campo del tango como en otras actividades, indicaba que las personas no serían capaces de sostener un cese de actividades indeterminado. Y mucho menos un encierro. Era una cuestión de salud física, mental y hasta existencial. El regreso de las milongas era inevitable, pero a la Comisión le resultó sorprendente. Los críticos de siempre explicaron el fenómeno asegurando que “la Comisión estaba en otra, en una burbuja, en una torre de marfil”.

Derrodillas interpretó que la Comisión debía aprovechar el fenómeno naciente. Propuso acompañar a esas milongas mediante la promoción informativa de prácticas saludables, sobre todo cuando estos eventos estaban siendo tolerados por la autoridad política y policial de la Ciudad Capital. Además, podía utilizarse este fenómeno para persuadir a las autoridades políticas nacionales sobre la necesidad de acelerar un proceso ordenado de reapertura. Y con ello, por supuesto, ayudar también a las milongas que él mismo representaba.

Controllatore rechazó esta idea de plano, al igual que lo hizo la mayoría casi automática que lo acompañaba. Se sentía ofendido, casi humillado, por estas milongas a las que eligió llamar “clandestinas” o, directamente, “ilegales”. Le dolía especialmente que sus organizadores fueran “de los nuestros”. Se volvía loco al afirmar, casi a los gritos, que estos milongueros “no comprendían la gravedad de la situación sanitaria” ni “el homérico esfuerzo que viene haciendo la Comisión desde hace nueve meses”. La aparición espontánea de milongas no autorizadas por la Comisión le parecía un desafío inaceptable.

Para Controllatore, el camino a seguir estaba claro. Como tantos otros de sus colegas, amaba las comisiones, los debates y, sobre todo, la redacción de comunicados. Propuso entonces a la Comisión el debate periódico del tema y la elaboración de comunicados. “Aunque no es parte de las responsabilidades formales de esta Comisión, resulta ineludible que asumamos una responsabilidad todavía mayor, no escrita con tinta sobre la frialdad blanca del papel, pero sí, sin dudas, escrita en las páginas eternas de la historia de nuestro país que, en este contexto dramático, nos exige hacer lo que haya que hacer con las herramientas que tengamos a nuestro alcance. No tengo dudas de que ese es el verdadero espíritu que ha dado nacimiento a esta Comisión que con tanto orgullo integro”. La mayoría, conmovida, aprobó la moción.

Dado que la Comisión no estaba en condiciones políticas ni legales de firmar esos comunicados, se acordó que Derrodillas sería el encargado de publicarlos a través de “sus colectivos milongueros”. Derrodillas no estaba muy entusiasmado con la idea, pero creía no tener muchas alternativas para lograr sus propios objetivos, así que aceptó.

Los primeros comunicados fueron masomenos aceptables. En ellos se repasaba la situación general de la cuarentena, el trabajo de las milongas junto a las autoridades (a través de la Comisión) y los interminables avances

en el diseño del Protocolo. Luego de ese repaso, al final, se manifestaba de manera poco sutil la intención última de los comunicados: criticar a las milongas en los parques.

Los comunicados parecían no surtir efecto. De hecho, a medida que la primavera avanzaba, las milongas en los parques crecían. La Comisión había enviado emisarios a cada una de ellas, no solo para evaluar su convocatoria, sino también para identificar organizadores y participantes de renombre. Ante cada informe, Controllatore estallaba de furia. Estaba en juego su autopercebida capacidad de influir en la realidad a partir de la publicación de comunicados. La Comisión dedicaba cada vez más tiempo al debate de esta cuestión y cada vez menos a la finalización del Protocolo. Al final, Controllatore tuvo que ceder a los planteos de Derrodillas y abocarse a terminar el Protocolo de una vez.

Los comunicados que salían de la Comisión eran cada vez más virulentos. En el último, por ejemplo, “repudiaba enfáticamente” las milongas en los parques, las llamaba “ilegales e irresponsables” y convocaba a la comunidad a sumarse a ese repudio. No conforme con eso, intimidaba también al Gobierno de la Ciudad Capital, históricamente denunciado como “represivo” por buena parte de la comunidad milonguera, a que “arbitre las medidas necesarias y accione las herramientas de que dispone” para terminar con las milongas en los parques. Ni este comunicado, ni los anteriores, eran firmados con nombre y apellido. Solo de manera muy indirecta podía llegarse a un responsable concreto.

Por suerte para los milongueros, el reclamo al Gobierno de que “arbitre las medidas necesarias y accione las herramientas de que dispone” se hacía en la Ciudad Capital, reservorio todavía de cierta institucionalidad. En el No Tan Lejano Norte, donde se respiraba feudalismo, ese mismo pedido podría haber conducido a detenciones, abusos y muertes. Algo que, de hecho, estaba ocurriendo. Al mejor estilo del Protocolo, lo repito para que no haya dudas: en el No Tan Lejano Norte, las autoridades policiales, respaldadas por las autoridades políticas, detenían, abusaban y hasta llegaban a matar gente para asegurarse de que las normas “legales” de la cuarentena se cumplieran. Esto era fácilmente verificable en Internet.

No es difícil imaginar que semejante mensaje público generó una reacción negativa de una buena parte de la comunidad milonguera. Esto se vio expresado sobre todo en las redes sociales, donde personas con nombre

y apellido criticaron de manera pública ese comunicado y sus bases de sustento.

La Comisión debatió con énfasis y preocupación cómo responder a esta “incomprensible rebeldía” que emanaba de los parques públicos y se atrevía a responderle. Era urgente decidir cómo reaccionar ante las duras críticas recibidas en las redes, en particular sobre el último comunicado. La propuesta de Controllatore, finalmente aprobada por la Comisión, fue de manual: suprimir los comentarios críticos. Nada de argumentos, debates o respuestas. El viejo y eficiente (en el corto plazo) recurso de la censura. Es por eso que muchas respuestas al comunicado no duraron. Fueron respuestas desaparecidas. Una de ellas, por ejemplo, decía lo siguiente: “No es cierto que tengamos al facismo a la vuelta de la esquina. Ya lo tenemos adentro de casa, sentado en la mesa de la cocina”.

Calei*

**por Pedro Guerrero, artista invitado*

Habíamos preparado el viaje a la casa de mi prima a las apuradas, como siempre. Esa noche armamos dos bolsos no muy grandes con ropa suficiente para dos o tres días. Yo siempre quería salir tipo ocho de la mañana, pero Marta siempre se retrasaba. Al final, después de muchas vueltas, salimos como a las diez y media.

La ruta nos era familiar y luego de la circunvalación enfilamos en busca de la autopista. Ya en viaje, yo acostumbraba matar el tiempo haciendo cálculos ingenieriles. Por ejemplo, miraba el cuenta vueltas que marcaba tres mil vueltas por minuto o rpm (trataba de no mirar el cuenta kilómetros); luego proseguía que las ruedas también estaban dando tres mil rpm y que en cada vuelta el auto avanzaba tantos metros, bla bla bla, mi cálculo daba ciento quince kilómetros por hora; recién entonces miraba el velocímetro que por ejemplo marcaba ciento veinte kilómetros por hora; mi cálculo no estaba tan mal, pensaba con un pequeño e inservible orgullo. Otra actividad consistía en detectar todos y cada uno de los animales que aparecían durante el viaje, diciéndole a Marta: “Mirá un carancho, ¿lo viste?”, “mirá, mirá un lagarto, ¿lo viste?”. La respuesta siempre era no.

Mi idea, mala quizás, era tratar de no parar por ningún motivo. El viaje era de varias horas y cuando mis rodillas lo indicaban comenzaba a cambiar de parecer. La oportunidad llegó cuando un pequeño cartel rezaba “Antigüedades, cosas viejas”. Ni lo pensé y paré. Esos lugares me atraían especialmente. Ingresé al lugar. Era una especie de galpón con techo de chapa bastante precario; fui observando distintos elementos: una plancha a carbón, un espejo ovalado con marco de madera, una tijera de tuzar, etc. De pronto lo vi, estaba sobre una vieja mesa de madera entre varios objetos, casi tapado. Mediría unos veinte centímetros de largo y entre tres o cuatro centímetros de diámetro, como una quena digamos. Debo destacar por razones que veremos más adelante que tenía forma hexagonal (seis lados) en lugar de cilíndrica. En ambos extremos tenía una especie de mirilla, como un catalejo de juguete. Era típicamente Made in China, fabricado con cartón grueso y estaba adornado con figuras de vivos colores. Al momento supe qué era. Lo tomé presto y comencé a observarlo. Lo sacudí tipo

sonajero y nada ocurrió, cero ruido. Miré por sus extremos y no vi nada de nada.

En ese momento llegó una jovencita que se ofreció a ayudarme. Del objeto pendía un cartelito que decía “\$120 pesos”. Esto no funciona, le dije. Puso cara de póker. Tengo cien, le dije. Sus reflejos me sorprendieron. Lo tomó velozmente, lo puso en una bolsita de nylon, me lo entregó y estiró la palma de su callosa mano en un gesto inequívoco. Me timó, pensé, o me dejé timar, corrigió mi mente. Mi orgullo ya no me permitía retroceder. Tomé aire, pagué los cien pesos y comencé la retirada, que no era triunfal precisamente. De regreso en el auto, lo coloqué en el baúl, detrás de los bolsos y me dispuse a seguir el viaje.

Mi mente saltó más de sesenta años hacia atrás. Recordé un día que llegó a casa el hijo de una amiga de mi madre, apodado Cacho, que vivía a unos cien metros de nosotros. Vino con un overol gris que usaba en el colegio industrial para las clases de taller. Traía de regalo un plato cubierto con un repasador y en su interior pude adivinar unos seis o siete pastelitos recién hechos. Yo prefería los rellenos con dulce de batata frente a los de membrillo, pero todo dependía del “golpe de vista” al momento de servirse. Estaba prohibidísimo elegir o revisar, debía ser a suerte o verdad, digamos. De pronto algo que sobresalía de su bolsillo captó mi atención. ¿Qué es eso?, pregunté. Sonrió y su incipiente bigote de adolescente se estiró, compuesto por no más de quince pelos largos y ralos, nunca afeitados hasta el momento.

Cacho lo sacó con orgullo de su bolsillo y mientras lo apoyaba en su ojo comenzó a hacerlo girar lentamente. De sus labios salió la palabra mágica. Es un caleidoscopio, dijo. Lo giró varias veces y amagó a guardarlo nuevamente. Vencí mi timidez, que no era poca en esa época, tragué saliva y le dije “¿Puedo mirar?”. El malnacido no lo soltó en ningún momento. Lo apoyó en mi ojo de modo que apuntara hacia la luz del ventanal y le pegó varios giros. Para esa época en que aún no existía ni la televisión, fue increíble ver una sucesión de imágenes geométricas a todo color que fueron cambiando a medida que el “tubo” giraba. También escuchaba un sonido como de diferentes piezas que se iban acomodando en su interior, una especie de “clac, clac”. Ahora sé que dentro posee algunos espejos facetados y pequeños vidrios traslúcidos, de colores varios y formas diversas, que se van acomodando conforme se mueve el susodicho elemento. Debo reconocer que quedé maravillado. Creo que nunca más

había vuelto a ver otro y ahora, por gracia del destino, tenía uno en el baúl del auto y era mío por completo. Eso sí, faltaba que funcione.

Siempre tuve una facilidad natural para reparar aparatos de todo tipo. Los años, la práctica y mi paso por la universidad me fueron dando más herramientas para hacer reparaciones que prima facie se presentaban complicadas, pero con el tiempo una transformación se fue adueñando de mí y ya no tengo paciencia, buena vista, ni espíritu, de modo que los desperfectos terminan siendo solucionados con rapidez o el pobre aparato sufre la destrucción de alguna de sus partes vitales y termina en el tacho de basura.

Me propuse darle a “Calei” un tratamiento y oportunidad especial, de modo que en diferentes ocasiones lo tomé en mis manos y fui observando cuidadosamente por dónde podía desarmarlo para ver su “alma”. Era inútil. Había sido construido con varias capas de cartón pegadas y selladas en un camino imposible de desandar. Todas las herramientas que tenía en mi valija parecían inservibles y acometer con un trinchete parecía el único modo de destriparlo. Sin embargo, lo fui descartando una y otra vez ya que era un camino sin retorno. Finalmente, un día observé dos relieves cerca de “su cerebro”, como que algo en su interior se había desplazado, generando esa segunda protuberancia. Decidí usar un par de agujas que clavé desde el frente e hice presión tratando de desplazar el interior hacia una supuesta posición correcta. Algo crujió y se movió en su interior, pero al observar por la mirilla vi que todo seguía oscuro. Reprimí mis deseos de pisotearlo y lo dejé sobre una vitrina del living.

Días después, un mediodía, habíamos asado carne en la parrilla. Como suele pasar, la comida en exceso y algún que otro vinito tinto (esa combinación letal) me empujaron hacia el sofá, lugar donde me recosté o mejor dicho me desplomé. Tenía puesto un chaleco rojo que era objeto de todo tipo de bromas familiares ya que contaba con unos cuarenta años en sus espaldas. No siempre fue chaleco y fue convertido a esa condición mediante unos pocos y locos tijeretazos que lo mutilaron sin miramientos. Repentinamente, mi vista se posó en el inefable Calei que reposaba en la alta vitrina y quise asirlo, modorra mediante y sin levantarme. Estiré mi pierna al máximo, pero el dedo gordo de mi pie no logró alcanzarlo. Tomé un escobillón que estaba a mi lado y comencé a moverlo con pequeños golpecitos tratando de que cayera en mis manos. Como suele ocurrir, lo malo que podía pasar pasó y el instrumento cayó al piso, dio varios tumbos

y aterrizó a mi lado. Ya más dormido que despierto y sin siquiera mirar, fui tanteando hasta que pude sujetarlo. Lo acerqué a mi ojo y allí algo mágico sucedió.

Pude verme, con muchos años menos, vistiendo mi cárdigan rojo muy nuevo, con sus grandes y lindos botones imitación madera, como lo había visto en aquella vidriera en Mar del Plata donde lo había comprado sin dudar. Estaba con mi hija, mi hijo y mi sobrino, a quién llamábamos “el Inio”, por Indio, o “Pupo Negro”, por el pulpo negro, la famosa y quizás primera miniserie de terror Argentina, escrita por Narciso Ibáñez Menta. Estábamos pescando pejerreyes frente a la última rotonda de una laguna. La misma finalizaba en una especie de dique de unos ocho metros de largo y, luego de rebalsar sobre el mismo, se transformaba en un pequeño arroyo que avanzaba hacia una segunda laguna distante a unos veinte kilómetros. Era el debut de los chicos como pescadores, ya que en esa época tenían unos siete años. Flotaba una excitación en los chicos que yo observaba sin hacer comentarios. Preparamos los elementos y me ocupé de encarnar los dos anzuelos que pendían del balancín de la primera caña. Luego, ¡al agua!... la colorida boya flotó mansa y casi al instante se hundió. Sin dudar, grité “saqué, saqué” grité y allí lo vimos, hermoso, plateado, emitiendo reflejos al moverse intentando liberarse. Pobrecito, fue a parar al balde. Lo que luego siguió fue tremendo; no daba abasto encarnando y ellos tres sacando de a uno o de a dos (el famoso “doblete”) en cada tiro. Al rato teníamos una cantidad importante y les indiqué que solo nos quedaríamos con los más grandes y el resto lo devolveríamos al agua. En casa, la abuela era experta en filetearlos y tenía oculto un antiguo cuchillo con mango de alpaca que usaba especialmente para ese menester. Esa noche comimos pescado frito en abundancia.

Giré con suavidad a Calei hasta la posición número dos. Un suave “clac, clac” me indicó que estaba en el punto justo. Caminaba distraído por un angosto pasillo, hasta que un ruido mecánico y rítmico, casi frenético, llamó mi atención. Me dirigí hacia allí y conforme me acercaba la puerta entreabierta me permitía ir descubriendo su interior. Primero vi la blanca hoja que salía perezosa y trabajosamente, como parida, de la antigua máquina de escribir marca Imperial, fabricada en Leicester, Inglaterra, desde el año 1911 en adelante. Luego, en su teclado, las manos regordetas que hábilmente hacían subir y bajar, una tras otra, las relucientes teclas. Me detuve un momento y observé el cuarto casi en penumbras debido al humo

de incontables cigarrillos, uno de los cuales humeaba a pocos centímetros del teclado. Todos los lugares imaginables estaban cubiertos de libros, incluido el piso y la mayoría de las sillas. Observé parte de la biblioteca y para mi sorpresa, en perfecto orden y armonía, estaban sus casi setenta libros acomodados cronológicamente. Yo los conocía muy bien pues había leído, casi devorado, todos y cada uno de ellos. Avancé un paso más y vi la punta de su nariz que sostenía unos gruesos anteojos. Ella no se había percatado de mi presencia. La escritura en la hoja había avanzado y ya estaba a una distancia que, esfuerzo mediante y a pesar de que los renglones se presentaban invertidos, me permitió leer “Poirot” y renglones más abajo la frase “Es el cerebro, las pequeñas células grises en las que uno debe confiar. Uno debe buscar la verdad dentro, no fuera”. Di un nuevo paso y allí estaba la mismísima Agatha Christie, vestida con ropas sencillas, su pelo canoso y desarreglado colgaba cubriendo parte de su cara. No se dio cuenta de mi presencia ni me brindó la más mínima atención. Estaba muy inspirada, casi como poseída, plasmando en palabras las innumerables intrigas que sus novelas nos deparaban. Permanecí allí por unos momentos más y luego, sin mediar palabra, caminé hacia atrás y fui desandando el camino hasta que el sonido de la Imperial se hizo silencio.

Giré a una nueva posición, la tercera, y me vi caminando junto a Wilber Dueñas Sinarahua. Habíamos sido compañeros de Facultad. Mientras preparábamos materias juntos, entre lectura y lectura, me contaba increíbles historias de su infancia en un lugar inhóspito junto al Río Amazonas. Finalmente, yo había ido a visitarlo. Él estaba encantado con mi visita y me llevó a recorrer el pueblo. A medida que nos acercábamos a la ribera, noté que algo inusual estaba ocurriendo. Muchos pequeños corrían muy alborotados hacia la costa del río. De pronto pude ver tres grandes camionetas tipo safari, equipos de filmación y bastante gente que claramente no pertenecía al entorno. Y, claro, muchos curiosos alrededor. Un amigo de Wilber nos puso en situación. Allí estaba Jeremy Wade, el famoso oceanógrafo y “detective subacuático”, ahora devenido en estrella de Youtube gracias a la serie televisiva Monstruos de Río. Desde hacía más de cuatro horas estaba luchando para sacar una raya gigante que pesaba más de ciento sesenta kilos. Para defenderse, estos animales se aplastan contra el lecho del río, haciendo una especie de ventosa, y es casi imposible arrastrarlos. Jeremy estaba exhausto, pero ya la tenía cerca de la orilla. De pronto alzó su mano e hizo inequívocas señas de que quería ayuda. Ni lo

pensé, “vamos” le dije a Wilber y entramos corriendo a las aguas turbias. Por un momento me sentí una estrella de Hollywood, pero eso no era chiste. Jeremy gritaba como loco “be careful with the tail”, cuidado con la cola. Él se encargó de sostenerla y entre todos la sacamos la raya a la orilla. Allí terminó nuestro trabajo como extras. Nos sacaron casi a los empujones y siguió la filmación con la verdadera estrella. Poco después, el “pececillo” fue liberado y todo fue volviendo a la normalidad.

Giré el Calei hasta su cara número cuatro, el clac clac se hizo presente y vi a mi hija Laura sentada bajo un gran árbol. Su mirada fija en un libro. De vez en cuando, por la calle junto a ella, pasaba alguien caminando. Ella apenas si desviaba la vista para mirarlo. Me quedé observando, sin saber qué esperar, cuando para mí sorpresa vi que Paul McCartney, ¡SÍ, Paul McCartney! Avanzaba por la calle, tranquilo y despreocupado, muy cerca de donde estaba Laura. Ella lo miró, pero enseguida volvió su mirada hacia el libro que leía. Ansiosamente, esperé que se diera cuenta de quién estaba a tan solo unos metros. Pero no lo hizo, siguió leyendo como si nada ocurriera. Me puse muy nervioso, quería avisarle, no podía creer que no lo notara y dejara pasar a la gran estrella sin hacer el más mínimo gesto de reconocerlo. Con mi ojo latiendo de ansiedad, pegado a Calei, hice algo que no era muy propio de mí, empecé a gritarle a mi hija, a gritar su nombre.

-¡Ahí está! ¡Ahí está Paul McCartney! Dale, dale que te lo vas a perder... ¡Dale que ya está por doblar!

Fue extraño ver lo que sucedía, pero supe que Laura me había escuchado. Allá, a quinientos kilómetros de distancia, escuchó que la llamaba. De pronto levantó la cabeza, miró para todos lados como buscando, tratando de entender de dónde venía mi voz. Y al darse cuenta de que yo no estaba ahí físicamente, cerró los ojos de golpe y volvió la mirada a su libro. En ese momento, Calei fue además una lupa, agrandó todo y me dejó leer el cuento que estaba leyendo mi hija, que entonces siguió leyendo y yo también. Era este mismo cuento. Agité mi mano emocionado, volví a gritarle:

-¡Sí, soy yo! ¡Mi voz viene de acá! Metele que Paul McCartney se va...

Laura se tapó la boca, se levantó de golpe y corrió hacia la calle, corrió hacia Paul. Mantuvo una breve charla con él, muy breve, tanto que no entendí cómo en tan poco tiempo podía explicarle lo que estaba pasando.

Con el ojo hundido en Calei, vi a Paul levantar su pulgar en un inconfundible saludo, el saludo que mi hija le había pedido para mí.

Giré a Calei hasta la quinta posición. Miré a través de la mirilla y fue como si el instrumento me hubiera capturado. Esta vez no solo pude ver, sino que también fui. Calei me absorbió y fui a parar a una especie de tobogán que a gran velocidad me transportó en el tiempo y me depositó en el 4 de Junio de 1940. Cuando abrí los ojos por primera vez en ese punto del pasado lo primero que sentí fue la tensión. La atmósfera en la Cámara de los Comunes del Parlamento del Reino Unido era sencillamente insoportable. La épica retirada británica desde Dunkerque había abierto la oportunidad de un punto de inflexión. Yo sentía conocer estos detalles históricos con un enorme nivel de detalle. Tenía los auriculares puestos y una serie de planillas entre mis manos. Mis compañeros me hablaban en un inglés informal y fluido, que visto desde el presente da toda la sensación de anticuado. Lo impresionante era que yo les contestaba en ese mismo dialecto con total naturalidad. Ocurría que yo también era británico. Y no solo eso, también era el líder técnico del equipo de producción de la BBC que debía grabar y luego reproducir al resto del país el discurso que Winston Churchill daría en unos instantes. Ajustamos los últimos detalles y dimos el visto bueno a las autoridades de la Cámara. Churchill fue presentado e invitado a comenzar su discurso. El silencio era de plomo. Yo estaba dos veces tenso, como responsable técnico y como ciudadano británico. El discurso comenzó en un tono pausado e introductorio. Durante los minutos que siguieron se fue tornando emotivo y desafiante. A medida que eso ocurría, los miembros de la Cámara intensificaban sus manifestaciones de apoyo. Este círculo virtuoso de conexión política fue creciendo hasta que llegó un momento en que todo eran las palabras de Churchill: "... no vamos a languidecer o fallar. Llegaremos hasta el final, lucharemos en Francia, lucharemos en los mares y océanos, lucharemos con creciente confianza y creciente fuerza en el aire, defenderemos nuestra isla, cualquiera que sea el costo, lucharemos en las playas, lucharemos en las pistas de aterrizaje, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas, ¡nunca nos rendiremos!, e incluso si, cosa que ni por un momento creo que suceda, esta isla o una gran parte de ella fuera subyugada y estuviera hambrienta, entonces nuestro Imperio más allá de los mares, armado y protegido por la flota británica, cargaría con el peso de la resistencia, hasta que, cuando sea la voluntad de Dios, el Nuevo Mundo,

con todo su poder y su fuerza, avance al rescate y a la liberación del Viejo.” Cuando estas palabras fueron redondeadas, la Cámara de los Comunes estalló en manifestaciones de apoyo. No pude contener la emoción. Las lágrimas comenzaron a caer a mares sobre mi rostro. No tuve más remedio que dejar las planillas a un lado y refregarme los ojos. Cuando retiré mis manos de la cara, me di cuenta de que estaba de regreso, con la cara seca, mirando a través del instrumento mágico.

Giré a la última posición de Calei y pude verte: eras tú. Estabas leyendo este renglón, en este mismo instante, ocupando tu lugar preferido. Me quedé observándote, incrédulo. Nunca esperé conocerte. De pronto, apoyaste el libro a tu derecha, cerraste los ojos y con tus dos manos armaste una especie de catalejo y lo llevaste a uno de tus ojos. Ya tenías tu propio Calei. Quizás estabas viéndolo a él o a ella, era un buen momento para decirle lo que nunca pudiste, lo que quedó en tu interior profundo, lo que nunca nadie supo...quizás un “te amo”, o un beso apasionado, o el último adiós que no llegó a tiempo, o ese abrazo fuerte y sanador, o ese simple “te quiero” que tanto te cuesta soltar. Vi una pequeña lágrima rodar por tu mejilla y luego una leve sonrisa, pícara quizás, y tu cabeza comenzó a rotar lentamente. ¡No! ¡Me estás por enfocar a mí! ¡Eso no debía pasar! Ya era demasiado tarde, me tenías en la mira. Seguro viste que tengo la nariz y las orejas demasiado grandes, el pelo revuelto y la barba de un día. “Basta”, dije de pronto. “Jajaja”, me estás haciendo reír. Estábamos unidos por esos ojos caleidianos y no necesitábamos más palabras, casi sabíamos todo el uno del otro...

Un fuerte portazo me despertó, mi cabeza explotaba. La luz de la ventana me indicó que habían transcurrido varias horas y estábamos en la mitad de la tarde. Me costó incorporarme. Cuando estuve de pie, aún sostenía en una de mis manos el bendito aparato. Lo volví a apoyar en la alta vitrina. Nada dije de lo ocurrido y, por un extraño designio, preferí no volver a empuñarlo. Me cuidé muy bien de hacer algún comentario sobre lo ocurrido durante mi siesta.

Pasaron dos meses y por fin estábamos en Londres, iniciando el tantas veces demorado viaje familiar. Los cuatro nos alojamos en un hotel sencillo, no lejos de Piccadilly Circus. Esa tarde teníamos reservas para un Restaurante no muy grande, donde según decían solían concurrir celebrities del mundo del arte y el espectáculo, además de turistas de todo el mundo ávidos de liberar su cholulaje.

Decidimos ir caminando. Eran como las siete de la tarde, demasiado temprano para una cena de gente latina. Piccadilly siempre me había atraído especialmente, era un lugar muy cosmopolita donde confluían todo tipo de personajes, de todos los lugares del planeta, y donde a cada paso descubrías un espécimen más extraño que otro.

Ingresamos por la antigua puerta de doble hoja vidriada. Observé su interior. Se presentaba como un museo de la época victoriana, con paredes profusamente revestidas en lustrosa madera, la iluminación era escasa. A pesar de que casi la totalidad de las mesas estaban ocupadas, había bastante silencio. Solo desde un rincón venían fuertes voces y risas, era un grupo de bulliciosos italianos que rompían la monotonía del lugar.

La maitre nos fue guiando hasta nuestro sitio. Como si fuese lo más lógico y esperable, no me causó sorpresa ver a Agatha Christie en una pequeña mesa.

Algo que no puedo definir me impedía concentrarme en el pobre camarero que trataba de completar nuestro pedido. Fui quedando para el final y sin casi pensarlo ordené un bistec con verduras cocidas, sin olvidar remarcar que lo quería bien jugoso.

Desde mi ubicación podía observar a casi toda la concurrencia. Fui recorriendo la vista mesa por mesa. De pronto lo vi: su pelo canoso y ensortijado, su barba de una semana y sus ojos muy claros, más de lo que parecían en el canal de YouTube. Era el mismísimo Jeremy Wade. Reía alegremente dejando ver sus dientes desaparejos. Vestía como para una excursión de pesca con su típica remera gris descolorida, un jean gastado hasta el límite y simples zapatillas deslucidas.

No muy lejos de allí y en compañía de dos desconocidos estaba Winston Churchill. Tomaba champaña con enorme facilidad. Al terminar la comida y la botella, el camarero le trajo una botella de brandy de apariencia muy sofisticada. No pasó demasiado tiempo para que los tres terminaran la botella y pasaran al whisky. Gran resistencia la de Winston, tanto en la guerra como en la bebida.

Llegaron los platos humeantes, pero casi no les presté atención. Algo me inquietaba y, sin pensarlo, sabía qué era. De pronto se abrió la puerta de entrada y su silueta se recortó nítidamente. Por la luz que me cegaba no podía ver su rostro, pero ya sabía quién era. Alto, pulcro y juvenil a pesar de los años. Un pequeño murmullo alteró por un momento la típica flema inglesa. Avanzó y ocupó una mesa muy cerca nuestro, movió sus labios en

una especie de saludo imperceptible y fijó toda su atención en su compañera. “Gran tipo este Paul McCartney”, concluí.

Ahora sí estamos todos, pensé con una sonrisa y hundí mis cubiertos en el bife que se presentaba delicioso.

¡Ah! Ya sé que vos también estabas ahí. No creas que no te vi.